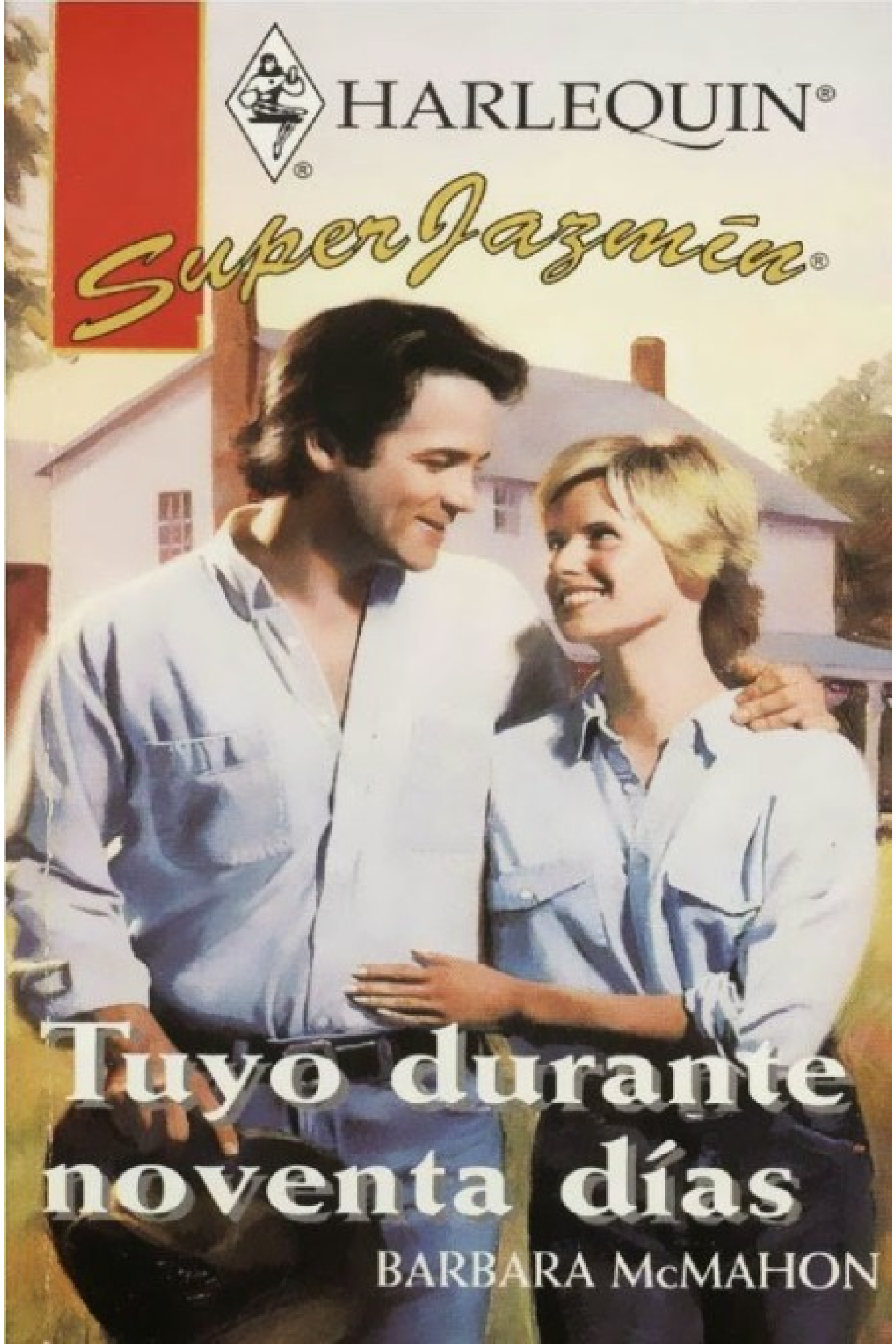

HARLEQUIN
SuperJazmín
Tuyo durante noventa días
BARBARA McMAHON

Tuyo durante noventa días

Todos le dijeron a Ellie que Nick Tanner le causaría problemas. Y así fue, porque cuando aquel hombre apareció en su rancho, su pulso se aceleró y se quedó sin aliento. Nick era el hombre más atractivo que había conocido en su vida… y sería suyo durante noventa días.

Lo único que Nick quería de Ellie era la oportunidad de cambiar su vida. Pero a pesar de su promesa de esquivar a mujeres dulces de ojos grandes, le resultaba terriblemente difícil guardar las distancias con ella.

¿Le permitirían los secretos de su pasado empezar de nuevo? Tres meses no era mucho tiempo, pero con Ellie, podía ser el principio de toda una vida.

Capítulo 1

ELLIE Winslow estaba muy preocupada. Se asomó a la ventana de la fachada y volvió a ver vacía la entrada. El ayudante del sheriff y su nuevo huésped seguían sin aparecer. Miró la hora en su reloj y frunció el ceño. Ya eran más de las cuatro. El recién llegado no podría ir a las colmas con los demás. Bueno, ya no tenía remedio. ¿A qué se debía aquel retraso? Hacía cuatro horas que debían estar allí. ¿Habrían tenido un accidente? No, en ese caso, se lo habrían notificado.

Aprovechó el tiempo para poner al día unas cuantas facturas. Habría preferido estar con el grupo, trasladando el pequeño rebaño de reses de los pastos bajos del invierno a los prados altos del verano. Montando a caballo, sintiendo el sol en la cara. Replicando a los comentarios ingeniosos y a las bromas de los chicos.

¡Su nuevo huésped debería haberlos conocido ya! Había planeado el fin de semana de esa forma: introducirlo suavemente en la rutina, presentarlo a los demás de manera informal, darle una oportunidad para relajarse. Pero sus planes se habían ido a pique.

Los nervios se sumaron a la preocupación... pero eso no era ninguna novedad. Siempre estaba intranquila antes de la llegada de un nuevo huésped. Era como el miedo de un artista antes de salir al escenario. Después de catorce huéspedes, se podía decir que era toda una experta.

Proporcionar ayuda a los necesitados, ¿no era ese el propósito de Manos Amigas? ¿Dar a los jóvenes procesados por su primer delito una segunda oportunidad? ¿Proporcionarles la clase de ayuda que su hermano Bobby nunca había recibido?

Por un momento, la vieja angustia emergió de nuevo, e intentó sofocarla. Las lamentaciones no servirían de nada. El pasado, con todas sus penas y malos momentos, había quedado atrás.

Y en aquellos momentos, hacía lo posible por ofrecer alternativas, por ayudar a los demás como deberían haber ayudado a Bobby. Si los nervios la hubieran traicionado, ¿dónde estarían Pete y Manuel en aquellos momentos? ¿O Carrie? ¿O Trisha y Consuela? ¿O los demás? Había ayudado a remediar las vidas de catorce jóvenes... hasta el momento.

Alzó la cabeza para oír mejor. ¿Se acercaba un coche? Cruzó rápidamente el salón y miró por la ventana. Sí, el emblema del sheriff resplandecía en el costado del coche patrulla blanco. Por fin.

Ellie inspiró hondo y corrió hacia la puerta.

—¿Señorita Winslow? Soy Carmichael, ayudante del sheriff. Creo que estaba esperándonos —el uniforme arrugado del ayudante mostraba los efectos del calor del día. Se acercó al porche y le entregó un fajo de papeles. Ellie asintió.

—Sí, soy Ellie Winslow —sonrió y tomó los formularios del traslado antes de hojearlos. Parecían estar en orden. Firmó al pie para confirmar la llegada de su huésped y le devolvió las hojas al ayudante.

Ellie desvió la mirada hacia el coche patrulla. Tenía cristales ahumados, así que no podía ver al recién llegado.

—Llega con varias horas de retraso. ¿Ha tenido problemas en la carretera? —preguntó mientras esperaba con impaciencia a que arrancara las copias y se las entregara.

—Sí, se me pinchó una rueda en el camino —contestó el ayudante.

Ellie volvió a leer por encima el papel. Nicholas Tanner. Cómplice de malversación de fondos. Un delito de guante blanco, pensó. ¿Encajaría con los demás?

Mientras el ayudante se acercaba al coche patrulla, Ellie siguió leyendo el informe en la hoja de referencias en la que constaba el nombre de su nuevo huésped y la duración de su estancia: tres meses. Al final de ese período, habría cumplido su pena y podría ir donde quisiera. Hasta entonces, estaría en una especie de arresto domiciliario en su rancho.

Y dependía de ella que su transición a la sociedad fuese como la seda y tuviera el máximo de probabilidades de triunfar.

Ellie supo que debía unirse a Manos Amigas desde la primera vez que tuvo noticia de su existencia un domingo en la iglesia. La habían seleccionado nada más solicitar el puesto, porque siempre estaban necesitados de voluntarios. Se alegraba de poder devolver una parte de lo que tanto le sobraba... en aquellos momentos. Y solo a veces se sublevaba contra el destino por que la solución para su hermano hubiese llegado demasiado tarde.

Nick Tanner estaba sentado rígidamente en el asiento de atrás

del coche patrulla, muerto de calor. El aire acondicionado se había desconectado desde que el ayudante del sheriff parara el motor, y se estaba achicharrando. Lo menos que podía haber hecho el hombre era bajar una ventanilla. Se aferró a su autocontrol como si la tensión que sentía pudiera actuar como una barrera impenetrable y bloquear los recuerdos infernales de los últimos tres años.

Daba la impresión de estar en calma, controlado. Había perfeccionado aquella pose a lo largo de esos años y no había movido un músculo durante todo el viaje. Ignorando los intentos de trabar conversación del oficial, fijó la vista al frente y se con—centró en pensar que por fin estaba fuera. Había dejado atrás los barrotes, los suelos de cemento y las normas arbitrarias. La garganta le dolía y tragó saliva.

Pasara lo que pasara, no pensaba volver. Se arrastraría y prometería cualquier cosa con tal de que no lo metieran otra vez en chirona. Habían sido tres años espeluznantes e interminables. La ira se avivaba en su interior cada vez que lo pensaba, pero era mejor no recordarlo, no le serviría de nada. Todo había terminado. O terminaría dentro de tres meses.

No sabía qué pensar de aquel programa .de adaptación laboral. Su única obsesión había sido salir. Su carrera profesional había hecho aguas, él mismo se había encargado tontamente de que así fuera. Y la mujer que creía haber amado le había decepcionado. Todo había cambiado y nada volvería a ser lo mismo.

Nunca confiaría en nadie más. Había aprendido la lección, primero de Sheila, luego de la cárcel. Estaba totalmente solo. Solo podía depender de sí mismo.

Miró por la ventanilla. El ayudante no le permitía ver a la mujer que había salido de la casa. De repente, el hombre dio media vuelta y se acercó al coche. Abrió la puerta y le hizo una señal para que saliera.

Nick lo hizo con toda la dignidad y el orgullo que pudo reunir. Contrajo el estómago y las manos al mismo tiempo, luego hizo un esfuerzo por relajarse. No le gustaba la mirada cínica del ayudante, pero llevaba años ocultando sus emociones. Tres meses más y sería un hombre libre. Podría ir a cualquier parte y hacer lo que quisiera. Reconstruir su vida.

Nick contempló a la mujer que sería su carcelera durante los tres

meses siguientes. No había pensado mucho en ella ni en los demás ocupantes del rancho cuando le notificaron su inminente puesta en libertad; su única obsesión había sido salir de la prisión. Se sorprendió de lo menuda que era. Tenía unos ojos azules muy luminosos y usaba gafas de montura azul. Lo miraron casi con recelo. Llevaba el pelo de color miel recogido en una especie de coleta en la **nuca** que parecía pesada y calurosa para su frágil complexión. Vestía unos vaqueros gastados, de ninguna marca en particular, y una camisa blanca y lisa que daba la impresión de pertenecer a su hermano mayor, o a su padre. Aunque tenía una figura esbelta, no le quitaría el sueño, pensó Nick.

Volvió a mirarla y lo reconsideró. Era la primera mujer que veía en casi tres años. Tal vez perdiera un poco el sueño. Daba la impresión de rondar los treinta... y de estar terriblemente asustada. Percibió la incertidumbre en sus ojos, su mirada suplicante hacia el oficial. Tal vez fuera la hija y sus padres llevaran el rancho. Sí, era lo más lógico.

Por un momento, sintió un intenso dolor que lo paralizó. No tendría miedo de él, ¿verdad? Apretó los labios. No quería que nadie lo temiese. Creía que, cumpliendo la pena, habría pagado su deuda y podría seguir adelante. Tal vez se hubiese equivocado.

Ellie observó cómo el ayudante del sheriff abría la puerta de atrás del coche y ordenaba al hombre que saliera. Su nuevo huésped extendió el brazo y sacó una bolsa de lona, luego se enderezó y frunció el ceño por algo que dijo el ayudante Carmichael, pero se limitó a asentir.

Ellie contuvo el aliento y abrió los c con sorpresa al ver a su nuevo huésped, pie junto a Carmichael y con actitud c arrogante, se cernía varios centímetros encima del oficial. Con los pies fírmeme plantados en la tierra y sosteniendo la pe da bolsa con una mano como si fuera i pluma, el hombre se volvió y paseó la m da por la fachada de la casa. Luego fije vista en ella. Con expresión impávida observó con sus ojos grises como el acero, entornándolos como si estuviera evaluar lo que veía. Tenía la mandíbula contraída los labios apretados.

Debía de ser un error, pensó Ellie con desolación, incapaz de desviar la mirada sus ojos penetrantes. Aquel no era un adolescente confuso de dieciocho o diecinueve años que necesitara una mano

amiga como los demás para facilitar su reinserción en mundo real.

En cambio, ante ella se erguía un hombre alto y autosuficiente de más de treinta años y que, a juzgar por su aspecto, sabía todo que podía saberse del mundo real y un poco más. Probó a sonreír, confiando en que su desolación no se notara. Era una equivocación. Deberían haberle asignado un adolescente, no aquel… aquel hombre maduro y viril.

El corazón le latía con fuerza mientras contemplaba aquellos inquietantes ojos grises. Ellie notó estremecimientos de placer por todo su cuerpo. Nunca en su vida se había sentido tan atraída físicamente por un miembro del sexo opuesto. Ni siquiera del doctor Merrill cuando se había enamorado platónicamente de él. Le costaba trabajo respirar y una pequeña espiral de fuego y excitación inesperada cobró forma en su interior.

Horrorizada de su reacción, arrancó la mirada de sus ojos y contempló, presa del pánico, las hojas que tenía en la mano. Rápidamente volvió a leer la primera sección. La casilla de la edad estaba en blanco.

El ayudante del sheriff le indicó a Nick que caminara hacia el porche. Ellie tragó saliva y sintió que la cabeza le daba vueltas. ¡No estaba preparada para afrontar aquella situación! Deberían haberle llevado un chico joven.

—Oficial, creo que ha habido un error—dijo con voz insegura.

—¿Un error, señorita? No lo creo —dijo el ayudante—. Le he dado todos los papeles,si tiene algún problema, tendrá que hablarlo con su coordinador. Yo me limito a traerle al preso —miró a Nick y luego otra vez a Ellie y se encogió de hombros—. Y ya he cumplido mi misión.

Asintió para dar énfasis a su afirmacion y regresó al coche patrulla. Antes de que Ellie pudiera replicar, subió al interior del vehículo y se alejó rápidamente, proyectando tierra y grava a su paso.

Ellie elevó la barbilla, tratando de parecer compuesta y confiada, rezando para que el recién llegado no notara su nerviosismo. Fuese cual fuese el error, era demasiado tarde para arreglarlo aquel día. Inspiró profundamente y sonrió con vacilación al hombre que tenía delante.

—Nicholas Tanner, soy Ellie Winslow.¿Qué tal está? Bienvenido

al rancho K.

Le tendió la mano. Ellie notó que vacilaba un segundo y luego se acercaba para estrechársela fugazmente y contemplar sus manos unidas. Luego su rostro. Ellie estuvo a punto de retirar la mano de golpe. Tenia la palma dura, callosa, y el contacto le producía un hormigueo de placer por todo el brazo. Se volvió, cuadrándose visiblemente de hombros y confió en que su nuevo huésped no se hubiese percatado de su reacción. ¿Qué le pasaba? ¿Estaba nerviosa?

—¿Qué error? —preguntó Nick. Tenía la voz grave y ronca. Ellie vaciló al oírla. ¿Percibía un leve acento sureño?

—Manos Amigas se dedica a ayudar a jóvenes que han cometido su primer delito. Creo que usted supera con creces el límite de edad —dijo mientras caminaba hacia la puerta. Se mordió el labio y se preguntó cómo debía afrontar la situación. El ayudante del sheriff no había sido una gran ayuda, y las oficinas estaban cerradas los sábados. Tendría que esperar al lunes para aclarar aquel malentendido.

—¿Cuál es el límite de edad? —preguntó, siguiéndola—. Cuando rellené la solicitud, no vi que hubiese ningún límite —añadió con voz áspera.

Por un momento, Ellie sintió un ápice de intimidación. ¿Deliberado por su parte? Eso no pensaba tolerarlo. Se enderezó tanto como se lo permitia su menudo cuerpo.

—Aclaremos una cosa desde el princ señor Tanner. Soy yo quien dirijo este rancho y la que pongo las normas.

—¿Según le conviene?

—No. Están escritas —sintió que la tierra se abría bajo sus pies. ¿Había constancia de un límite máximo de edad?—. Pero me dedico a ayudar a adolescentes, no a hombres maduros.

—Treinta y dos años no es tanto. Y es mi primer delito. El consejero de la carcel no mencionó ningún límite de edad.

—Es usted mucho mayor que los demas.

—¿Los demás?

—Tengo otros cuatro en estado de transición, dos chicas y dos chicos. Con diferencia de unos meses, todos tienen diecinueve años. Usted les saca una década.

Ellie intentó mantener el control de emociones. Intentó hacerse

cargo de una situación que parecía escaparse a su control. Nick Tanner no era como los demás huespedes. Ocupaba todo su campo de vision era alto y de facciones fuertes. Aunque sentía cierto afecto por sus protegidos, nunca había sentido aquella atracción tan intensa

Contuvo el aliento, inspirando su aroma, ligero y penetrante, plenamente viril. Abrumada por su flagrante masculinidad, por la energía contenida que irradiaba; nerviosa como nunca había estado con un hombre, dio un paso atrás. No tenía miedo de él... pero empezaba a temer su reacción de mujer. ¿Qué le estaba pasando?

—Este programa ha sido concebido para ayudar a jóvenes con problemas —dijo Ellie—. Por un lado les enseñamos nuevas profesiones. Algunos de nuestros participantes ni siquiera tienen el graduado escolar, así que también reciben formación académica. Usted es lo bastante mayor para saber cómo vivir, cómo comprar comida, ropa y una casa en la que vivir. ¿Por qué solicitó acceder al programa?

—Para salir.

—Ah —al menos era honrado. Luego Ellie frunció el ceño. No del todo honrado o no habría estado en prisión.

Hizo un esfuerzo por concentrarse en el problema que tenía entre manos e ignorar la proximidad de sus piernas musculosas enfundadas en tela vaquera y sus hombros increíblemente anchos. La leve brisa agitó su pelo y Ellie se sorprendió deseando averiguar su textura. Espantada por aquel pensamiento errante, dominó su expresión.

Debían de ser los nervios del primer nada más. Lo había hecho bien en muchas otras ocasiones, y si le permitía quedarse no sería distinto. Claro que no sabía como iba a llevar adelante el programa si todos sus pensamientos giraban en torno a la posibilidad de tocar su pelo... y más.

Nick Tanner contempló los campos abiertos y Ellie se preguntó qué estaría pensando. El verde oscuro de los robles salpicaban las colinas era el único contraste sobre aquella tierra marrón dorada, salvo por el azul intenso del cielo. En California las primaveras tardías postergaban la lluvia hasta el otoño. La hierba verde del invierno se había secado y dorado, proporcionando un forraje excelente para el ganado. Aquel paisaje tenía su propia belleza.

¿Le resultaría a Nick igual de fascinante que a ella cuando lo vio por primera hacía cinco años? Heredar el rancho habia sido el catalizador de su incorporación en Manos Amigas.

Enseguida recibió la formación previa necesaria. Pete Concannon y Manuel Lopez fueron sus primeros huéspedes. A los dos les quedaban seis meses de pena por cumplir y le habían dado mucho trabajo. Sin la ayuda de Gus, el capataz, y la esposa de Gus, Alberta, la cocinera, tal vez no lo hubiera conseguido. Pero después de cuatro años, pensó con orgullo, todo resultaba más sencillo con cada recién llegado.

Pete estaba trabajando en aquellos momentos en un rancho cerca de Redding, iba a misa los domingos y salía con una bonita joven. Todavía iba a visitarla de vez en cuando.

Manuel López había sido un verdadero reto. Un latino conquistador que hizo que Ellie se preguntara si alguna vez se iría, incluso después de cumplida la pena. Pero ya había sentado la cabeza y trabajaba como ayudante de veterinario en Davis. Pensaba ir a la universidad aquel otoño y obtener el título de veterinario... un gran avance, después de robar licorerías.

Antes incluso de que se fueran sus dos primeros huéspedes, Ellie ya había aceptado a más. Un máximo de cinco al mismo tiempo.

Nick sería el quinto de sus huéspedes.

Tenía la habitación preparada y ya habia hablado con personas en la ciudad que estarían dispuestas a darle oportunidades de trabajo según sus intereses. *Los* demás ya estaban al corriente de su llegada.

Solo que no esperaban a un hombre hecho y derecho, sino a un adolescente.

Nick contuvo el aliento y se pregunto cuánto tiempo tardaría la mujer en decidirse. El olor fuerte a hierba seca lo asalto… infinitamente más dulce que el aire de prisión. Los espacios abiertos empezaban disipar parte de su tensión. Si su anfitriona se empeñaba en que su presencia allí era un error, tendría que buscar la manera de con— vencerla para quedarse.

La atracción hacia Ellie Winslow crecia gradualmente a pesar de sus intentos por ignorarla. Su aroma mezclado con la hierba seca constituía una suave fragancia, como un ramo de flores silvestres. Tenía manos de mujer trabajadora, curtidas y callosas, pero

pequeñas y delicadas. Qué extraño su futuro estuviera en aquellas manos.Se preguntó cómo una persona tan menuda podía mantener a flote un rancho de ganado. ¿Cuántos ayudantes tendría? Se sorprendió al darse cuenta de que, por primera vez en años, sentía curiosidad por otra persona.

¿Qué sacaba de aquel programa? Sabía que nadie hacía nada a cambio de nada. Todos los sueños idealistas que antaño había albergado se habían desvanecido ante la cruda realidad.

Finalmente, Ellie levantó la cabeza y lo miró.

—Acompáñeme. Lo llevaré a su habitación.

Nick se sintió abrumado de alivio, pero mantuvo la expresión neutral. Manteniendo la distancia, la siguió al interior de la casa.

El edificio necesitaba muchas reparaciones, uno podía darse cuenta incluso desde el exterior. Sin embargo, era sólido. Y enorme, debía de tener al menos doce habitaciones. Ellie pasó de largo unas escaleras de madera que conducían al segundo piso y se dirigió a la parte de atrás de la casa. Las puertas del pasillo daban a estancias espaciosas. Sus pasos resonaban en el suelo de madera. Las alfombras o moquetas amortiguarían el sonido, pero Nick no vio ninguna.

La cocina era amplia y luminosa, grandes ventanas sobre la pila que daban al jardín de atrás. En el centro había una mesa de roble redonda y gastada con cuatro sillas alrededor. El fregadero parecía nuevo como los accesorios, pero el suelo irregular delataba su antigüedad. Detrás de la casa se erguía un granero pintado de rojo de reciente construcción. Nick se preguntó por que derrochaba el dinero en un granero cuando la casa pedía a gritos un buen repaso.

Mientras la seguía, Nick se concedio la oportunidad de relajarse. Era un alivio que Ellie Winslow no lo hubiese acosado a preguntas. Sospechaba que eso vendría despues, pero casi podía fingir que era su inquilino en una casa de huéspedes. Claro que nunca se había alojado en ninguna pension, su familia se habría desmayado solo de pensarlo.

Pero sin duda, el soponcio sería mayor si supieran dónde había estado en los últimos años. Creían que había estado demásiado ocupado para ir a visitarlos. Con la ayuda de un par de amigos, se había cerciorado de que la noticia de su arresto no se divulgara en la costa este. Contestadores automáticos, desvíos de llamadas y

otros inventos tecnológicos perpetuaron la imagen de normalidad incluso después de su condena. Se preguntó si alguna vez volvería a su casa. La cárcel lo había cambiado, y no quería que su familia se percatara del cambio y lo sospechara.

Un enorme pastor alemán estaba rascando la puerta de malla metálica de la cocina, moviendo la cola.

Ellie se acercó a la puerta y vaciló.

—Este es mi perro, Tam —dijo, volviéndose—. ¿Le dan miedo los perros?

Nick lo negó con la cabeza. Ellie abrió la puerta y el animal entró y empezó a dar saltos akededor de Ellie, mientras ella lo acariciaba. Luego atravesó la estancia para saludar al extraño.

—Es un perro muy cariñoso, pero no se lo diga a los atracadores —Ellie se sonrojó al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento —murmuró, mortificada por su desliz.

Una sonrisa brilló en los ojos de Nick al mirar al perro.

—Mis labios están sellados —declaró. Luego extendió la mano para que Tam la olisqueara y lentamente le rascó las orejas mientras miraba a su alrededor.

—Su habitación está aquí, junto a la cocina —dijo Ellie mientras abría una puerta que daba a un gran dormitorio con baño incorporado—. Es toda suya. Yo no entraré.Tendrá que ordenarla y limpiarla usted mismo,pero así sabrá que goza de plena intimidad.Si lo desea, podrá mudarse al barracón dentro de una semana. Allí es donde se alojan los otros dos muchachos. Durante la primera semana, los hombres se hospedan aquí.Las chicas duermen en las habitaciones de arriba, conmigo. El segundo piso está vedado para los hombres.

Nick pasó a su lado y se detuvo en el umbral. La habitación tenía el techo alto y dos ventanas altas en la pared del fondo. Una cama de matrimonio con cabecero de roble tallado dominaba la estancia; junto a la pared de la derecha había una cómoda de roble, una silla y una mesita de noche.El suelo de madera estaba cubierto con una alfombra de vivos colores y las paredes estaban adornadas con varias acuarelas. A través de la puerta abierta, divisó el cuarto de baño. La combinación de azules y tostados resultaba agradable.

Ellie señaló la parte frontal de la casa.

—Hemos pasado junto al comedor, donde nos reunimos a la

hora de comer. Tengo una cocinera, pero este fin de semana está en las colmas, trasladando el ganado, con los demás. También hemos pasado de largo el salón y la sala de televisión. Utilícelos siempre que lo desee. Si necesita alguna cosa, toallas, jabón, lo que sea, no tiene más que decírmelo. Esta será su casa durante los próximos tres meses.

Nick asintió y dejó su bolsa de lona en el suelo. Sostuvo la puerta y contempló el pomo.

—¿No hay cerradura? —murmuró, mirándola a los ojos con una ceja arqueada.

—Está perfectamente a salvo, señor Tanner. Ya le dije que yo no entraría, y los demás tampoco. Todos sabemos respetar la intimidad —contestó Ellie, elevando ligeramente la barbilla.

Nick levantó la cabeza con sorpresa y regocijo.

—Me extrañaba que no me encerraran a mí por la noche, no que usted pudiera entrar.

—Aquí no encerramos a nadie, señor Tanner. El proceso de selección garantiza que no nos enfrentamos a delincuentes peligrosos o violentos. Podría irse cuando quisiera, pero confío en que no lo haga.

La miró pensativamente, luego asintió.

—Ya que voy a estar aquí un tiempo, ¿podríamos dejar a un lado las formalidades y tutearnos? Yo soy Nick.

—Por supuesto. Yo, Ellie.

Debería haberlo sugerido ella, se suponia que lo estaba guiando. Y todos en el rancho se tuteaban, ¿cómo podía haberlo olvidado?

¿O se había aferrado a las formalidades con la esperanza de mantener la distancia entre ellos?

Nick asintió y miró a su alrededor, tenso e incómodo. Caramba, pensó Ellie mientras veía cómo cerraba la puerta, él también estaba nervioso. Como los demás el día de llegada. Pero en cuanto se sentían cómodos en el rancho, empezaban a adaptarse y a superar el rencor que albergaban.

¿Se adaptaría Nick a la vida en el rancho? Parecía tan distinto, y no estaba segura de sentirse a gusto con su presencia. El lunes a primera hora, llamaría a Alan Peters, de Manos Amigas, para comentarle la situación.

Se frotó la frente. Se estaba haciendo tarde. Tenía que dar de

comer a los animales y preparar algo para la cena.

—Llevaré un poco de limonada al porche delantero dentro de media hora por si te apetece beber algo —le dijo a Nick en voz alta mientras salía de la cocina. Normalmente, las tareas del rancho eran responsabilidad de sus huéspedes, pero no le importaba hacerlas aquella noche. Con tantos caballos fuera, daría de comer a los dos que quedaban en un abrir y cerrar de ojos. Las gallinas, los patos y la cerda eran pan comido.

Cuando terminó, preparó una limonada fresca y se dirigió al porche. Había colgado un amplio balancín de madera nada más mudarse y su mayor placer era sentarse allí a última hora de la tarde y contemplar la actividad en su pequeño rancho. A veces, alguno de sus huéspedes se reunía con ella. O Alberta se sentaba a su lado para planificar las comidas y comentar los rumores de la ciudad. Cinco años después, Ellie todavía se maravillaba de su buena suerte al heredar el rancho.

Pero la pequeña punzada de dolor por su hermano Bobby volvió a hacerse sentir.Tenía tanto, pero tan tarde.

Capítulo 2

ELLIE se había bebido la mitad de su limonada cuando Nick abrió la puerta de malla metálica y se detuvo en el umbral. Ellie señaló la jarra y el vaso vacío.

—Sírvete.

—Gracias, la verdad es que apetece.

Hacía mucho tiempo que no tomaba limonada casera. Se sirvió el líquido frío y agrio y buscó una silla con la mirada. No había ninguna a la vista, solo el balancín o la baranda. Sentándose cautelosamente a su lado, tuvo el cuidado de dejar espacio de sobra entre los dos.

En silencio se balancearon, sorbiendo el líquido refrescante con la mirada puesta en las lejanas colinas.

—¿Qué extensión tiene el rancho? —preguntó Nick, sintiendo curiosidad por el lugar y por su anfitriona. ¿Quién era Ellie Winslow? ¿Estaba divorciada? ¿Viuda? Miró su mano... no tenía anillo.

—Unos mil acres de tierra escriturados.También llevamos el ganado a los pastos del Departamento de Gestión Territorial.Son propiedad del gobierno.

—¿Y siempre ha sido de tu familia? —Nick sabía que la casa era antigua. Hacia décadas que no pintaban la fachada.

—Lo heredé hace unos años. Antes ni quiera sabía que existía. ¿Es maravillo verdad? —dijo con suavidad.

Nick la miró, cuestionándose su aparente deleite por un lugar tan destartalado situado lejos de la ciudad, de las tiendas y los teatros. Notó el brillo en sus ojos azules y el color en sus mejillas. Parecía casi bonita cuando sonreía. Nick sintió una tensión en su interior y se volvió. No quería sentir nada. Terminaría sus tres meses de condena, respetaría las normas del lugar y lúego se iría.

—Todavía hay montones de cosas que hacer —dijo Ellie—. Pero voy proyecto a proyecto. Primero construimos el granero para poder dar cobijo a los animales, luego re— formamos el barracón. Los dormitorios y la cocina vinieron después. Para finales del próximo año, confío en tener la casa completamente rehecha. Luego podremos concentrarnos en el ganado.

—¿Por qué estás en Manos Amigas? —Nick necesitaba saber qué motivos tenía. No le gustaban las intrigas y Ellie resultaba difícil de clasificar, no se parecía a las mujeres que había conocido. Desde luego no era como Sheila. ¿O acaso enmascaraba igual de bien su verdadera personalidad? Sheila había sido una experta.

Ellie bajó la vista al vaso que tenía en la mano. Observó cómo el hielo daba vueltas cuando lo inclinaba a un lado y a otro. El rancho siempre había pertenecido a su padre y durante todos los años que había cuidado de él nunca se lo había mencionado. Durante todo aquel tiempo, había estado allí, un refugio para Bobby y para ella de existencia desconocida. ¿Podría hablarle de su hermano? Por norma, no hablaba de Bobby. Ni de su padre. Ni de nada de lo ocurrido antes de trasladarse allí. ¿Comprendería Nick por qué no se había ocultado en el rancho, refugiándose en sus pinturas e ignorando al resto del mundo?

—Digamos de momento que tengo razones de peso y que, gracias a Dios, cuento con los medios para ayudar.

—Lo dices como si llevaras años haciendo esto. Pareces bastante joven —añadio preguntándose qué edad tendría. Las gafas y el peinado no la favorecían, pero tenia asomos de verdadera belleza. Sobre todo los ojos. Eran expresivos detrás de los cristales. Nick deseó poder verla sin gafas.

—Cumpliré treinta y dos dentro de unos meses. Tú eres mi huésped número quine

De repente, Nick no quiso saber más de ella ni del maldito programa. Ellie tenía prácticamente su misma edad, y eso creaba un vínculo que no quería explorar. Era un hombre solitario. Había optado por mantenerse alejado de la gente que conocia,encontrar un nuevo trabajo y eludir los problemas que causaba cualquier tipo de relación.

La inquietud lo dominó, amenazan con aflorar. Se puso en pie y vació el vaso.

—Voy a dar un paseo —no era una pregunta, pero se detuvo como si esperara una respuesta. O permiso.

—Bien —dijo Ellie en voz baja. Miró la hora en su reloj—. La cena estará lista a las seis y media. Si no has vuelto para entonces, te la guardaré.

Ellie guardó silencio mientras Nick se alejaba por el camino de

acceso hacia la tranquila carretera de campo. Tam se incorporo, fijando su atención en Nick hasta que Ellie le tocó el lomo.

—Ve, Tam. Ve con él. Ve a pasear.

El perro no necesitó más persuasión, y salió corriendo detrás de Nick. Cuando lo alcanzó, caminó al trote, olisqueando la hierba al lado del camino.

Levantaba pequeñas nubes de polvo a cada paso. Nick vio que sus zapatos acabarían blancos al final del paseo, pero no le importaba. Por primera vez en años, era libre. Sonrió, un pequeño triunfo para su primer día. Podría ir a cualquier parte, hacer lo que quisiera, siempre que viviera allí durante los siguientes tres meses. De momento, el paseo bastaba. Volvió la cabeza pero no vio a Ellie. Estaba totalmente solo y se sentía en la gloria.

Al tomar la senda campestre, estiró las piernas y apretó el paso. Necesitaba el ejercicio y poder saborear la libertad de elegir

Ellie lo había dejado marchar sin objeciones.

Contempló el cielo azul intenso y las colinas doradas y onduladas a su alrededor.A lo lejos, se divisaban las cimas de las montañas todavía cubiertas de nieve. Pero no había más casas ni coches a la vista. Estaba totalmente solo. Qué diferencia de la prisión. De su casa de San Francisco.

Él lo había querido así, no podía dar marcha atrás. No le quedaba nada de su antigua vida a lo que pudiera volver. Era mejor empezar de cero y seguir adelante. Apretó aún más el paso e inspiró el aire seco y cálido. Siguió avanzando y echó correr.

Ellie observó cómo Nick y Tam se alejaban por la tranquila senda campestre. De no ser tan tarde, podrían haber ido en camioneta hacia el prado donde el resto del equipo pensaba pasar la noche. Pero única manera de llegar al lugar de acampada era tomando caminos de tierra y no le gustaba conducir cuando la creciente oscuridad no le permitía distinguir un bache de un barranco.

Se quedarían aquella noche en casa, cenarían allí. Le explicaría las normas y le presentaría al grupo al día siguiente. Se puso en pie, recogió sus gafas y se dirigió a la cocina preguntándose qué podía preparar de cena. Ya casi eran las seis. ¿Debía esperar a que Nick regresara o empezar a cocinar?

Por un momento, se estremeció. ¿Y si seguía andando y no

regresaba, qué haría en una situación así? Ninguno de sus huéspedes se había fugado nunca. Claro que nunca había tenido a un huésped como Nick. No parecía necesitar nada ni a nadie. Era capaz de afrontar el mundo real sin ayuda.

Ellie oyó un golpe seco en la puerta de malla metálica tiempo después. Nick la abrió y entró. Tam entró corriendo detrás de él.

—Hola, amigo, ¿habéis dado un buen paseo? —Ellie se inclinó para acariciarle el cuello y sonrió a su huésped, notando cómo sus ojos parecían desnudar su alma. Se sentía constantemente como si la estuviera analizando. ¿Pensaría que no daba la talla?Nerviosa, carraspeó—. Nick, esta es tu casa mientras estés aquí. No hace falta que llames. A la noche cerramos las puertas, pero eso es después de acostarnos. Durante el dia no echo la llave. No hay atracos en esta zona y como tenemos a Tam...

Lo había vuelto a hacer. ¿Cómo podia ser tan inconsciente? No había hablado de robos ni de ladrones con los demás huéspedes en sus primeros días. Era lo último que Nick necesitaba oír. Ruborizándose de vergüenza, Ellie confió en que achacara sus colores a estar inclinada acariciando a Tam. Se ajustó las gafas sobre la nariz y se enderezó.

Nick se apoyó en la encimera y se cruzo de brazos. La miraba como si fuera un puzzle intrigante que pudiera resolver si prestaba suficiente atención. Pero la ponia nerviosa y no le gustaba sentirse observada.

—¿Te ayudo con la cena? —pregunto mientras Ellie abría la nevera.

—Hay un pequeño problema. Pensé comeríamos con los demás, así que no había planeado nada. Claro que podría freir unas hamburguesas... aunque no sea la cena más nutritiva para tu primera noche. Alberta es mucho mejor cocinera que yo. Tiene instinto maternal. Nick ladeó la cabeza.

—¿Y tú quieres desarrollarlo? ¿Por eso te recoges el pelo, para parecer mayor? ¿Por eso vas sin maquillaje y con ropa demasiado holgada? —preguntó—. ¿Para parecer una madre?

—En realidad, siempre me visto así —metió la cabeza en la nevera e intentó protegerse de sus hirientes palabras. ¿Tan horrible estaba? El pelo le caía por la espalda, pero lo llevaba limpio y bien peinado. ¿Y quién tenía tiempo o ganas para maquillarse en un

ambiente tan polvoriento y caluroso?

Aun así, sus palabras resultaban hirientes.

Ellie sabía que no era bonita, pero nadie se lo había dicho nunca tan claramente. Y sobre todo le dolía que fuera aquel hombre irresistible quien se lo hubiera dicho. Inspiró profundamente y contempló de nuevo el interior de la nevera.

—Tengo todos los ingredientes para hacer unas hamburguesas, patatas fritas y unos batidos. Pero no sé, ¿preferirías jamón, o asado de carne? Puedo calentarlo en un santiamén —declaró, satisfecha de que su ve mantuviera firme. No estaba allí para interesar a ningún hombre. No le importaba, que pensara sobre su aspecto.

Nick se apartó de la encimera y se acerco a ella. Le tocó el hombro suavemente con la mano y Ellie se dio la vuelta al instante. Con el dedo, Nick le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—No he querido herir tus sentimientos, Ellie Winslow. Agradezco la oportunida de estar aquí. Saldrá bien, de eso puedes estar segura. Y la idea de la hamburguesa con patatas fritas me parece estupenda —su voz era suave, grave y dulce como la miel para los oídos de Ellie.

Ellie asintió, sintiendo cómo el calor de su dedo desataba espirales de sensaciones por todo su cuerpo. Dio un paso atrás para romper el contacto y, con el corazón desbocado, se concentró de nuevo en la nevera abierta. Divisó una botella que estaba en el fondo.

—Ah, tengo una pequeña botella de sidra,que podríamos celebrar el comienzo de tu nueva vida. ¿Te apetece?

—Me encantaría.

Ellie detectó la nota de sinceridad en su voz y se alegró de haberse acordado de la botella. No compraba alcohol, pero le gustaba celebrar el primer día de libertad de sus nuevos huéspedes. Buscó dos copas y las llenó antes de empezar a cocinar.

—Por tus éxitos futuros, Nick —brindó Ellie.

—Para que sean honrados —repuso con malicia.

Ellie se atragantó y se echó a reír. Y ella que tanto se preocupaba de no meter la pata con sus comentarios.

—Nick, cómo puedes decir eso —finalmente se relajó. Tal vez no fuera tan terrible. También se había sentido incómoda con Pete y Manuel al principio, recordó.

Nick rio entre dientes al ver su regocijo, luego la miró con sorpresa.

—Es la primera vez que me río desde hace mucho tiempo —declaró con perplejidad.

—Y yo que estaba tan preocupada por no decir algo inoportuno que pudiera avergonzarte —reconoció Ellie, poniendo a prueba la tenue comunicación que había entre ellos.

—Ya lo habrías hecho si hubiese sido un atracador —bromeó Nick, y sonrió.

Ellie tragó saliva al verlo. Sus ojos eran de un suave color plata, y la sonrisa un poco quebrada, como por falta de uso.Sintió que sus entrañas se derretían. Ya lo había tachado de irresistible, pero con aquella sonrisa era arrollador. ¿Tenía idea de los estragos que causaba su sonrisa? Debería llevar una etiqueta de peligro, como algunos electrodomésticos.

—Controlar lo que uno dice es más dificil de lo que parece. No quiero decir nada que pueda ofenderte, así que, si lo hago, dímelo —repuso Ellie, y se concentró en preparar las hamburguesas.

Cuando terminaron de cenar, Elli se convenció de que la estancia de Nick seria tan exitosa como la de cualquiera de sus huéspedes. Comió todo lo que le puso en el plato, hizo preguntas sobre el rancho y escuchó con atención su recuento de las normas y tareas asignadas. Incluso la ayudo a fregar los platos.

Después de guardar el último vaso, Ellie sugirió que tomaran café en el porche, que ya estaba oscureciendo. Había bajado la temperatura y el aire resultaba fresco yagradable después del caluroso día. Un rato en el balancín antes de retirarse a su habitación siempre la ayudaba a dormir.

Se sentaron en el silencio del atardecer con la luz del salón que salía por las ventanas como única iluminación. Las colinas se fundían en una suave silueta a medida que la claridad desaparecía del cielo, y los árboles aparecían claramente perfilados en el horizonte.

Ellie puso en movimiento el balancín mientras sorbía su café. Era físicamente consciente de la presencia de Nick, apenas a unos centímetros de distancia. Estiró sus piernas largas y musculosas, flexionándolas al compás del balancín.

Ellie frunció el ceño, temerosa de mirarlo. Aquello era una

locura. No podía sentirse atraída por su huésped, su misión era ayudarlo, ser su mentor, no desarrollar una especie de fascinación romántica.

—¿De dónde eres, Ellie? —preguntó Nick—. No pareces californiana.

—Del gran estado de Georgia, amigo —contestó, exagerando el acento sureño.

—¿Llevas mucho tiempo en California?

—Casi veinte años. Hace tanto tiempo que me fui de Georgia que apenas la recuerdo. Acababa de empezar la enseñanza media.

—¿Y cómo es que acabaste aquí?

—Mi madre murió —dijo con rotundidad contemplando las colinas lejanas—. Mi padre y ella se divorciaron cuando yo era un bebé. No lo había visto nunca, pero por ley tuve que venir a vivir con él.

—Un duro golpe.

—No fue fácil.

Y eso era todo lo que podía decir, palabras tan convencionales no reflejaban el tumulto emocional que había vivido.Ni su perplejidad cuando la tía Carolina la puso en un avión y le dijo adiós. Ni la desolación que sintió al principio de ir a vivir con su padre. O la alegría de su corta convivencia con Bobby.

Ellie permaneció callada. Hacía años que no pensaba en su madre. Resultaba chocante pensar que habían pasado casi dos decadas desde su muerte.

—¿Has vuelto alguna vez? ¿De visita? —preguntó Nick.

—No —Ellie dejó de recordar el pasado.Era mejor olvidarlo—. ¿Y tú? Detecto unrastro de acento sureño en tu voz. ¿De dónde eres?

—Yo también soy de la costa este. De Maryland. Vine a California para estudiar en la universidad de Stanford. Después encontré trabajo en San Francisco.

«Y luego fui a la cárcel», terminó Ellie en silencio. ¿Qué había pasado? ¿Y cómo había acabado en el rancho? Con una licenciatura no necesitaba la ayuda de Manos Amigas. Sin embargo, había solicitado participar en el programa. ¿Por qué? ¿Para salir antes, o realmente quería empezar de cero?

—Mañana tendremos que planear una estrategia para tu estancia

—dijo Ellie.

—¿De qué tipo? —preguntó Nick con cautela.

—Qué clase de trabajo quieres, cómo buscarlo, conseguirte algo de ropa, esa clase de cosas —dijo enérgicamente.

—Todavía no —murmuró.

—¿Cómo? —intentó verlo en la penumbra, pero solo podía distinguir su silueta.

—Me gustaría disponer de unos días para acostumbrarme a estar fuera, a ser libre otra vez. Parecía razonable, concedió Ellie. Era un gran cambio. Unos días no alterarían mucho el programa, aunque Manos Amigas exigía inmediatez. Podía empezar a familiarizarse con las tareas del rancho y conocer a los demás.

—Entonces pensaremos qué planes hacer

—resolvió Ellie, y frunció el ceño. En teoría, ella debía tomar las decisiones... ¿por qué se sentía de repente como si fuese Nick el que llevara las riendas? Tal vez no supiera imponerse lo bastante para aquella clase de trabajo. ¿O para aquella clase de hombre? No había tenido problemas con los demás huéspedes, claro que eran más jóvenes.

—¿Siempre has sido ranchera? ¿Por qué accediste a participar en Manos Amigas?

—Nick no había satisfecho su curiosidad. ¿Qué sacaba ella de todo aquello? Aceptar prisioneros no parecía compensarla mucho, el lugar se estaba viniendo abajo. Llevaba ropa limpia y planchada, pero no de marca.

—Solo llevo aquí cinco años. En realidad me gano la vida ilustrando libros infantiles. Mi amiga Margot y yo hacemos un buen equipo. Ella los escribe y yo los ilustro. Ya hemos hecho más de dos docenas. Verás mis obras por toda la casa.

—¿Las acuarelas de la habitación son tuyas? —preguntó.

—Sí. Esas las hice por diversión, no están en ningún libro.

—Me gustan. Infunden serenidad, da gusto mirarlas —las pinturas estaban hechas en distintos tonos de azul. No se parecían a la idea que Nick tenía de las acuarelas. Eran más llamativas y dramáticas. Inesperadas, como su anfitriona—. ¿Pero por qué te has comprometido con Manos Amigas? —insistió.

—Ya te lo he dicho, para ayudar.

—La mayoría de la gente tiene un interés personal cuando hace

algo —replicó.

—¿Eso piensas?

—Es lo que sé.

—Mm... Tal vez. Pero en este caso, solo deseo ayudar.

Nick contempló el paisaje oscurecido. Las colinas solo lucían hierba y unos cuantos árboles, y no había visto el ganado del que hablaba. Parecía un lugar solitario. Se preguntó por qué vivía tan lejos de la ciudad. ¿No echaba de menos las ventajas de la civilización?

—¿No te sientes sola aquí? —preguntó, dejándose llevar de nuevo por la curiosidad, a pesar de su promesa de mantener la distancia.

—¿Cómo podría? Normalmente esto es un hervidero de actividad. Tengo un capataz y dos ayudantes, una cocinera y huéspedes. Margot viene varias veces a la semana a trabajar. Ocurren demasiadas cosas para que me sienta sola —Ellie miró a Nick—. Viví con mi padre hasta que murió hace cinco años. Tenía Alzheimer y necesitaba cuidados constantes. No tuve oportunidad de hacer muchas cosas cuando estaba vivo.

Ellie omitió lo dominante y exigente que había sido su padre, y desechó el recuerdo de aquellos años. Ya habían quedado atrás y era libre.

—Cuando murió, heredé este lugar. Necesita muchos arreglos, así que, no tengo tiempo para añorar nada.

Nick esperó oír más. Faltaba algo. El tono de su voz era cauteloso, forzado. ¿Había estado casada? ¿Tenía hijos? Pensó brevemente en sus hermanas. Las dos se habían casado jóvenes y sus hijos ya iban al colegio. Se había perdido tres años desus vidas, y seguramente se perdería mucho más. No tenía planes de regresar a Maryland.

Cuando Ellie se levantó y le dio las buenas noches, Nick permaneció en el balancín, saboreando todavía la sensación de libertad. ¿Qué pasaría si echaba a andar y no volvía? ¿Llamarían al sheriff, o desaparecería y nunca lo encontrarían?

Solo quedaban tres meses.

En cuanto Nick entró en su habitación, Ellie volvió a bajar para cerrar con llave el caserón. Se llevó un libro a la cama. Agitada por los acontecimientos del día, necesitaba algo que la adormeciera y le

hiciera olvidar a su nuevo huésped. ¿Se alegraría de estar en el rancho o deseaba poder volver directamente a San Francisco? ¿Qué le depararía el futuro?

Se quedó dormida con la luz encendida, el libro olvidado en la mano, pensando en su nuevo huésped a pesar de sus esfuerzos por no hacerlo.

Un golpe suave en la puerta la despertó al instante. Nick la abrió y apareció en el umbral, alto y moreno, completamente vestido. Sus ojos centellearon a la luz de la lámpara. Por un momento, mientras se incorporaba, se sintió presa del pánico. ¿Qué quería? ¿Qué hacía en su habitación? Le había dicho que los hombres no podían subir al segundo piso, sobre todo estando ella sola en la casa. El vecino más próximo vivía a kilómetros de distancia. El resto del personal del rancho estaba en las colinas. Por primera vez, fue consciente del aislamiento del rancho.

Lanzando una rápida ojeada a su reloj, vio que eran las tres de la madrugada.

—Nick, ¿qué pasa? —Ellie inspiró profundamente, resistiendo la tentación de cubrirse con las sábanas hasta el cuello. Intentó mantener la calma pero tenía el corazón desbocado.

Tonterías, se dijo, los huéspedes del programa no eran delincuentes violentos, habían sido cuidadosamente seleccionados. No tenía nada que temer. De todas formas, Tam la protegería.

Tal vez, corrigió al ver que el perro se incorporaba de la alfombra junto a la cama y movía la cola para saludar a su nuevo amigo.

—Lo siento, vi luz debajo de la puerta ypensé que estabas despierta. ¿Siempre duermes con la luz encendida?

Nick fijó la vista en ella, en aquella cama amplia, pero con el rabillo del ojo abarcó toda la estancia. Totalmente femenina, con cortinas blancas de encaje y muebles delicados. Se sentía tan fuera de lugar allí como en la celda. Siguió mirando a Ellie. Tenía las mejillas sonrosadas por sueño y los ojos de un azul profundo. El pelo le caía como una nube alrededor del rostro, y por los hombros. Era demasiado pelo para su constitución tan frágil, pero parecía sedoso y tentador. Nick sintió el hormigueo de la atracción. Hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer, y Ellie estaba muy seductora con ese camisón rosa que dejaba ver sus brazos desnudos

y su piel de marfil.

Ellie movió la cabeza, con los ojos llenos de incertidumbre, hasta que vio el libro sobre sus piernas.

—Creo que me quedé dormida leyendo.

—No pretendía despertarte. Sé que no quieres hombres en el segundo piso, pero las otras chicas no están y creía que estabas despierta. He oído algo en el jardín y pensé que podrías tener un zorro en el gallinero.

—Cielos —Ellie echó a un lado las sábanas y se puso en pie, tomando la bata de una silla cercana—. Seguramente sea un coyote. Suelen molestarnos de tarde en tarde.

—Las gallinas están alborotadas, pero no podía ver nada en el jardín. ¿Hay luz ahí fuera?

Ellie asintió y lo miró.

—Estás vestido.

—Todavía no me había acostado —declaró.

—Es más de medianoche —repuso Ellie, bajando a toda prisa las amplias escaleras. En cuestión de segundos, había atravesado la cocina y encendido los focos del exterior. Ellie abrió la puerta de par en par y corrió hacia el jardín.

Vio una mancha de pelo amarillo pasar a toda velocidad y Tam que echaba a correr, ladrando con fuerza mientras perseguía al coyote.

—Maldita sea —exclamó Ellie—. Espero que no lo atrape. No quiero que se pelee. Nick estaba de pie a su lado.

—¿Quieres que mire cómo están las gallinas? Tengo zapatos.

Ellie contempló sus pies desnudos y suspiró, dando gracias por haberse acordadode ponerse el albornoz.

—Si no te importa. Espero que no haya herido o matado a ninguna.

En un par de minutos, Nick había inspeccionado el gallinero y la había informado de que todo estaba en orden. Tam regresó al trote, moviendo la cola.

—Buen chico, lo has espantado —Ellie acarició al perro, cerciorándose de que no tuviera ningún rasguño. Se enderezó y miró a Nick—. Gracias por dar la voz de alarma. Unos minutos más y creo que habría perdido algunas gallinas.

Nick asintió y miró al cielo. Durante un largo momento, el

silencio se prolongó entre ellos. Ellie notó el frío.

—Voy a entrar otra vez —le dijo.

—¿Puedo quedarme fuera un rato? —le preguntó, volviéndose para mirarla—. Es la primera vez que estoy fuera de noche en tres años.

—Claro, como quieras.

Ellie corrió a refugiarse en la cocina y cerró la puerta. Sabía lo que era no poder hacer lo que uno quería cuando quería. Sabía que Nick estaba disfrutando de la libertad igual que ella cuando su padre murió.

Le gustaba hacer las cosas a su aire, y no obedecer las órdenes de un hombre enfermo y quejumbroso. Nick había estado en una cárcel, pero ella había sufrido más de catorce años otra clase de encarcelamiento. Se estremeció. Si Nick quería estar fuera toda la noche, no había problema, siempre que no se fuera. Se asomó por la ventana, intentando verlo, preguntándose qué haría si no regresaba.

Capítulo 3

A LA MAÑANA siguiente, Ellie se despertó a la hora acostumbrada, con la luz de la lámpara todavía encendida y el libro caído en el suelo. ¿Habría pasado Nick toda la noche fuera? ¿Cómo había podido dormir con la casa sin cerrar y su nuevo huésped quién sabía dónde?

Se vistió deprisa y se recogió el pelo recordando lo que Nick había dicho la noche anterior sobre su aspecto. Contempló su reflejo. Tenía razón, parecía un poco dejada. Levantó su gruesa melena y ladeó la cabeza. Tal vez debería cortarse el pelo y empezar a ponerse un poco de maquillaje. Y escoger algunas prendas ceñidas en lugar de buscar la comodidad total.

Se puso las gafas y salió de la habitación. Las vanas ilusiones no la llevarían a ninguna parte. No había necesidad de cambiar nada en su vida por las palabras de un hombre que había conocido el día anterior. Estaba bien tal y como estaba y, de todos modos, un poco de maquillaje no iba a transformarla en una belleza impactante.

La puerta de la habitación de Nick estaba cerrada cuando atravesó la cocina. ¿Había regresado por la noche y había metido a Tam en su habitación o seguían fuera todavía? ¿Adonde podía haber ido en mitad de la noche? Las camionetas seguían aparcadas cerca del granero, con su coche a tm extremo.

Ellie soltó la puerta de malla con suavidad para no despertar a Nick. Podría haber echado un vistazo en su habitación, pero eso sería una violación de su intimidad.

Caminó a paso rápido al granero y, después de abrir una de las puertas corredizas, entró en silencio para recoger comida para las gallinas, los patos y su cerda, Penelope. El burro y los caballos serían los siguientes. Unos manojos de heno los sustentarían durante el día.

Tam apareció detrás de la casa y se acercó corriendo, ladrando de alegría al ver a Ellie.

—Buenos días, amigo, ¿cómo estás? ¿Haspasado fuera toda la noche? —Ellie le rascó detrás de las orejas y le acarició la cabeza mientras Nick doblaba la esquina de la casa. Ellie se enderezó y sintió un alivio y hormigueo repentinos nada más verlo. Maldición,

no podía dejar de reaccionar cada vez que lo veía.

Parecía cansado, con ojeras. La barba de un día cubría sus mejillas y le confería un aspecto más peligroso, sobre todo vestido como estaba con unos vaqueros oscuros y un jersey negro. Peligroso y seXy. Sus ojos analizaban y observaban continuamente. Ellie se preguntó en qué estaría pensando.

Al verla, se detuvo y avanzó hacia el granero.

—Te hemos oído. Tam salió disparado cuando cruzaste la pradera —le dijo.

—Es hora de dar de comer a los animales. ¿Estás dispuesto a echar una mano? Llena esta lata de grano hasta aquí —le señaló una marca negra en la lata y le indicó cuál era el recipiente del grano—. Desperdígalo fuera para las gallinas y los patos. Luego daremos de comer a Penelope.

—¿Penelope? —Nick tomó la lata y la miró por un momento como si no hubiese visto nunca ninguna.

—Mi cerda.

Nick la miró con sorpresa y el gris se iluminó como la plata. Luego desplegó una lenta sonrisa.

Ellie se quedó inmóvil, fascinada por el cambio. Sus entrañas empezaron a derretirse. Era como si todas sus terminaciones nerviosas se pusieran alerta al estar con él. Su sonrisa era letal.

—Me muero de ganas por conocerla —declaró.

—Dales el grano a los patos y a las gallinas y ven a la parte de atrás.

Ellie se alejó hacia el fondo del granero. Los establos de los caballos estaban vacíos, ya que los usaban sobre todo cuando hacía mal tiempo. Un corral se abría al exterior por una pequeña puerta. Andando junto a la cerca estaba su enorme cerda blanca y negra. Ellie la llamó y Penelope se acercó para recibir una caricia. Consciente de que casi era hora de comer, se incorporó sobre las patas traseras y apoyó las delanteras sobre la cerca. Con un chillido agudo a modo de saludo, acá—rició con el hocico la mano de Ellie.

—Menuda conmoción, ¿siempre chilla tanto? —Nick se acercó y contempló al animal con incredulidad.

—Siempre que es la hora de comer. ¿Increíble, verdad? —rio Ellie, luego se volvió y abrió un recipiente. Llenó un cubo de avena y granos y los arrojó al comedero dentro del corral. Penelope gruñó,

se puso a cuatro patas y empezó a comer, bufando y olisqueando mientras devoraba el grano.

—Come como una cerda, ¿verdad? —murmuró Ellie con afecto.

Nick observó al animal por un momento y luego fijó su atención en Ellie. Movió la cabeza lentamente y murmuró:

—En la vida me habría imaginado una cosa así. Nunca había estado en un lugar como este.

Ellie le sonrió y se apartó de él con la esperanza de minimizar su magnetismo.

—Es diferente de la ciudad, ¿verdad? Pronto te acostumbrarás. ¿Estás listo para el desayuno?

—Sí, y prometo guardar silencio mientras lo preparas —le dijo, volviendo a mirar a Penelope.

Ellie rio y dejó el cubo en su sitio.

De camino a la cocina, tuvo que pasar a su lado y sintió el calor que irradiaba su cuerpo. ¿Acaso había tenido un flechazo con Nick lo mismo que con el doctor Merrill hacía tantos años, cuando empezó a cuidar de su padre? Claro que su padre puso fin a aquello enseguida. Aun así, la sensación no era la misma.

No, no tenía un flechazo. Seguramente solo era consciente de su presencia. En cuanto los demás regresaran, todo volvería a la normalidad.

—¿Te apetecen unos huevos con beicon y panecillos? —preguntó, entrando por la puerta de atrás con sus emociones bajo control.

—Sería estupendo —Nick caminaba detrás de ella y se preguntó si tendría tiempo para darse una ducha fría. Ver cómo Ellie balanceaba las caderas desencadenaba una reacción que no había experimentado en mucho tiempo. ¡La deseaba!

No era elegante y sofisticada como Sheila, ni vestía a la moda y coqueteaba como las mujeres con las que solía trabajar. Pero tenía algo que captaba su atención, que lehacía preguntarse qué la motivaba en la vida y lo incitaba a descubrir si su pelo era tan pesado y tan sedoso como parecía.

—El zumo de naranja está en la nevera, y los cubiertos en ese cajón. Puedes poner la mesa —dijo Ellie mientras se lavaba las manos.

Cuando el desayuno estuvo sobre la mesa, comieron en silencio.

Ellie lo observó subrepticiamente. Le intrigaba el contorno firme de su mandíbula, la barba incipiente que cubría sus mejillas y los músculos que se movían mientras masticaba. Nick sorprendió su mirada y ella la apartó enseguida, deseando que los demás se dieran prisa en volver a casa antes de que hiciera el más absoluto de los ridículos.

—Si no te importa que use el teléfono, llamaré a mi abogado y aclararé algunas cuestiones con él. Ha estado llevando mis finanzas durante los últimos años —dijo Nick cuando terminaron de desayunar.

—Como ya te he dicho, mientras estés aquí, siéntete como en casa. Llama a quien quieras cuando quieras. Invita a tus amigos, saquea la nevera, ayuda con las tareas. Tienes que acostumbrarte a la libertad, esto no es una cárcel.

—Es una prolongación, y tú eres mi carcelera —dijo con amargura.

Ellie parpadeó al oír su tono de voz y la decepción que impregnaba sus palabras.

—No estás en la cárcel, Nick —dijo con suavidad—. Puedes entrar y salir cuando quieras, solo tienes que decírmelo —no le gustaba que pensaran en ella como en una carcelera. Nunca se había visto así. ¿Acaso los demás también lamentaban el tiempo que pasaban en el rancho?

Tal vez al principio. Pero todos los jóvenes a los que había ayudado llevaban vidas muy diferentes de las que habían imaginado en prisión. Levantó la barbilla con determinación. No se sentiría herida por unos desprecios imaginados, y haría lo posible para que Nick se beneficiara del programa lo mismo que los demás.

Nick la miró con ojos entornados.

—El estado te paga por mantenerme, ¿no?

Ellie asintió, sin mencionar que el dinero que el estado le pagaba apenas cubría la comida, por no hablar de otros gastos. Nick no tenía por qué saberlo. Sus pinturas leproporcionaban los medios para permitirse gastos extra con sus huéspedes. Y el ranpho operaba en negro.

—Así que, considérate un inquilino. Piensa que estás en tu casa —dijo en tono enérgico.

Nick contempló la alegre estancia con cajones cálidos de

madera, y las cortinas azules de guinga que se movían con la brisa matutina. Ellie había convertido el rancho en un lugar acogedor, totalmente distinto del apartamento estéril que había disfrutado en San Francisco con sus muebles modernos y su elegante diseño. Le gustaba la casa de Ellie, y eso lo sorprendía.

—Gracias —le dijo, sintiéndose repentinamente incómodo. Ellie estaba siendo amable con él y no sabía cómo comportarse.

—En cuanto termine de fregar, te dejaré a solas en la cocina. Este es el único teléfono que tengo. Mientras tanto, ¿quieres buscar huevos?

—¿Buscar huevos?

—Las gallinas los ponen por todas partes. Ahí está la cesta que usamos. Los dejan debajo de las plantas, en el granero, en cualquier parte. Busca donde creas que cabe una gallina. ¿Te gustaría probar?

—Claro —dijo, y se encogió de hombros—. Una nueva experiencia.

Y eso era precisamente lo que estaba buscando... desde luego no quería repetir las anteriores.

Abrió la puerta de atrás y salió.

Justo cuando Ellie terminaba de fregar, sonó el teléfono. Se secó las manos y contestó. Su amiga y escritora, Margot, la saludó.

—Bueno, *chérie,* ¿cómo te va? ¿Qué tal se comporta el joven delincuente? ¿Ya quiere ser un vaquero?

Hacía tiempo que se había acostumbrado al francés de Margot. Ocho años en los Estados Unidos y todavía hablaba con un fuerte acento. Claro que también estaba acostumbrada a sus bromas por su participación en Manos Amigas.

—Sí, se comporta bien. Margot, es mucho mayor que los demás y parece mucho más entero, si sabes a qué me refiero.

—No, *chérie,* no lo sé. ¿A qué te refieres?

—Bueno, no parece preocupado por el futuro. Ha tenido un abogado dirigiendo sus finanzas mientras estaba en la cárcel. Si tiene finanzas que dirigir, ¿para qué necesita a Manos Amigas? Además, no sé, tiene cierta presencia —hizo una pausa, tratando de explicarle a Margot cómo se sentía—. Es muy hombre, viril, en realidad. No me siento capaz de guiarlo. Su estancia aquí es un error. Estaba esperando a otro adolescente, pero no supe cómo rechazarlo. Supongo que podré llamar a Alan mañana y averiguar

cómo solucionarlo. Margot rio.

—*Bien sur, chérie,* la mayoría de los hombres son viriles. Tu problema, *enfante,* es que no te tratas con ninguno. ¿Por qué quieres echarlo? Déjale que se quede y explora parte de esa virilidad. Ya es hora de que saques algo del programa.

—Claro, ya imagino lo que ocurriría. El coordinador me retiraría su apoyo y todos mis huéspedes se irían por comportamiento indebido. Además, claro que trato con hombres. Tengo a Gus, y a Rusty y a Tomas. Veo a Philip casi tanto como a ti —protestó Ellie, consciente de a qué se refería su amiga en realidad.

—Esos vaqueros trabajan para ti. Y Gus podría ser tu abuelo. No es lo mismo, *chérie,* no les das a los hombres ninguna oportunidad.

—Tengo demasiadas cosas que hacer para salir con nadie —dijo Ellie en tono rígido. Sabía que no debía encariñarse con nadie. ¿Acaso todos sus seres queridos no acababan abandonándola? ¿Acaso las lecciones del pasado no habían bastado para demostrarle que debía controlar sus emociones? Y aunque quisiera arriesgarse por amor, no estaba dispuesta a renunciar a su independencia. Había esperado demasiado y había pagado un precio demasiado alto para terminar perdiéndola.

—Disfruta un poco. ¿Qué edad tiene?

—*La* misma que yo. ¿Pero eso qué tiene que ver conmigo? Es demasiado mayor para estar en el programa.

—Aun así, ¿vas a dejar que se quede?

—Le dejé ayer. Y supongo que, cuanto más tiempo pase aquí, más me costará negarme —¿acaso ya había tomado una decisión? ¿Realmente llamaría a Alan Peters a la mañana siguiente?

—Eh bien, nos gustaría ir a visitarte hoy, sobre todo si Alberta nos prepara algo delicioso. Principalmente para hablar del *petit*estanque que quieres construir. He hablado con Philip del tema y quiere ver el lugar que tienes pensado.

—A Alberta la encantará verte, como siempre. Tus cumplidos hacen que se sienta como una chef de primera.

—Podría serlo. Entonces, nos vemos a las seis. *Au revoir, chérie.*

—Hasta luego —Ellie colgó el teléfono.

—He encontrado ocho huevos, ¿te parece bien?

Ellie giró en redondo. Nick estaba apoyado sobre la encimera, y la observaba con aquella mirada irritante. Sobre el mostrador

estaba la cesta de huevos.

—He oído parte de tu conversación —dijo sin desviar la mirada.

Ellie se sonrojó. ¿Qué había dicho? Tragó saliva, confiando en que no lo hubiese oído todo. Se moriría de vergüenza si había oído su comentario sobre su virilidad y la recomendación de Margot. Contempló la cesta tratando de recobrar la compostura.

—Es difícil saber si estos son todos los que hay. Algunas gallinas ponen huevos todos los días, otras solo de vez en cuando. Ocho es un buen número.

Cuando extendió el brazo para tomar la cesta, le rozó el brazo con los dedos. El contacto fue pura electricidad y le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Lo observó con cautela y carraspeó. ¿Era ella la única afectada o él también sentía algo inusual? Su rostro era inescrutable.

—Era mi socia, Margot. Vendrá a cenar con su marido. Les gustaría conocerte. Y conocerás al resto del equipo cuando vuelvan esta tarde. La cena será mucho más bulliciosa que la de anoche.

La expresión de Nick se endureció al instante. Volvió la cabeza hacia la puerta de atrás, a las colinas distantes, consciente de Ellie como nunca lo había estado de otra mujer. Su figura menuda era terriblemente sexy con vaqueros y aquella camiseta holgada de algodón que envolvía sus senos altos y firmes. Sus cabellos brillaban a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana. Sus ojos reflejaban perplejidad.

Nick apretó los labios. No quería conocer a nadie si no era necesario. No quería ver la especulación, la curiosidad, el desagrado en sus miradas. Los demás «huéspedes» estaban en el mismo barco, y los vaqueros y el capataz formaban parte del «equipo» de aquella casa. Pero los extraños, no. Ni las amistades de Ellie.

—¿Nick?

Ellie le puso una mano vacilante en el brazo desnudo y Nick sintió una sacudida. Se volvió hacia ella y contempló sus delgados dedos. Tenía la mano pequeña y cálida. Inspiró profundamente. ¡No necesitaba aquella atracción!

—Me incomoda tener que conocer a gente fuera del programa —le dijo, dirigiendo hacia ella su rabia por obligarlo a admitirlo—. No quiero conocer a tus amigos.

—¿Por qué no?

Frustrado, se pasó la mano por el pelo, rompiendo el contacto.

—Tiene que ver con haber estado en la cárcel. Todo el mundo aquí lo sabe, por supuesto, pero una de las razones por las que vine aquí en lugar de volver a San Francisco era para empezar una nueva vida sin que nadie me rehuyera por mi pasado. Tus amigos lo sabrán, cómo no.

—Por supuesto, pero eso es agua pasada. Tienes que pasar página y seguir adelante. Tarde o temprano, alguna persona importante en tu vida querrá saber esa parte de tu pasado. Tienes que aceptar que ha ocurrido, aprender la lección, pero seguir adelante. Perdónate por lo que has hecho mal y lucha por hacer las cosas bien.

—¿Me estás sermoneando? —le preguntó, entornando los ojos mientras la miraba.

—No, solo te hacía una sugerencia.

Nick la contempló con expresión lúgubre. Lo que decía era cierto. Era un idiota si creía que podría olvidar lo ocurrido, como si cambiar su lugar de residencia pudiera cambiar su pasado. Lo perseguiría donde quiera que estuviese. Tal vez algún día llegaría a olvidarlo. ¿Pero perdonar? No se creía capaz de eso. Ni a Sheila, ni a sí mismo.

—Estaré aquí cuando vengan tus amigos —dijo por fin. ¿Qué elección tenía?

Ellie sonrió y desvió la mirada. Empezaba a buscar sus sonrisas, a observar cómo sus ojos parecían aún más azules y todo su rostro se iluminaba. Se alegraría cuando el resto del equipo volviera al rancho. Podía prescindir de aquella forzosa intimidad con Ellie Winslow. , —Ya he terminado. Puedes llamar a tuabogado —dijo Ellie. Silbó a Tam para que la acompañara y se dirigió a la parte delantera de la casa, dando a Nick toda la intimidad que necesitaba.

Nick siguió apoyado sobre el mostrador durante varios momentos, sintiendo cómo el deseo crecía en su interior pese a sus intentos por refrenarlo. Se preguntó cómo sería el tacto de su piel, de su pelo... Maldición, todo en ella empezaba a resultarle tentador.

Claro que Ellie no daba indicios de sentir nada por él, aparte de su interés por un huésped temporal al que intentaba ayudar. ¿Qué mujer querría una relación con un ex convicto? ¿Y qué idiota se molestaría siquiera en considerar esa idea? Ya había pasado antes

por ahí.

—Maldita sea —exclamó, y tomó el teléfono.

Ellie pasó la mañana haciendo bocetos y pintando. Margot y ella tenían otro libro entre manos y trabajaba en las ilustraciones en el dormitorio del segundo piso que había transformado en un estudio. El día era soleado y una brisa cálida y suave soplaba del este, refrescando la estancia.

Estuvo pendiente del regreso de los ayudantes y de Gus y de Alberta. Kat y Ariel tenían que volver pronto para preparar su ropa de trabajo para la semana y quería saber si les había gustado dormir a la intemperie. Todos se habían adaptado bien a la vida en el rancho, extremadamente bien en el caso de Jed y Brad. ¿Quién habría imaginado que se volverían locos con los caballos?

Mientras se perdía en su pintura, pensó en su nuevo huésped. ¿Por qué habría malversado fondos? Seguramente para hacer dinero rápido. Parecía furioso y amargado, pero era de esperar. Tendría que superarlo para reanudar una vida normal.

Casi era la una cuando sintió apetito y pensó en el almuerzo. Se extrañó de que Alberta y los demás no hubieran regresado todavía. Confiando en que no se hubieran metido en líos, bajó a la cocina para hacer unos sandwiches.

—¿Puedo ayudar? —la voz grave de Nick la sobresaltó. Se volvió y lo encontró justo a su lado. Se movía sin hacer ruido, comoun lobo al acecho de su presa. Pero no fue su silencio lo que hizo que el corazón le diera un vuelco.

Estaba demasiado cerca, irradiando un aura de fuerza, determinación y poder físico que la atraía. No estaba acostumbrada a una masculinidad tan patente.

—Prepararé unos sandwiches en cuestión de minutos. Si quieres, puedes traer los platos y las servilletas —dijo casi sin aliento.

—Hablé con Matt, mi abogado. Se pasará mañana, si no te importa.

—Caramba, qué servicio. Primero lo localizas un domingo y luego consigues que haga el viaje hasta aquí —dejó los sandwiches en la mesa y fue a sacar té con hielo de la nevera—. ¿A qué hora vendrá? —preguntó mientras dejaba la jarra sobre la mesa y sacaba su silla.

—A primera hora de la tarde. No es tan servicial con todo el

mundo, éramos grandes amigos. Antes.

—No importa. Tendrás toda la intimidad que necesites. Las chicas trabajan en la ciudad y la cena no se sirve hasta las siete. Me aseguraré de que os dejen tranquilos. Tendrás la casa para ti solo, salvo la cocina. Alberta pasa casi todo el tiempo aquí. ¿Te gustaría que se quedara a cenar?

—No —dijo Nick, jugando con su sandwich.

Ellie lo observó con el corazón encogido. Parecía decidido a mantenerse autosuficiente, pero solo conseguía parecer más solo. Confiaba en que su estancia allí lo ayudaría.

—¿Ocurre algo? —le preguntó en voz baja. Nick la miró y sus ojos reflejaron tristeza.

—No me apetece mucho ver a Matt —dijo finalmente, sorprendiéndose a sí mismo—. Volverá a decirme lo estúpido que he sido. Luego intentará convencerme para que vuelva a San Francisco. No estoy preparado para eso. En realidad, todavía no sé lo que quiero. Por eso estoy aquí.

Ellie se quedó intrigada. Después de tanta exhibición de seguridad, aquel indicio de vulnerabilidad era lo último que esperaba. El corazón le golpeó con fuerza las costillas con el deseo de poder facilitarle las cosas. Pero Nick tenía que solucionar su vida, su futuro, por sí solo.

—Bueno, todavía tienes tres meses para pensarlo —dijo con suavidad.

Su expresión se cerró y Nick asintió. Otro recordatorio de que no era totalmente libre. Pero después de tres meses podría hacer lo que quisiera. ¿Qué haría?

Apenas habían terminado de almorzar cuando los gritos y el estruendo de los cascos de los caballos resonaron en el silencio de la tarde. Ellie metió rápidamente los platos en la pila y salió al exterior sorprendiéndose por la tibieza de sus sentimientos. Sonriendo ampliamente, observó cómo el equipo se dirigía a la pradera del rancho.

Jed encabezaba la marcha, montando el enorme bayo como si hubiese nacido sobre una silla. El hecho de que insistiera en llevar sus pantalonespantalones anchos y viejas zapatillas de tenis además de la gorra de béisbol no impedía que hubiese aprendido más sobre caballos en cinco meses que todos los demás.

Ariel iba en segundo lugar, cabalgando como una loca en sus intentos por adelantar a Jed. Ellie podía ver la fiera determinación de la joven desde donde estaba. Conteniendo el aliento por temor a una caída, decidió hablar con Rusty sobre su manera de montar. Era competente, pero si seguía arriesgándose a cabalgar de esa manera, quería que lo hiciese mejor.

En cuestión de momentos, todo el grupo se detuvo. Los chicos saltaron de los caballos y corrieron hacia Ellie, hablando de cómo habían trasladado el ganado, de las comidas que Alberta había preparado… sobre una hoguera, nada menos. Su entusiasmo desinhibido la hizo reír y su corazón se inflamó de deleite. De eso se trataba el programa. Y para Jed y Brad aquella experiencia era la llave de su futuro. Estaban aprendiendo una profesión completamente nueva y los dos la habían abrazado con toda la ilusión de sus jóvenes corazones.

—Esperad a intentarlo cuando llueva —dijo Rusty en tono afable mientras Brad se explayaba sobre lo bien que había aprendido a manejar el ganado.

Ellie sonrió al chico con afecto. Se había entregado a la vida en el rancho tanto como Jed, pero al contrario que él, incluso había adoptado la vestimenta. Tenía las botas manchadas de barro y el sombrero de alas anchas cubierto de polvo, y su camisa y pantalones vaqueros reflejaban el trabajo que había estado haciendo. Pero fue su sonrisa abierta en su rostro afroamericano lo que a Ellie más la conmovió. Brad prometía ser un excelente vaquero.

—Espero que no tengamos que hacer esto todos los fines de semana —dijo Kat con petulancia —desmontó y arrugó la nariz hacia su caballo—. Hacía calor, había moscas, y si quisiera dormir en el suelo, conozco calles en la ciudad donde no hay osos merodeando.

Jed y Brad rieron y se dieron un golpe en el hombro.

—Gus nos habló de los osos ayer por la noche.

—Yo no tenía miedo —dijo Ariel, echando la cabeza hacia atrás. *Los* cinco aros de su oreja derecha centellearon al sol. Su cabello corto y rojizo resplandeció y entornó los ojos con recelo. Se volvió hacia Ellie—. Creo que se lo inventó para asustarnos, ¿no es cierto?

—¿Siempre tan recelosa, Ariel? —preguntó Ellie con suavidad—.

Normalmente los osos están en las zonas más altas. Y el fuego los habría mantenido alejados.

Nick salió al porche y todos dejaron de hablar para mirarlo.

—¿Quién es? —preguntó Kat, y sus ojos centellearon con súbito interés. Enderezándose, dio un paso hacia él.

—Nuestro nuevo huésped, Nick Tanner —dijo Ellie, preguntándose con cautela si se avecinaba una tormenta. No había pensado en el efecto que Nick podría tener en los demás, tan ocupada había estado con sus propias reacciones.

Alberta se acercó a Ellie y miró a Nick con recelo.

—¿Un poco mayor, no? —preguntó en voz baja.

—Más que la mayoría, pero como él mismo me dijo, todavía es joven y ha sido su primer delito —lo defendió Ellie—. Nick, te presentaré a todo el mundo. Los conocerás mejor durante la cena. Alberta es nuestra cocinera.

La mujer asintió, y su recelo quedó patente en su expresión.

—Su marido, mi capataz, Gus —dijo Ellie, señalando al hombre enjuto que estaba sentado tranquilamente sobre la silla de montar. Inclinó su sombrero, pero no dijo nada—. Mis ayudantes, Rusty y Tomas.

Los dos vaqueros encorvados sobre las sillas se tocaron el ala del sombrero.

—Y los demás huéspedes: Jed, Brad, Ariel yKat.

Nick observó a todos de uno en uno y asintió. Cuando terminaron las presentaciones, los vaqueros se alejaron a caballo hacia el granero. Jed los siguió a pie, llevando a su caballo de las riendas, lo mismo que Ariel y Brad. Solo Kat se quedó de pie donde estaba.

—Y bien, Nick, ¿cuánto tiempo te quedarás con nosotros? —preguntó, con ojos centelleantes de interés.

—Tres meses —repuso Nick en tono neutral.

Su sonrisa se amplió y asintió.

—A mí todavía me quedan cuatro. Tal vez podamos pasar tiempo juntos.

—Cuando te hayas ocupado de tu caballo —dijo Ellie con firmeza. Sostuvo la mirada furiosa de Kat y solo se relajó cuando la joven se alejó echando humo hacia el granero.

—Habrá problemas —murmuró Alberta, tirando suavemente de

sus riendas mientras miraba a Nick con aspereza.

—Tal vez —comentó Ellie, volviéndose a Nick.

—Por mi parte, no. ¿No crees que es un poco joven? —preguntó, elevando una ceja.

—Por supuesto, solo tiene diecinueve años. Pero ansia tanto la independencia que hasta puede saborearla. Y piensa que es muy madura.

—Aunque lo fuera, no es para mí. No pienso comprometerme con otra mujer en lo que me queda de vida.

Acto seguido, dio media vuelta y entró en la casa dando un portazo.

Capítulo 4

ELLIE miró a Alberta. —No esperaba a alguien tan mayor —admitió en voz baja. Estaba preocupada por la reacción de Kat al ver a Nick.

—Supongo que los problemas los creará esa jovencita. ¿Vas a dejar que se quede?

Ellie asintió. ¿No lo había decidido ya el sábado?

—Aprovechará la estancia aquí, aunque de forma distinta que los demás. Y no se quedará mucho tiempo. Se irá antes que Kat.

—¿Dormirá en la casa?

—Le asigné el dormitorio junto a la cocina. Puede trasladarse al barracón, si eso es lo que quiere. O tal vez, al ser mayor, prefiera mantenerse apartado de los demás.

—Tal vez sea más sensato para todos que se traslade —comentó Alberta con un movimiento de cabeza, reflexivamente.

—¿Por qué?

—Mira a Kat. Tienes razón cuando dices que se cree muy madura. Y está deseando poner a prueba esas artimañas de mujer que Margot y tú le estáis enseñando. Ha coqueteado con Jed y Tomas durante todo el fin de semana. La he estado vigilando, te lo aseguro.

—Genial, otro problema.

—La vida sería aburrida sin problemas, ¿no? —dijo Alberta alegremente—. Me alegro de volver a mi propia cocina. Cocinar al aire libre es bastante penoso.

—Pues yo siento habérmelo perdido. Haces maravillas sobre una hoguera. Margot y Philip van a venir a cenar, ¿será mucha molestia?

—¿Desde cuándo dos bocas de más han sido un problema? Haré un asado de carne, es rápido y sacia el hambre. Y una buena ensalada.

—¿Te llevo el caballo, Alberta? —preguntó Brad, que había salido del granero.

—Gracias, hijo. Te lo agradezco.

Acto seguido, Alberta se dirigió a la pequeña casa que compartía con Gus. Ellie sabía que en cuanto se duchara y se cambiara de

ropa, volvería a la cocina. Sería mejor que se diera prisa en fregar los platos y guardarlos antes de que apareciera.

Margot y Philip Templar se presentaron poco antes de las seis. Ellie los estaba esperando en su balancín, mientras escuchaba los ruidos cotidianos de la tarde. Los chicos estaban en el granero, ocupándose de las tareas del final del día, y sus voces se mezclaban con las de Rusty y Tomas. Era el turno de Ariel de ayudar a Alberta, y sus comentarios insolentes podían oírse a través de la puerta de alambre. Kat había dicho que quería sumergirse en la bañera durante horas para quitarse todo el polvo de los pastos. Ellie sonrió al recordar su comentario. En boca de una chica que había vivido durante meses en las calles de Oakland, era un gran avance. Otra persona que se beneficiaba de Manos Amigas. Ellie sintió un hormigueo de satisfacción por todo su cuerpo. Si al menos pudiera hallar la clave para ayudar a Nick...

Nick se apoyó en la cerca y observó cómo los dos vaqueros cepillaban a los caballos con la ayuda de Jed y de Brad. Sabía que al día siguiente le asignarían tareas cotidianas, para eso estaba allí. Se preguntó si podría convencer a Ellie de que quería ser un vaquero. Si aprendía la profesión, no tendría que salir del rancho. Así no se encontraría con nadie y tendría el tiempo que necesitaba.

Al *oír* el coche por el camino de grava, Nick suspiró y se apartó de la valla. Habían llegado los amigos de Ellie. Lentamente caminó hacia la fachada. Ellie estaba sentada en el balancín.

Los minutos que había pasado observando a los chicos le habían hecho ver que no tenían nada en común. No solo había una gran diferencia de edad, sino que parecían hablar un lenguaje totalmente distinto. Si tenía que reencontrarse con la raza humana, sería mejor que se quitara de encima la primera reunión. Pero estaba enfadado con Ellie por forzar la situación tan pronto.

Ellie le sonrió, pero su sonrisa se disipó al ver su mirada iracunda.

—No te preocupes, no muerden —le dijo con suavidad.

Había tardado años en perfeccionar una pose impasible. Un día allí y sus emociones empezaban a traslucirse.

—Ven, te los presentaré. Si después ves que no los soportas, podrás irte. No te obligaré a estar con ellos.

Margot era alta y delgada, con pelo negro y corto. Philip era

varios centímetros más alto que su esposa y tenía algunos cabellos grises que le conferían un aspecto distinguido. Mantenía una buena condición física aunque parecía haber pasado con creces la frontera de los cuarenta.

—Hola, *chérie* —dijo Margot, dando a Ellie un beso en cada mejilla. Luego se volvió a saludar a Nick con curiosidad en la mirada.

—Margot, Philip, os presento a Nick Tanner. Nick, mis mejores amigos, Margot y Philip Templar.

Hubo un momento de incómodo silencio después de las presentaciones y apretones de mano que Philip rompió al dirigirse a Ellie.

—Si quieres que hablemos antes de cenar, será mejor que empecemos. Enséñame dónde lo quieres.

—¿El qué? —preguntó Nick, sintiendo curiosidad al ver que los demás se volvían para contemplar la pradera. Él solo veía tierra y hierba seca.

—Ellie tiene otra gran idea para la que necesita consejo. ¿No se lo has dicho? —bromeó Philip.

—Todavía no. Aunque mencioné que ibas a ayudarme con un proyecto —se volvió para mirar a Nick—. Quiero hacer un estanque para los patos. Había pensado situarlo allí para poder verlo desde el porche —Ellie señaló la loma de la parte más alejada de la casa donde había marcado el perímetro del estanque artificial que quería.

—Un estanque —repitió Nick, contemplando con incredulidad la hierba tostada por el sol.

—Hacer un agujero, cementarlo y llenarlo de agua para que pueda ver nadar a los patos —explicó Ellie con paciencia.

Margot y Philip se echaron a reír.

—Ya te acostumbrarás a sus ideas. Lo importante es el resultado final, como ver nadar a los patos, no el proyecto en sí —Margot se volvió a Philip—. ¿Te acuerdas del granero?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Empezó siendo una casa para Penelope, pero hubo que agrandarlo para dar cobijo a los caballos y para guardar el heno. El viejo granero habría servido con algunas reformas, pero no había espacio para Penelope.

—Bueno, ¿cómo iba a saber que supondría tanto trabajo? De

todas formas, es perfecto. Y piensa en lo mucho que aprendieron Rob y Jason construyéndolo —se defendió Ellie. Dos de sus huéspedes anteriores habían descubierto nuevas profesiones empuñando martillos y sierras. Los dos tenían trabajos prometedores en cuadrillas de construcción en Sacramento.

—Podrías haber reformado el viejo. Vamos, *chérie,* ¿tienes un refresco? Me muero de sed —dijo Margot, dando un codazo a su amiga.

—Claro. ¿Queréis vosotros algo?

Philip y Nick asintieron y pidieron refrescos que Ellie les llevó enseguida. Después, Margot y Ellie se acomodaron en el balancín y observaron cómo los hombres se alejaban al lugar donde Ellie quería el estanque, absortos en la conversación. Los dos eran altos y fuertes, pero Nick parecía más sólido. Seguramente más templado por sus experiencias, pensó Ellie, incapaz de apartar la mirada de él. Disfrutó con la oportunidad de observarlo sin que él lo supiera.

—*Chérie,* es formidable.

—No está mal, ¿eh? —dijo Ellie, regalándose la vista. ¿Cómo habría sido conocerlo antes? ¿O cuando terminara sus tres meses? ¿Conectarían de alguna forma o su único vínculo sería el programa?

—No me dijiste que era imponente. ¿Cómo haces para no ponerle las manos encima? —preguntó Margot, tomando un sorbo de su refresco mientras observaba a Nick—. Creo que voy a replantearme trabajar para Manos Amigas.

—Margot, no seas ridicula —suspiró Ellie. Si ella supiera.

—Inténtalo, *chérie.*

—¡Margot, es imposible! Está aquí por el programa. En cuanto pasen sus tres meses, se marchará —¿y por qué sólo de pensarlo le dolía el alma?

—Ellie, hemos sido amigas íntimas desde que empezamos a trabajar juntas hace ocho años, *¿vrai?*

Ellie asintió, dando las gracias a su profesora de arte por haberla puesto en contacto con Margot. Al principio, las clases la habían mantenido cuerda durante los últimos años con su padre. El hecho de poder trabajar en lo que le gustaba había sido una recompensa añadida. Pintar ilustraciones para los cuentos de Margot mientras su padre dormía le había dado fuerzas para cumplir con sus exigencias.

—Necesitas disfrutar —dijo Margot en tono serio.

—¿Cómo? —Ellie giró en redondo y se quedó mirando a su amiga.

—Ya me has oído. Cambia de imagen y de perspectiva. Córtate el pelo, ponte lenti—llas, cómprate una camiseta ajustada —su amiga la observó fríamente—. Tienes una figura magnífica, pero nunca la luces. Arréglate un poco. Dile a Kat que te ayude. Tiene muy buen gusto para la ropa.

Ellie la miró estupefacta. ¿En qué estaba pensando Margot?

—¿Te has vuelto loca? Margot, casi tengo treinta y dos años. Intento tender una mano amiga a jóvenes que necesitan reinsertarse en sociedad, no seducir a un hombre.

—Lo sé, Ellie. Pero piensa en todos esos años mientras tu padre estaba enfermo. Te has perdido lo que los demás hemos tenido: citas y fiestas y diversión. Todavía eres joven, y lo pareces. Diviértete un poco antes de que sea demasiado tarde.

—De verdad, Margot, estoy bien. Me gusta mi vida tal y como está. Y desde luego no me voy a arrojar a los brazos de Nick, si es eso lo que estás sugiriendo —Ellie bloqueó la imagen que surgió en su mente: Nick besándola, acariciándola con la dulce promesa del amor, estrechándola entre sus brazos. No podía permitir que eso ocurriera, ni siquiera en sueños.

—No digo que te eches a los brazos de nadie. ¿Pero quién sabe a quién podrías conocer gracias a tu cooperación con Manos Amigas? Oficiales de policía, abogados —se encogió de hombros—. Las posibilidades están ahí, *chérie.* Debes estar preparada.

Tal vez Margot tuviera razón. Ellie ya había conocido a varias personas gracias al programa: Alan Peters, el fundador de Manos Amigas; algunos de los ayudantes que trasladaban a sus huéspedes; Joshua Bennett del rancho en el que Pete, uno de susantiguos huéspedes, trabajaba en la actualidad. Aquel simpático veterinario de Davis.

—Lo pensaré.

—No lo pienses, hazlo —la urgió al ver que los hombres daban media vuelta y se acercaban.

—Ellie, Nick ha tenido una idea que te encantará —gritó Philip. Ellie miró a Nick.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—¿Te gustaría tener una cascada en el estanque? Si lo mueves

unos metros a la izquierda, la pendiente es más fuerte. Podríamos cavar ahí el estanque, buscar algunas rocas y hacer una cascada. La bomba para reciclar el agua quedaría oculta entre las rocas y así no sería una amenaza para tus patos.

—¡Es una idea estupenda! ¿Podemos hacerlo? —preguntó a Philip con ilusión.

—No sé por qué no, Nick se ha ofrecido a ayudar. Prepararé algunos bocetos. Nick ha dicho que haría una estimación de los costes. Si eso es lo que quieres y puedes permitírtelo, en unos cuantos días estaremos listos para empezar a cavar —Philip le sonrió a su esposa—. Creo que Nick está tan loco como Ellie. En lugar de intentar persuadirla para que se olvide del estanque, lo complica con una cascada.

—Es una idea estupenda —se defendió Ellie con firmeza—. Y para que lo sepas, no estoy loca. Yo solo ilustro los libros... es la chiflada de tu esposa la que inventa las historias.

—*C'est vrai.* Pero no hablemos de quién está más loco. ¿Podemos hacer el estanque?—preguntó Margot, lanzando una mirada curiosa a Nick, que observaba el fluido diálogo entre los tres.

Comentaron el proyecto hasta que Alberta los llamó a cenar.

Una vez en la mesa, Ellie charló animadamente sobre el estanque, captando la atención de Ariel y Jed. Los dos querían ayudar.

—¿Podremos vadearlo cuando esté lleno?—preguntó Ariel.

—Si quieres pisar caca de pato —repuso Kat, arrugando la nariz —. Me parece asqueroso.

—Pero piensa en lo bonito que será ver nadar a los patos. Y me encanta la idea de oír la cascada desde el porche —dijo Ellie, interviniendo para evitar otra confrontación. Quería que la cena se desarrollara pacíficamente, sobre todo estando Margot y Philip presentes—. Así que es un nuevo proyecto... ¿quién quiere participar? —preguntó.

Jed y Ariel enseguida se ofrecieron.

—A mí tampoco me importará echar una mano —dijo Nick—. Al menos podré cavar. Cuando iba a la universidad, durante los veranos trabajaba en la construcción.

—Entonces, yo también ayudaré —dijo Kat enseguida, sonriendo a Nick. Margot miró a Kat y a Nick, luego a Ellie... y elevó las cejas,

cuestionándose en silencio la situación.

Sonó el teléfono. Ellie corrió a la cocina para contestar y se sorprendió al oír que el hombre que llamaba pedía hablar con Nick.

Le pasó el auricular un momento después, y sonrió al ver su sorpresa. ¿Sería el abogado otra vez? Nick se relajó enseguida. Al parecer, no eran malas noticias.

Ellie sabía que debía volver al comedor, concederle cierta intimidad, pero la curiosidad la paralizó.

—Hola, viejo amigo, ¿cómo estás?... Iba a llamarte, pero no he tenido tiempo todavía.... Vamos, Steve, tenía que hablar con Matt de negocios... Sí, es cierto... Sí, otra vez... No, no he vuelto a San Francisco, estoy cerca de Jackson... Como quieras... Claro, espera un momento.

Nick tapó el auricular con la mano y se volvió a Ellie.

—Es un viejo amigo. ¿Podría venir a visitarme el próximo sábado?

—Claro, dile que venga a cenar. Haremos una barbacoa —contestó con naturalidad, tratando de inculcarle la idea de que era libre de hacer lo que quisiera en su casa.

Nick vaciló, luego asintió.

—Steve, ¿qué te parece el sábado a las cuatro? Así nos pondremos al día y cenaremos aquí. Habrá una barbacoa o algo por el estilo. Será una casa de locos con tanta gente, pero podremos charlar a solas. Espera —se volvió a Ellie y le tendió el auricular—. ¿Puedes indicarle cómo venir?

Ellie tomó el teléfono y le dio instrucciones concisas y sencillas.

—Dile a Nick que Sally también viene. Quiero que se conozcan —dijo el hombre antes de colgar.

—Se lo diré. Hasta el sábado.

—¿Decirme qué? —preguntó Nick cuando colgó.

—Que Sally también viene.

—Me lo imaginaba. No la conozco.

—¿Quién es? ¿Quién ha llamado?

—Steve Davis.

—Un amigo —declaró Ellie, alegrándose de que tuviera amigos que quisieran verlo.

—Mi mejor amigo, tal vez el único que me queda —declaró Nick con tristeza—. Lo conozco desde hace años. Eh... Fue el único que

me apoyó lo bastante para ir a visitarme a la cárcel. Sally es su mujer, aunque solo desde hace unos meses. Todavía no la conozco.

Ellie hizo una pausa, conmocionada por su tono de voz. Ansiaba extender el brazo y tocarlo, aliviar parte de su dolor. Pero era importante que sus huéspedes superaran su pasado por sí solos.

—Me gustaría ser tu amiga, Nick, si me dejas —dijo con suavidad.

Pasó mucho tiempo antes de que contestara. Su mirada se endureció mientras la observaba y movió lentamente la cabeza.

—No funcionaría, no quiero ni necesito a una mujer por amiga.

La amargura de su voz la sorprendió. Reprimiendo la oleada de frustración, Ellie regresó al comedor. Tenía que ver a los demás y asignarles las tareas de la semana. Y tenía que terminar de cenar, pensó, intentando ignorar el dolor de su rechazo. Disfrutaría de la visita de Margot y planearía su estanque con Philip. E intentaría ignorar la pregunta que pedía a gritos una respuesta. ¿Qué le había pasado a Nick para sentir tanto rencor hacia las mujeres?

Al día siguiente por la tarde, Ellie estaba arrodillada junto al parterre de flores del jardín delantero cuando un BMW de color dorado avanzó con cuidado por el camino de grava y se acercó lentamente a la casa. Debía de ser el abogado de Nick. Kat y Ariel estaban trabajando en la ciudad, y Brad había ido a caballo con Tomas a revisar un tramo de los kilómetros interminables de cerca.

¿Habría recibido Nick los consejos sobre cómo montar a caballo de Gus? ¿Habrían terminado ya? Nick había dicho que sabíamontar, pero solo lo básico. Su capataz iba a trabajar con él para comprobar qué nivel tenía.

Un hombre alto con traje gris y chaleco a juego salió del coche ajustándose sus gafas de sol de aviador. Se inclinó para sacar una delgada cartera de cuero, cerró la puerta y echó a andar hacia la casa. Al ver a Ellie, viró hacia ella.

—Buenas tardes —dijo Ellie, deseando haber tenido tiempo para lavarse las manos. Con su elegante traje y su bigote oscuro y delgado, era la personificación del próspero abogado. Podía aparecer en la portada de cualquier periódico de negocios. ¿Se habría vestido Nick igual alguna vez?

—Buenas tardes. ¿Está Nick Tanner? —incluso su voz resultaba pulida.

Ellie asintió, alegrándose al notar que no reaccionaba a su presencia. Desde la llegada de Nick se había preguntado si se sentiría atraída hacia todos los hombres de su edad que conociera.

Pero aquella sensación en particular parecía limitarse a Nick. Y tenía que superarla enseguida.

—Pase dentro, yo iré a buscarlo. Soy Ellie Winslow.

—Matt Helmsley, el abogado de Nick. Encantado de conocerla, señorita Winslow—miró a su alrededor, su expresión oculta detrás de las gafas.

Siguió a Ellie al interior de la casa, estudiando los escasos muebles y adornos del salón con ojo crítico cuando se quitó las gafas de sol. Indicándole que se sentara, Ellie atravesó la cocina.

Alberta estaba preparando masa para unas tartas. Sonrió al verla.

—¿Has venido a picar algo? —le preguntó.

—No, estoy buscando a Nick. Ha venido su abogado.

—¿Es eso cierto? —espolvoreó un poco de harina en la masa y en el rodillo.

—No está' mal tener un próspero abogado que venga en coche desde San Francisco para hablar contigo, ¿no crees? —Ellie se fijó en la puerta de la habitación de Nick, que estaba entreabierta.

—Desde luego, despierta mi curiosidad—dijo Alberta, igualando la masa—. Creo que Nick está en el granero con Gus. Los vi llegar a caballo hace un rato.

Ellie empujó la puerta de alambre y caminó hacia el granero. Hacía fresco en el interior en sombra. Oyó voces al fondo.

—¿Nick?

—Estoy aquí.

—Matt Helmsley acaba de llegar.

Nick se acercó con paso firme y decidido. Restregándose las manos en los costados de sus vaqueros, asintió al ver a Ellie.

—¿Dónde está?

—Lo hice pasar al salón —se volvió y caminó a su lado hasta la parte de atrás de la casa—. Os llevaré algo de beber, si te parece bien. Aparte de eso, estás solo. Alberta está cocinando, pero no entrará en el salón mientras estés reunido con tu abogado.

Nick se detuvo al abrir la puerta y miró a Ellie.

—Es una reunión de negocios, no necesitamos beber nada.

Ellie se moría por saber qué tenía que decirle Nick a su abogado. ¿Qué era tan importante que no podía tratarlo por teléfono? ¿Y qué habría incitado al hombre a hacer el largo viaje hasta el rancho? Pero no era asunto suyo. Si Nick quería que lo supiera, se lo diría.

—Llámame si necesitas alguna cosa, de todas formas —le dijo, y rodeó la casa de camino a los parterres.

Más tarde, Ellie caminaba lentamente hacia la casa, hojeando el correo que acababa de recoger. Había terminado de quitar las malas hierbas de los parterres y no podía seguir posponiendo el trabajo de oficina. Al oír voces, levantó la vista y vio a Matt y a Nick, absortos en su conversación, saliendo de la casa y acercándose al lujoso coche de Matt.

Nick observó cómo su amigo daba marcha atrás a su vehículo y se alejaba con cuidado. Desvió la mirada a Ellie.

—¿Habéis pasado un buen rato? —preguntó Ellie, caminando hacia la casa mientras Nick permanecía de pie, esperándola. ¿Lamentaba estar en el rancho? ¿Deseaba volver con sus amigos, a su antigua vida en San Francisco? Aunque todos sus huéspedes habían vivido en ciudades, sabía que el estilo de vida que Nick había llevado difería enormemente del de Jed o Brad.

—Pude resolver algunos asuntos.

—Parece un abogado muy próspero.

—En cuestiones materiales, lo es. Me pregunto si eso basta —Nick contempló pensativo el horizonte, como si buscara la respuesta—. No todos necesitamos lo mismo. Yo prefiero este lugar a San Francisco —dijo Nick—. Al menos, durante los próximos meses.

Y sin decir una palabra más, dio media vuelta y se alejó hacia el granero.

Capítulo 5

AL DÍA siguiente durante el desayuno, Alberta abordó el tema de las compras.

—Necesito provisiones. Estos huéspedes comen como si nunca tuvieran bastante —declaró, poniendo tres tortitas más en el plato de Brad. Hasta Kat comía como si fuera su última vez.

—A mí no me toca —dijo Ariel enseguida.

—Yo creo que le toca a Nick. No ha ido nunca —repuso Jed, dejando el tenedor en el plato y recostándose en su silla—, ¡Un desayuno estupendo, Alberta!

Ellie sonrió y tomó un sorbo de café. Una de las cosas que intentaba enseñar a aquellos adolescentes eran los buenos modales. Al principio de su llegada, nunca se les ocurría darle las gracias a Alberta por la comida. Complacida por su progreso, Elliedesvió la mirada a Nick. Comía despacio, hablaba poco. Miró a Jed.

—¿Qué es lo que me toca? —preguntó Nick.

—Ir de compras —contestó Brad—. Un hombre debe aprender a hacerse la compra, según dice Ellie. Así que nos turnamos para ir al supermercado. Claro que, a no ser que pienses tener una familia numerosa, no entiendo cómo puede servirte de ayuda en el futuro —miró a Ellie de soslayo.

—Es la teoría —repuso Ellie, sonriendo. Era una vieja discusión con Brad. Realmente, el chico detestaba ir de compras. Claro que últimamente no quería hacer nada que implicara bajarse de un caballo.

Nick clavó en ella la mirada. Terminó lo que le quedaba de tortita y tomó la taza de café.

—¿Ir de compras?

Ellie tragó saliva y asintió, dando gracias por no haberse atragantado. Cuando la miraba de aquella forma, apenas podía estarse quieta. El pulso se le aceleraba, le sudaban las manos y se sentía tan torpe hablando como una adolescente. Miró a su alrededor y deseó fervientemente que nadie notara su reacción física hacia él.

Nick tenía que dar los primeros pasos del programa de Manos Amigas. Solo porque era mayor que sus otros huéspedes, no era

excusa para saltarse las distintas fases del programa. Al menos, eso creía ella. Y el favoritismo no entraba en el plan maestro. Los demás se turnaban para ir de compras, así que Nick también.

—Podemos ir a Jackson esta mañana. Hay algunas tiendas de hombre que están bien, por si necesitas algo de ropa. Luego compraremos la comida para la semana.

—No me vendría mal comprarme otros vaqueros, por ejemplo —miró a Brad—. Y tal vez unas botas. Gus dijo que debía comprarme unas para montar.

—¿Qué tal un traje? —sugirió Ellie—. Para las entrevistas de trabajo. ¿O tienes alguno en San Francisco que te puedan traer?

Nick la miró con aspereza y ojos entornados.

Jed se echó a reír.

—¿Un traje? Nunca había visto a nadie por aquí con traje. ¿Qué empleo va a solicitar? ¿El de alcalde?

Ellie se sonrojó y desvió la mirada. Eracierto, la mayoría de los hombres de negocios de Jackson se vestían de manera informal. Pero no imaginaba a Nick en un empleo permanente en aquella zona. Pasados los tres meses, seguramente regresaría a San Francisco o a otra gran ciudad.

—No voy a hacer ninguna entrevista —dijo Nick—. Ganaré experiencia aquí como Jed y Brad.

Todos en la mesa guardaron silencio, mirando primero a Nick y luego a Ellie.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo Ellie en voz baja. Había mencionado posponer la búsqueda de empleo el primer día. ¿Se estaba resistiendo deliberadamente al programa?

Kat se inclinó hacia adelante y sonrió a modo de invitación.

—Pásate por mi tienda, Nick. Ven a ver dónde trabajo.

—Como si quisiera comprar ropa de mujer. Podrás tomarte una hamburguesa con patatas donde yo trabajo —intervino Ariel, lanzando a Kat una mirada furibunda—. Te pondré una ración extra de patatas.

—No nos quedaremos a almorzar, Ariel. Y dudo que Nick necesite ropa de mujer.Pero tal vez yo me pase a verte, Kat —dijo Ellie.

—Como quieras —la joven no pareció tan entusiasmada con la visita de Ellie como con la de Nick.

A media mañana, Ellie estaba lista para salir del rancho. Le ofreció a Nick que condujera la camioneta, pero él declinó.

—Tengo que renovar mi permiso de conducir. Ha expirado.

—Nos ocuparemos de eso cuando tú quieras. No estaría mal solucionarlo pronto para que puedas conducir. Los demás usan el otro camión cuando hace falta, y Ariel y Kat lo comparten para ir a trabajar —le explicó con fluidez mientras iniciaban el trayecto a Jackson—. Además, necesitarás un medio de transporte para ir a trabajar.

—Tengo que hacerte una proposición. Supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro —dijo Nick con voz lenta.

—¿Una proposición? —Ellie se puso en guardia—. ¿Qué clase de proposición?

—Ya he trabajado antes en una oficina.

Era contable, pero no me siento capaz de volver a lo mismo. Necesito cambiar de profesión.

Ellie sabía que estaba observándola con atención para analizar su reacción. ¿Cómo creía que reaccionaría? Era la primera vez que mencionaba su pasado. ¿Debía decir algo? Esperó.

—Antes de buscar trabajo, necesito experiencia en ese campo, ¿no es así? —Ellie asintió—. Tengo cierta experiencia en la construcción gracias a mis días de universidad, pero de eso hace años. Podría ganar experiencia aquí. Proyecta lo que quieras, construir el estanque, pintar la casa, reformar una habitación, lo que sea. Y llevo trabajando con Gus durante un par de días. Es una mina de información sobre el rancho. Otra posibilidad. Hay ranchos por todo el oeste, y sería una buena formación si quisiera dedicarme a ello.

—¿Pero en qué quieres trabajar? —preguntó Ellie con lentitud —. ¿En la construcción o en un rancho?

—Pensé en la construcción, dado que ya trabajé en eso hace años. Pero me gusta lo que he aprendido hasta ahora en el rancho.

Tal vez sea un campo nuevo para mí. Brad y yo podemos trabajar juntos.

Ellie rio suavemente y movió la cabeza.

—No lo sé, me parece un gran cambio para ti. ¿No vas a echar de menos San Francisco?

—No —respondió, desviando la mirada.

—Supongo que has dado un paso en la dirección correcta, entonces. Has decidido lo que quieres hacer —repuso Ellie con cautela, pero algo no encajaba, aunque no sabía exactamente por qué. ¿Acaso un hombre con una licenciatura en económicas o empresariales o lo que fuera, podía cambiar de repente de profesión y trabajar en un rancho?

—Entonces, unos vaqueros y camisas de trabajo serán todo lo que necesite —dijo, y su satisfacción se hizo evidente en su tono de voz.

Ellie captó la expresión de Nick y se sintió intranquila. ¿Estaría tramando algo? ¿Pero qué? No estaba eludiendo trabajar. Le correspondía a él decidir lo que quería hacer. Si hablaba en serio sobre las reformas y sobre aprender el oficio de ranchero, se aseguraría de que obtuviera la experiencia necesaria.

—Se lo explicaré al señor Peters —dijo finalmente, confiando en que el coordinador del programa se sintiera satisfecho. Se había mostrado comprensivo cuando Jed y Brad habían mostrado interés en el rancho. ¿Por qué no iba a ser lo mismo con Nick?

Al mirarlo, contuvo el aliento y trató de concentrarse en la conducción. Llevaba abierto el cuello de la camisa, exhibiendo la columna morena de su cuello. Tenía las mangas recogidas hasta los codos, dejando al descubierto la piel bronceada de sus antebrazos. Los músculos de los hombros llenaban su camisa. Incluso con la vista puesta en la carretera podía verlo por el rabillo del ojo. Y qué gusto daba mirarlo.

Tal vez Margot tuviera razón, llevaba sola demasiado tiempo. Necesitaba a alguien con quien compartir sus intereses. Un marido, no; no quería perder su independencia a costa de un hombre. Claro que ese hombre no podía ser Nick. Por muy estimulante que fuera la idea, Nick se iría en menos de tres meses, y ya estaba fantaseando bastante con él.

Permaneció callado durante la mayor parte del viaje, pero Ellie sabía que la estaba observando mientras conducía. Parecía pasar mucho tiempo estudiándola. ¿O lo estaba imaginando?

Nick contempló la vieja ciudad mientras recorrian la calle principal. Sería mejor que admirara los edificios en lugar de a Ellie. Su anfitriona la intrigaba. Su ex prometida había sido adicta a las

ropas caras, a las joyas y a los coches lujosos. Ellie llevaba vaqueros gastados y botas polvorientas, y no hacía nada para lucir su figura esbelta o mejorar su aspecto. No se maquillaba salvo por un ligero toque de máscara de ojos. Y llevar el pelo recogido no la favorecía en absoluto.

Y sin embargo, parecía satisfecha, feliz. En absoluto inquieta, como Sheila. ¿Sería una pose?'Sintió cierta satisfacción al ver que se sonrojaba y respiraba agitadamente en respuesta a su escrutinio. Al menos, algo la hacía reaccionar.

—Deja de mirarme así —le dijo Ellie con nerviosismo. Sentía oleadas de calor por todo su cuerpo, como si todas sus terminaciones nerviosas estuvieran pendientes de e1. Como si lo ansiaran.

—Me gusta mirarte —murmuró con audacia, sin apartar los ojos de ella.

—Me pones nerviosa —le lanzó una rápida mirada y frunció el ceño al ver el brillo en sus ojos.

Llevaban las dos ventanillas abiertas y el aire soplaba con fuerza por la cabina de la camioneta. Un mechón se desprendió de la coleta de Ellie y Nick lo atrapó para colocárselo detrás de la oreja, acariciando suavemente su mejilla con los dedos y dejando un rastro de fuego y hielo a su paso.

Ellie apretó las manos en torno al volante con el corazón desbocado. Dejó de respirar. Su roce era tan ligero, tan suave y turbador. Que Dios la ayudara, confiaba en poder aparcar sin chocar con nada.

Giró a la altura del Hotel National y dejó la camioneta en el aparcamiento techado junto a la comisaría. Jackson había nacido con la furia del oro y los viejos edificios le conferían un encanto especial inexistente en ciudades más recientes.

—Como puedes ver, Jackson no es muy grande. Puedes atravesarla en cuestión de minutos. Hay un par de tiendas de ropa de hombre por esta calle. Nos reuniremos otra vez aquí dentro de dos horas, ¿te parece bien?

Si quería que lo acompañara, tendría que pedírselo, pero apostaba cualquier cosa a que no lo haría. Sabía que había recibido parte de su dinero de Matt Helmsley, así que en ese sentido, no había problema.

—Está bien. Dos horas —Nick saltó de la camioneta y la siguió por el pequeño puente sobre un arroyo que daba a la calle principal. Echó a andar por la acera, observando a la gente, contemplando los coches y camiones aparcados. Era una calle bulliciosa, pero no podía compararse con la aglomeración de personas que había en San Francisco. Algunas lo saludaron con una leve inclinación de cabeza y él les devolvió el saludo.

Ellie suspiró al verlo desaparecer entre los transeúntes. Aquel huésped le acarrearía más complicaciones de las que había anticipado, sobre todo si seguía comportándose como una adolescente enamorada cada vez que estaba con él.

Decidió acercarse a la tienda de Kat y verla en acción. La joven había conseguido un trabajo como dependienta en una de lasboutiques de ropa de la calle principal y Ellie todavía no le había hecho una visita.

—¡Hola, Ellie! —la saludó Kat en cuanto entró en la tienda. Una anciana examinaba unas prendas en una sección. La dueña estaba de pie al fondo de la tienda y la saludó con la mano al verla entrar.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Kat.

—Pareces una profesional —dijo Ellie, sonriendo. Estaba orgullosa de Kat. ¿Así se sentían los padres cuando sus hijos triunfaban?—. Hoy solo he venido a mirar. ¿Qué tal va todo?

—Me encanta este trabajo. Yvonne dice que tengo un talento natural para la moda. Me ha ofrecido hacerme fija cuando acabe el programa. ¿Crees que debería aceptar?

—¿Por qué no? Te gusta y se te da muy bien.

—Supongo que me había hecho la idea de volver a Oakland.

—Solo si quieres. Ya sabes que eres tú la que decides —dijo Ellie con suavidad. Kat se quedó callada.

—Enséñame lo que piensas que me sentaría bien—sugirió Ellie.

—Me encantaría vestirte en tonos pasteles y con prendas modernas. Tienes una figura estupenda. Puedes ponerte muchas cosas que a mí me sentarían fatal. ¿Qué tal este top? El color lavanda te favorece.

Durante la media hora siguiente, Kat le ofreció prendas distintas, explicándole con fluidez por qué todas ellas le quedarían perfectas. Ellie se sintió tentada a comprar algo. No podía olvidar la sugerencia de Margot, pero no quería comprarse ropa nueva tras la

llegada de Nick. No porque fuera a comprársela por él, pero le preocupaba que los demás pensaran que era esa la razón.

—Déjame pensarlo —dijo finalmente—. No quiero precipitarme.

—No seas tan sosa, Ellie. Anímate un poco. Con este vestido azul estarías imponente.

Sonriendo, Ellie se permitió soñar durante un minuto. Bajaría las escaleras de casa con aquel vestido de ensueño. Nick la estaría esperando... Cielos, estaba intentando olvidarse de él, no fantasear todavía más.

—Otro día, quizás. Ya te lo diré —se dirigió al fondo de la tienda y habló duranteunos minutos con Yvonne, luego se acercó a la droguería. Todavía tenía cosas que hacer aparte de pensar en Nick.

Una hora después, Ellie volvió a la camioneta. Se sorprendió al ver a Nick sentado en los amplios peldaños que conducían al viejo hotel, rodeado de paquetes.

—¿Llevas mucho tiempo esperando? —le preguntó mientras él recogía los paquetes y se reunía con ella en la acera. Parecía más relajado que antes.

—Apenas unos minutos. Me gusta observar a la gente.

—¿Tienes todo lo que necesitas?

—Sí. No ha sido tan terrible —le brindó su media sonrisa y Ellie notó cómo se derretía por dentro. Inspiró rápidamente y echó a andar a paso firme hacia la camioneta, rezando desesperadamente para que no se diera cuenta de lo mucho que la afectaba su proximidad.

—La parada siguiente es el supermercado. Todos se turnan para comprar. A veces envío a Kat y a Brad o a Ariel y a Jed. Digamos que los resultados son interesantes. Pero siempre que compren lo que está en la lista de Alberta, el resto no me preocupa.

—Tu camioneta encaja en esta ciudad —dijo Nick mientras salían del aparcamiento y salvaban la corta distancia al supermercado.

—¿Yeso?

—Jackson es como una peligrosa ciudad del Oeste, llena de ranchos y vaqueros. Todos los tipos que he visto llevaban un sombrero tejano y unas botas.

—¿Qué esperabas? Estamos en el Oeste. Y los ranchos son el

principal medio de vida.

—San Francisco no se parece en nada a esto.

—Lo sé. Solía vivir allí. Nick la miró.

—¿Y esto te gusta más?

—Mucho más. Vamos, ayúdame con la comida —detuvo la camioneta delante del supermercado local y saltó del vehículo.

—¿Y los paquetes? —preguntó Nick. Ellie había dejado la ventanilla abierta.

—No hay problema. Aquí nadie se lleva nada.

Ellie le pasó un carrito de la compra y separó otro.

—¿Dos?

—Sí, y los llenaremos hasta arriba —sacó la lista del bolsillo y echó a andar por el primer pasillo. Nick la siguió, estudiando los estantes de comida, escogiendo productos y metiéndolos en el carro según ella los leía. Cuando metía algún extra, Ellie no decía nada... hasta que su carro empezó a llenarse sin haber hecho todavía la mitad de la compra.

—Nick, bastará con lo que más nos guste. No hemos venido a comprar una cosa de cada —exclamó con exasperación al ver que metía dos cajas de cereales.

—Ellie, no querrás privarme de unos cereales para el desayuno cuando hace siglos que no los tomo, ¿verdad? ¿O de zumo de manzana y melocotón?

—¿Qué has estado comiendo todo este tiempo? —le preguntó al ver que amontonaba más productos en el carro.

—Pan y agua.

Ellie rio con suavidad.

—No te creo. Puedes escoger una clase de cereal. Alberta prepara el desayuno casi todos los días, y si te llevas más cereales se pondrán rancios antes de que puedas comértelos. Podrás escoger otra clase la próxima semana —le dijo, y sacó todas las cajas menos una.

La compra se prolongó bastante, pero Ellie nunca se había divertido tanto. Nick bromeó con ella en todos los pasillos. Quería probar casi todo lo que veía, excepto remolacha. Exageró su rechazo por la remolacha como contrapunto a la insistencia de Ellie de que eran buenas para la salud.

Ellie no sabía qué decía en serio y qué en broma mientras

limitaba constantemente su selección, pero no dejaba de hacerla reír. Y de vez en cuando, Nick la miraba con expresión perpleja, como si nunca hubiera visto reír a una mujer.

Cuando se aproximaron al expositor de las verduras, Ellie se detuvo. La encantaban todas las variedades y contempló con interés los productos.

—Saltémonos esta fila —sugirió Nick al ver su deleite.

—De eso nada. Necesitas verduras para contrarrestar todo el azúcar que piensas tomar —le dijo Ellie con remilgo—. Son muy sanas.

Estaba de pie a su lado, mirándolo. Cediendo a la tentación, Nick tomó su barbillacon la mano, envolviéndola con su cálida palma. Se inclinó sobre ella y le habló en voz baja y firme, acariciándole las mejillas con su aliento.

—No soy un niño como Jed o Brad, ¿recuerdas? No necesito una madre... la mía está perfectamente y vive en Maryland.

Ellie no podía creer que el tacto de una persona pudiera tener tanto poder. Se sentía débil, excitada, mareada. El calor se propagó por su vientre y sus senos se llenaron de denso deseo. Casi perdió el hilo de lo que Nick le estaba diciendo. Podía sentir el calor de su mano por su barbilla y su aroma penetraba sus sentidos, fundiendo su cerebro.

¿Qué sentiría si la tocaba por entero? Si los dedos en su mandíbula podían causar tantos estragos, ¿qué harían sus labios por todo su cuerpo?

—No me gustan las verduras —dijo Nick.

—¿Ninguna? —preguntó casi sin aliento. Debía dar un paso atrás, romper el contacto, pero no pudo. Nick se acercó un poco más y durante un instante de locura, Ellie deseó ir a su encuentro, tocarlo y sentir su piel bajo los dedos. Sentir su fuerza, su calor. Sus labios sobre los suyos.

—Guisantes.

—¿Cómo? —Ellie parpadeó.

—Me gustan los guisantes —su aliento le acariciaba las mejillas. Tenía los ojos plateados y la miraban con solemnidad.

—Ah —se estaba ahogando en el pozo plateado de la mirada de Nick, incapaz de pensar, de moverse, de respirar.

Nick deslizó el pulgar suavemente por su mandíbula y retiró la

mano. Se enderezó y apretó los labios. Ellie era tan suave, tan deseable. Se volvió para contemplar los guisantes del expositor. Ellie Winslow tenía demasiado poder. En el futuro, se prometió, guardaría las manos en los bolsillos para no correr el riesgo de perder el poco autocontrol que le quedaba.

—¿Ninguna otra verdura, solo guisantes?

—Comeré alguna otra —siguió contemplando el expositor, eludiendo su mirada.

Nick había echado a perder la atmósfera distendida. Lo sabía pero no sabía qué hacer para remediarlo. Ellie se acercó a los guisantes. Llenó bolsa tras bolsa hasta que Nick se dio cuenta y sonrió.

—Ya basta, como dijo alguien hace unosminutos. ¿Qué ha sido de la moderación?

Los dos se esforzaron por recuperar el buen humor de hacía unos minutos. Nick se alegró de que todavía se sintiera cómoda con él. No podía dominar la montaña rusa de sentimientos que experimentaba cuando estaba con ella. Quería volver al rancho y encerrarse en su habitación. O montar uno de los caballos y escapar de su lado.

No debía olvidar ía lección que Sheila le había enseñado tan bien. Ellie era una mujer como las demás. En menos de tres meses, sería otra vez dueño de su vida, y eso era lo que quería. Lo único que quería.

El sábado, Ellie reclamó la ayuda de Ariel para dejar la casa reluciente. Kat trabajaba los sábados, así que se la dispensaba de muchas tareas de la casa, un detalle que Ariel no hacía más que mencionar. Ellie le explicaba con paciencia que algún día tendría su propia casa y que querría saber cómo mantenerla limpia. Cualquier experiencia era buena.

Alberta planeó la barbacoa para aquella tarde en que esperaban la visita de los amigos de Nick. Para que la ocasión resultara más festiva, hizo que uno de los chicos clavara postes para jugar a encestar herraduras y colocara dos mesas de picnic. Gus se encargó de encender la barbacoa.

Ellie sentía curiosidad por los amigos de Nick. Había conocido a su abogado, pero no creía que Matt Helmsley y Nick fueran amigos íntimos. Su relación se debía más a las circunstancias que a los

intereses comunes. Pero por lo poco que había dicho Nick sobre Stevé, sabía que eran amigos de verdad. ¿Podría ser que su visita le luciera añorar su antigua vida? ¿Echaría de menos los estímulos de la ciudad?

Cuando oyó que el coche se aproximaba, fue a saludar a los invitados de Nick. Nick también los oyó llegar y salió de la casa un momento después. Sus pasos largos le permitieron adelantar a Ellie y ser el primero en saludarlos.

—¡Steve! —los hombres se dieron un fuerte apretón de manos.

Steve era más alto que Nick, y más delgado. Iba vestido de manera informal, con pantalones marrones y una camisa de color crema, tenía el pelo de color castaño rojizoy la cara franca y amistosa. Nick llevaba unos vaqueros nuevos y una camisa oscura. Con el bronceado que había adquirido en los últimos días, parecía más vital que su amigo, pensó Ellie. ¿O era solo porque se trataba de Nick?

Una rubia alta y elegante salió del coche, cerró la puerta y se acercó a Steve. Llevaba pantalones de hilo blancos y una blusa de seda azul brillante.

—¿Este es Nick? —dijo, sonriéndole.

—Nick, esta es mi mujer, Sally —Steve hizo la presentación con orgullo.

Nick la saludó con solemnidad y se volvió para presentar a Ellie, que se había acercado.

—Ellie Winslow, mi... anfitriona. Steve y Sally Davis.

Ellie sonrió y de repente se sintió desaliñada con sus vaqueros y su camiseta amarilla de algodón. Debería haber seguido el consejo de Margot y de Kat y haberse comprado algo de ropa. La que llevaba no tenía nada de malo, pero estaba pensada para trabajar, no para recibir a unos invitados.

Y el peinado corto y osado de Sally le hacía pensar aún más en su pelo limpiamente recogido en una trenza. Formal y sería, ¿así la veía Nick? Intentó imaginar a las mujeres que Nick conocía. Ellie había vivi—do durante años en la ciudad, así que sabía cómo se vestían, pero nunca le había parecido importante. Hasta entonces.

—Lo tenemos todo preparado en la parte de atrás. Nick puede enseñaros el rancho antes de que os reunáis con los demás —dijo Ellie cuando terminaron las presentaciones.

Nick pareció perplejo. Ellie contuvo una sonrisa.

—¿No quieres que conozcan el rancho?

—Claro —un brillo de humor centelleó en su mirada al volverse a su amigo—. No te lo vas a creer, Steve.

Cuando Nick terminó de enseñarles el granero y el corral y les habló del programa, los condujo a la parte de atrás de la casa. Alberta había dispuesto jarras de limonada y té con hielo sobre una de las me—sas, y había latas de refrescos en un enorme barreño lleno de hielo en un extremo. El resto del equipo ya estaba desperdigado por el prado, con un vaso de limonada o un refresco en la mano.

—¿Qué os apetece? —preguntó Albertacuando concluyeron las presentaciones.

—Limonada —dijo Sally—. No la he probado desde que era una niña. Y recuerdo que, en verano, me encantaba.

—Id a sentaros en la sombra. Está refrescando, pero el sol todavía pega —dijo Alber—ta después de pasarles las bebidas.

Jed y Brad estaban probando puntería con las herraduras contra Rusty y Tomas. Gus estaba sentado en el porche de atrás, observando a los chicos y vigilando la parrilla. Alberta envió a Ariel a la casa a por algo.

Nick miró a Ellie.

—¿Vienes?

—¿No quieres charlar a solas con tus amigos? —preguntó en voz baja.

—No.

—Ah —dijo, perpleja. Habría creído que tenían muchas cosas que decirse—. Está bien, si no molesto.

Con cierta timidez, Ellie caminó junto a Nick y colocó algunas sillas a la sombra. Se sentía fuera de lugar. ¿Qué tenía en común con aquellas personas? No las conocía ni sabía qué les interesaba en la vida. Nick era su único vínculo en común, y estaba sentado en silencio, con los labios sellados.

El silencio se prolongó hasta que Ellie estuvo a punto de hablar del ganado solamente para sacar algún tema de conversación.

Steve hizo una mueca y elevó su vaso de té.

—Por tu libertad, Nick, que la conserves durante mucho tiempo.

Capítulo 6

NICK sonrió con tristeza, elevando su vaso en señal de aceptación.

—No volveré a hacer el primo.

—Eso decía Steve —murmuró Sally a Ellie mientras tomaba un sorbo de limonada, mirando a Nick con incertidumbre.

—Seguro que lo dijo muchas veces —repuso Nick, brindando una media sonrisa a su amigo.

—Bueno, es cierto, socio. A la vejez, viruelas.

—No volveré a cometer ese error —Nick contempló su vaso con el ceño fruncido.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ellie, perpleja por su diálogo.

—De por qué Nick fue a la cárcel —contestó Steve.

—Ah —dijo Ellie en voz baja. Esperó un minuto, luego inspiró hondo—. ¿Por qué?

Tres pares de ojos se posaron sobre ella con sorpresa. Nick fue el primero en hablar.

—¿Es que Manos Amigas no tiene esa información?

—Malversación de fondos.

—No, yo no malversé ni un solo penique —replicó enseguida.

—¿No sabes exactamente por qué Nick estuvo en la cárcel? ¿No sabes nada de la fascinante Sheila? —preguntó Steve.

—¿De quién?

—Steve... —dijo Nick en tono de advertencia.

—No hace falta que me lo expliques —lo tranquilizó Ellie enseguida, aunque la curiosidad la dominaba. Se moría por saber lo ocurrido. ¿Y quién era la fascinante Sheila?

—Si quieres saber algo, pregúntalo —dijo Nick con voz áspera, mirándola fijamente a los ojos.

Ellie estudió su expresión durante un largo momento.

—Está bien, ¿qué fue lo que hiciste?

—Hice el idiota por una mujer —hizo una pausa como si estuviera evocando el pasado—. Pensé que estábamos enamorados. Lepedí que se casara conmigo y ella aceptó. Pero resultó que Sheila me estaba utilizando para encubrir su delito de fraude. Cuando me

di cuenta de todo, ya me habían detenido y juzgado por complicidad —Nick habló en tono amargo, y su rostro adoptó la expresión reservada que Ellie veía tan a menudo.

Ellie miró a Steve y a Sally. Steve contemplaba pensativamente sus manos entrelazadas. Él, por supuesto, ya conocía la historia. Sally tenía la vista fija en Nick. Al ver que nadie hablaba, Nick continuó:

—Trabajábamos en una correduría financiera. Ella era directora de contabilidad, yo el ayudante del interventor. Poco antes de la auditoría anual, descubrí una irregularidad en los libros. Trabajé un par de días en ello y averigüé que Sheila era la responsable.

Nick hizo una pausa y tomó un buen trago de limonada.

—¿Llamaste a la policía? —preguntó Ellie con suavidad.

—No. Ese fue el error número uno. Mejor dicho, el número dos. El primero fue salir con Sheila. La abordé con mi descubrimiento en mi casa. Ella lloró y me contó una patraña. Dijo que quería ser digna de mí y que no quería que me avergonzara de ella por su origen modesto. Sólo había usado los fondos malversados para comprarse ropa con la que salir conmigo. Podéis imaginaros... hizo que me sintiera como un hombre frivolo, como si lo único que me preocupara fueran esas cosas —movió la cabeza. Ellie se inclinó hacia delante.

—¿Y luego qué?

—Me convenció para que le diera un poco de tiempo. Sacaría el dinero de alguna parte, de sus padres, o lo pediría prestado y lo devolvería antes de la auditoría. Juró que nunca lo volvería a hacer. Solo lo había hecho por mí, pero al conocerme mejor, se había dado cuenta de que la ropa no me importaba. Maldita sea, ¡qué sarta de mentiras!

—Pero entonces no lo sabías —dijo Steve.

—Debería haberlo imaginado. Solo pensaba en sí misma.

—Ahora miras atrás y te das cuenta, pero en aquel momento, entiendo que la creyeras. Si Sally me dijera todas esas cosas, la escucharía.

Sally sonrió a su marido con afecto y ledio una palmadita en el brazo. Ellie se preguntó cuánto habría amado Nick a aquella mujer para seguir a su lado incluso después de que confesara su delito.

—Le di el tiempo que me pidió. Diez días después, nos habían

arrestado a los dos por malversación de fondos. En cuanto se descubrió la historia, me acusaron de complicidad. Verás, Sheila había seguido adelante con su plan durante aquellos diez días. Confiaba en poder sacar lo bastante para marcharse del país. Unos días más, y lo habría conseguido.

Ellie no podía creer que una mujer pudiera traicionar a un hombre que la amaba.

—¿Y qué ha sido de Sheila? —preguntó. Nick no contestó. Fue Steve quien habló.

—Es una pelirroja de ojos verdes imponente. Resulta fascinante mirarla, pero tiene el corazón podrido: es egoísta y ambiciosa. Claro que era imposible convencer a Nick en aquella época, tuvo que aprenderlo por experiencia. Fue condenada a diez años de cárcel.

—Fue una lección muy dura —dijo Nick con amargura—. Pero la aprendí bien, muy bien. Nunca volveré a confiar en una mujer.

—Eh, Nick, no te apresures en tomar esa decisión. Es cierto que una mujer te hizo mucho daño, pero no dejes que eso te aparte de las mujeres para el resto de tu vida. El matrimonio puede resultar muy gratificante con la pareja acertada —Steve tomó la mano de su esposa y le sonrió.

Nick miró a su amigo con enojo.

—Para ti es fácil decirlo. Me alegro de que tú y Sally seáis felices juntos. Yo también pensé que lo sería, pero aquí me ves. Me arriesgué y fracasé, así que no pienso repetir.

—Tengo suerte y lo reconozco. Espero que tú también la tengas algún día, Nick—dijo Steve lentamente.

—Ellie, habíame de este lugar. ¿Hace mucho que pertenece a tu familia? —preguntó Sally alegremente, cambiando de tema.

—Pertenecía a mis abuelos. Cuando mi padre murió hace unos años, lo heredé —dijo en voz baja, negándose a mirar a Nick y a pensar en la dolorosa sorpresa que le había causado su historia. Durante un largo momento, trató de imaginar cómo sería que un hombre la amara tanto como para arriesgar por ella su honor y su honradez.

No pudo. No era la clase de mujer queinspiraba esa pasión. Pero el abismo que la separaba de Nick parecía aún mayor. Suspirando con suavidad por un sueño que nunca vería la luz del día, centró su atención en los amigos de Nick y en su interés por el rancho.

—Como podéis ver, ha estado descuidado durante años. Lo voy reformando poco a poco, a medida que el tiempo y el dinero lo permiten. Nick piensa ayudarme.

—¿Que Nick piensa ayudarte? —preguntó Steve, mirando a su amigo con regocijo.

—Es cierto. Voy a adquirir una preparación nueva. No pienso volver al trabajo de oficina, nadie va a contratar a un contable que ha malversado fondos. Creo que probaré en la construcción, o tal vez aprenda el trabajo en el rancho.

—Pero qué me dices... —Steve captó la sólida negación de Nick y se interrumpió—. Bueno, supongo que es una profesión tan buena como otra cualquiera. Pero nunca te imaginé fuera de una oficina.

—El tiempo lo dirá —dijo Nick.

Poco tiempo después, Alberta anunció que la comida estaba lista y se sentaron en torno a una de las mesas. La cena resultó divertida. Steve evocó sus días con Nick en San Francisco, dos jóvenes solteros dispuestos a comerse el mundo, y Sally habló de su trabajo como ayudante de producción en unos estudios de televisión local.

Ellie se atrevió a hablar fugazmente de su vida en San Francisco. Pasó de largo la actitud dominante de su padre y se explayó con los paseos que daba en los parques cercanos a su apartamento y lo mucho que disfrutaba en las clases de arte. Y la emoción vivida cuando Margot y ella vendieron su primer libro.

Ya estaba oscureciendo cuando Steve anunció que tendrían que irse.

—Nos esperan tres horas de viaje, así que volveremos tarde a casa.

—Podéis pasar aquí la noche, si queréis —les ofreció Ellie—. Tengo una habitación libre.

—En otra ocasión, tal vez —dijo Sally—. Me encantaría volver y ver el estanque cuando esté terminado.

—Y todas las mejoras que Nick piensa hacer en este lugar —añadió Steve, mirando a Nick con expresión divertida.

Ellie acompañó a los Davis hasta el coche y se quedó junto a Nick viendo cómo las luces de posición desaparecían detrás de la curva. Reinaba el silencio en la noche y la temperatura era un bálsamo tras el calor del día. Por un momento, dejando volar la imaginación, Ellie se sintió como si Nick y ella fueran una pareja

que estuviera despidiendo a unos amigos. Darían media vuelta y volverían juntos a la casa, charlando cómodamente sobre la velada, disfrutando de la mutua cercanía y...

Nick dio media vuelta y echó a andar hacia la casa sin decir palabra.

Eso le pasaba por imaginar lo que no debía, pensó Ellie mientras lo alcanzaba.

—Son simpáticos tus amigos —le dijo. Nick vaciló cerca del porche y la miró. Inspiró profundamente.

—Todavía me siento incómodo viendo a gente. Hoy has hecho que me resulte más fácil. Gracias —lo dijo con vacilación, como si le costara pronunciar las palabras.

—Ha sido divertido —repuso Ellie, disimulando su alegría por haberlo ayudado. A fin de cuentas, ese era el objetivo del programa —. Invita a venir quien quieras.

—Tal vez —elevó la mano y le rozó la mejilla suavemente con los dedos—. Gracias otra vez.

Perpleja, Ellie sintió que su corazón dejaba de latir. Todo le daba vueltas. Su caricia había sido inesperada, pero su reacción empezaba a resultar familiar. Enseguida deseó más. Deseó que la hubiese besado. Quería unir sus labios a los suyos, sentir la magia de un primer beso con un hombre especial. Apretó los brazos a los costados para no arrojarse a su cuello y carraspeó, deseando que Alberta o alguien la llamara.

—Voy a dar un paseo, ¿quieres venir, compañero? — Nick se volvió a Tam, que estaba tumbado en el porche, y con un ladrido de alegría, el perro se acercó a él moviendo la cola.

—Hasta mañana, entonces —se despidió Ellie con voz serena, caminando erguida hacia el porche, controlando al máximo sus emociones. ¿Quién podía haber imaginado que su nuevo huésped causaría tantos estragos en sus sentidos?

El lunes por la mañana después del desayuno, Ellie se encerró en su estudio. Teníaque trabajar en su último libro y no podía posponerlo más. El fin de semana había sido intenso. El día anterior había montado a caballo con Jed y había pasado parte de la tarde con Ariel. Kat no dejó de perseguir a Nick hasta que él se excusó y fue a refugiarse en su habitación.

Ellie tomó sus pinturas y trató de concentrarse en las creaciones

para el nuevo libro, pero se sentía demasiado inquieta. Una y otra vez, se asomaba por la ventana, tratando de ver a los demás.

¿A los demás o solo a Nick?

Dejando a un lado el pincel, se puso en pie y dio vueltas por la habitación. Aquello era ridículo. Tal vez se tranquilizaría si llamaba a Margot. Podrían hablar del libro y recuperaría el ánimo de pintar.

En lugar de pensar en estar con Nick Tanner, se dijo Ellie mientras marcaba el número de su amiga.

—Hola, *chérie* —contestó Margot con voz amistosa—. ¿Qué pasa?

—Te llamo para hablar del libro. ¿Has terminado el primer borrador? Leerlo podría inspirarme.

—Ya concretamos cómo serían las ilustraciones. ¿Quieres cambiar alguna cosa? —preguntó Margot con voz lenta.

—Nada —suspiró—. Margot, estoy bloqueada.

Su amiga rio con suavidad.

—Pensaba que eso solo les pasaba a los escritores.

—Es que hoy no me apetece pintar.

—Pues no pintes, ve a ocuparte del ganado.

—Ya tengo ayudantes para eso.

—Hablando de ayudantes, ¿cómo van las cosas entre Nick y tú? —preguntó Margot.

—¿Qué cosas?

—Vuestra amistad, *ma chere,* ¿qué si no?

Ellie sintió cómo se ruborizaba. No era amistad precisamente lo que deseaba, pero no se atrevía a confesárselo a nadie.

—Bien, como con los demás. Este sábado vinieron a visitarlo unos amigos. Eran simpáticos —y modernos, y más interesantes de lo que ella podría resultar nunca.

—¿Te has cortado ya el pelo? —preguntó Margot de repente.

—Margot, no creo que...

—Ellie, concédeme al menos que entiendo de moda. Harías bien en seguir mi consejo.

—Kat también me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Fui a verla a la tienda la semana pasada. Quería que me comprara un montón de ropa.

—Pues hazlo.

—Pero parece tan... tan evidente —protestó Ellie.

—¿Qué tiene de malo ponerse bonita para alguien, sobre todo cuando ese alguien es tan viril?

—Margot, está en el programa, no puedo hacer nada con él aunque él quisiera, y no quiere —ni con ella ni con ninguna mujer.

—No buscas un marido, solo diversión. De verdad, Ellie, suéltate un poco el pelo. Ellie jugó con el cordón del teléfono.

—No sé... —estaba tan tentada.

—¿Ellie? Hazlo.

—Lo pensaré.

Cuando colgó, Ellie bajó las escaleras hasta el vestíbulo y se sorprendió al darse cuenta de que estaba considerando en serio la sugerencia de Margot. Se detuvo delante del espejo, se levantó el pelo del cuello y trató de imaginárselo corto. Siempre lo había llevado largo, resultaba tan cómodo recogerlo. ¿Qué tal le quedaría corto?

¿Se daría cuenta Nick del cambio? ¿Le gustaría?

Incapaz de pintar, Ellie dejó de intentarlo y se fue en la camioneta a la ciudad. Tal vez también debería comprarse algunas de esas prendas que Kat le había recomendado. Pero primero, el pelo. Se acercaba el verano y apretaba el calor, un estilo más corto resultaría más cómodo y fresco. ¿Elegante como Sally o sexy y descarado como lo llevaba Margot?

La peluquera trabajó deprisa en cuanto verificó que Ellie realmente quería cortarse el pelo. Ellie se quedó satisfecha con el resultado. Sin tanto peso, se le rizó. El corte era ligero y despreocupado y le hacía parecer mucho más joven. Movió la cabeza, deleitándose al sentir los finos rizos.

La expresión perpleja en el rostro de Kat cuando Ellie entró en la boutique hizo que el viaje mereciera la pena. Kat le prodigó toda clase de halagos e insistió en que comprara ropa nueva a juego con su nuevo aspecto. Con gran alarde, escogió varios conjuntos y un puñado de camisetas y pantalones cortos, haciendo énfasis en elefecto que tendrían las nuevas prendas.

Cuando Ellie se las probó, se sintió como si estuviera contemplando a una extraña. ¿Realmente aquella mujer de cintura de avispa y piernas largas era ella? Los tops se ceñían a su cuerpo, realzando sus senos bien proporcionados. Los pantalones eran muy

cortos y sus piernas resultaban demasiado pálidas. Llevaba vaqueros casi todo el tiempo, y así resultaba difícil adquirir un bronceado. Tendría que modificar sus costumbres.

Kat la convenció para que se llevara puesto el top corto de color rosa y los vaqueros nuevos.

Al hacer la cuenta en la caja, a punto de explotar de orgullo por aquella venta tan cuantiosa, Kat miró a Ellie con expresión curiosa.

—¿No es un cambio muy repentino? —inquirió con cierto recelo.

—Margot me ha estado dando la lata mucho tiempo para que renueve mi ropero —dijo Ellie con fluidez—. Piensa que debo cuidar más mi imagen.

—Pensé que podría ser por Nick —dijo Kat mientras metía la última prenda en una bolsa enorme.

—¿Nick? —repuso Ellie, confiando en que no se notara el calor que sentía en las mejillas.

—Es un encanto. Apuesto a que todas las mujeres lo desean nada más verlo.

—Bueno, es un huésped del rancho, como todos vosotros. Solo estará aquí unos meses y luego seguirá su camino —por nada del mundo dejaría entrever a Kat su interés por Nick. Ni siquiera ella estaba segura de qué era. ¿Atracción física o algo más profundo?

—Ojalá pudiera estar en casa cuando llegues. Apuesto a que ni siquiera te reconocen.

—Gracias por tu ayuda, Kat. Estoy muy contenta con la ropa que me he comprado.

Ya solo tenía que volver a casa sin sucumbir a un ataque de nervios. Empezaba a darse cuenta del paso tan grande que había dado y se sentía como una auténtica idiota.

De perdidos, al río. Ellie paró un momento en la droguería para comprar algo de maquillaje y luego regresó nerviosamente al camión. Con suerte, todo el mundo en el rancho estaría trabajando y podría subir asu habitación sin que nadie la viera.

Claro que todos la verían a la hora de cenar.

Nick terminó de cepillar al caballo y lo soltó en el corral. En cuestión de segundos, el perverso animal retozó en la tierra blanda, cubriéndose de nuevo de polvo.

—Maldita sea, te acabo de cepillar —le gritó Nick al caballo.

Gus apoyó el brazo en la cerca del corral y rio entre dientes.

—Los caballos son incorregibles, ¿verdad?

—¿Por qué hay que molestarse en cepillarlos si enseguida se ponen perdidos otra vez? —preguntó Nick con desagrado.

—Eso los refresca. Un hombre siempre cuida de su caballo, no sabes cuándo tu vida dependerá de él.

—Eso sería en el Viejo Oeste —dijo Nick, mirando a Gus con recelo.

—Hoy día también vale. Muchos ranchos funcionan igual que hace cien años. Claro que han cambiado otras cosas, como los papeleos. A la pobre Ellie le cuesta horrores llevar las cuentas al día. Los negocios no

son su fuerte, tiene alma de artista.

—Parece que le va bien —dijo Nick con aspereza. Gus se encogió de hombros.

—El tiempo lo dirá. Pero sé que contribuye con lo que saca de sus pinturas para que el rancho siga adelante —se quitó el sombrero y lo golpeó contra el muslo para quitarle el polvo. Luego se lo puso otra vez con cuidado—. La cena estará lista dentro de poco. Es hora de lavarse.

Nick observó cómo el anciano se alejaba hacia su casa. Gus debía de tener setenta años, pero aunque delgado, era todo músculo y estaba lleno de energía. Nick no sabía cómo lo hacía. Acababa agotado al final de cada día y no hacía tanto como él. Claro que solo llevaba un par de semanas haciendo de vaquero y Gus había trabajado toda su vida en un rancho, pero aun así, solo aparentaba cuarenta.

Al oír una camioneta, se volvió hacia la casa. ¿Serían Kat y Ariel que regresaban del trabajo? No, se habían llevado la más vieja. La grande era la que Ellie usaba normalmente.

Se detuvo y la puerta se abrió. Nick dejó de caminar y se quedó mirando fijamente.

Lo que vio fue el trasero bien moldeado de una mujer que se inclinaba dentro del camión. Un momento después, se enderezó con los brazos cargados de bolsas.

Se quedó atónito al ver a Ellie, y se enderezó cual largo era. Casi no la reconocía. Se había hecho algo en el pelo, y los rizos cortos favorecían su corta estatura. Podía ver sus ojos brillantes incluso

detrás de las gafas y tenía las mejillas sonrosadas.

Maldición, la reacción fue rápida y dura… puro deseo.

Por un momento, se sintió como si el caballo polvoriento le hubiese dado una coz. Entonces recuperó el sentido común. Desear a Ellie Winslow era una estupidez, por muy bonita que estuviera de repente.

Y estaba preciosa. Era increíble lo que podía hacer un corte de pelo. ¿O era el top rosa que llevaba?

Ellie lo miró, casi presa de pánico, y dio media vuelta para entrar rápidamente en la casa. Nick la siguió a paso más lento. Necesitaba un minuto para controlar sus hormonas de adolescente.

Le había gustado su pelo aquella noche cuando lo había visto alborotado sobre sus hombros. En aquellos momentos deseaba poder hundir los dedos en esos suaves rizos, sentir la textura de aquella masa sedosa y ver si los rizos se enroscaban en sus dedos. Se paró en seco, disgustado con la dirección que tomaban sus pensamientos… con la persona que los mantenía ocupados a todas horas últimamente.

Ellie se refugió en su habitación y arrojó las bolsas sobre la cama. Corrió al espejo y se miró, contemplando a la extraña que había visto en la tienda de ropa. Se quitó las gafas y sonrió lentamente. Aunque nadie se diera cuenta, a ella le gustaba.

Guardó la ropa nueva y entró en el baño con su nuevo maquillaje. Experimentó lentamente para realzar sus ojos. Sin las gafas, parecían misteriosos e interesantes. Durante varios momentos, estudió su nuevo aspecto. Suspirando, volvió a ponerse las gafas. No deseaba que Kat o Ariel empezaran a especular en voz alta en la mesa sobre la razón de aquel cambio repentino, pero tal vez le preguntaría a su oculista sobre la posibilidad de ponerse lentes de contacto.

Alberto se volcó en halagos cuando Ellie bajó a ayudar a poner la mesa. Ariel enseguida quiso rizarse el pelo para que se pareciera al de Ellie, y Jed y Brad coquetearon con ella como si tuviera su edad. La única persona que no hizo ningún comentario durante la cena fue Nick. Pero Ellie lo sorprendió en dos ocasiones mirándola fijamente.

Al término de la comida, Nick habló por primera vez.

—Gus tiene toda la ayuda que necesita durante los próximos

días. ¿Quieres que empiece con el estonque?

Se lo tenía merecido por querer que se fijara en su corte de pelo y en su nuevo top. Ignoró la punzada de decepción por que no tuviera nada más personal que decir y asintió. Había demasiadas cosas que hacer para interrumpir el flujo normal de trabajo en el rancho, pero quería disfrutar del estanque aquel mismo verano si era posible.

—Si nadie tiene otros planes, después de la cena podemos hablarlo entre todos —declaró Nick.

—¿Todos?

—¿Qué hay que hablar? —preguntó Brad—.¿No vamos a cavar un hoyo y a llenarlo de agua?

Nick lo negó con la cabeza.

—Es mucho más que eso. Una buena planificación hará que el proyecto se desarrolle sin problemas.

Jed arrugó la nariz.

—A mí me parece que eso da más trabajo. Nick asintió.

—Pero planear ayuda a ahorrar tiempo. Si sabemos lo que hacemos, no malgastaremos nuestros esfuerzos. No queremos quedarnos sin cemento en un momento crítico, o descubrir que no podemos llevar electricidad aí lugar cuando estamos listos para instalar la bomba. Tenemos que comprobar el precio de los materiales y negociar el más barato para Ellie. Como harías con el resto de los materiales del rancho.

Brad miró a Ellie.

—¿Todo lo haces así?

—Por supuesto —dijo Nick. Ellie movió la cabeza lentamente.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando—declaró.

—¿Cómo?

—No planeo las cosas de esa manera. Me limito a comprar cuando necesito algo y a pagar las facturas cuando llegan.

—¿Entonces, cómo sabes que has conseguido el mejor precio o cuándo te beneficias de una oferta o de una rebaja por grandes cantidades?

Ellie se encogió de hombros.

Nick miró a su alrededor, todos los ojos estaban puestos en él. Lentamente, volvió a mirar a Ellie. Costaba concentrarse en los negocios cuando estaba tan atractiva. Sus ojos parecían enormes

detrás de las gafas. El pelo era un halo de luz en torno a su cabeza. Sintiendo una reacción familiar, reprimió su deseo. Aquello era importante, al menos, para ella.

—La verdad es que esa parte del negocio me resulta confusa —reconoció Ellie. Miró a Jed y a Brad, luego a Gus—. Tal vez necesitamos ayuda. Eres contable —dijo con firmeza, mirando otra vez a Nick—. Podrías darnos una orientación.

Nick quería retirarse, levantarse de la mesa y desaparecer. No quería involucrarse en su vida más de lo necesario durante aquellos tres meses.

—No.

Brad lo miró.

—Eh, colega, si puedes ayudar, ¿por qué no? Si crees que llevar un rancho es más que montar a caballo, ¿no crees que todos deberíamos aprender?

—No contéis conmigo —dijo Kat enseguida—. No quiero vivir en un rancho toda mi vida.

—Pero unos consejos básicos te ayudarían en cualquier negocio que emprendieras en el futuro —dijo Ellie—. ¿No, Nick?

Nick lo negó con la cabeza.

—Claro que la ayudaría. Nos ayudaría a todos nosotros, y tienes la experiencia necesaria para enseñarnos. Lo consideraría como un favor personal si lo hicieras.

Sorprendentemente, Nick ansiaba hacerlo. Lo encantaba poner en orden el caos. Le gustaban los proyectos, los análisis y los presupuestos.

—Además, Ellie dice que mientras estemos aquí, somos una familia. Las familias se ayudan, ¿no? —dijo Ariel con cautela. Miró a Ellie y sonrió casi tímidamente al ver el deleite en el rostro de su anfitriona.

Nick pensó en su familia, tan lejos de allí. Gracias a un contestador automático y a las cartas que Steve enviaba en su nombre, había conseguido ocultarles que había sido condenado y enviado a prisión. Les horrorizaría saber dónde había estado durante los últimos tres años. Su familia no correspondía con la idea que Ellie se había hecho de la familia ideal, ni ella misma debía de tener experiencia de lo que era, a juzgar por los comentarios que había hecho de su vida.

Pero era evidente que había inculcado esa idea en sus huéspedes.

No sentía ningún vínculo con aquellos adolescentes. Procedían de hogares rotos de la parte conflictiva de la ciudad. Gamberros callejeros que habían sido apresados por la policía. Si se les daba una oportunidad, tal vez triunfarían en la vida. Quizá no todos, pero los que pasaban por el rancho de Ellie tenían muchas posibilidades. Gracias a la determinación de aquella mujer y a su bondadoso afecto.

Él estaba más interesado en otra clase de afecto. Por un momento se imaginó estrechando a Ellie entre sus brazos...

—¿Nick?

Capítulo 7

NICK tardó un momento en volver a la realidad y asintió.

—¿Tú también vas a ayudar?

—No voy a hacerlo solo. Todo el mundo tiene que echar una mano.

—Yo no soy contable —protestó Ariel.

—Pero eres parte de esta familia improvisada, ¿no? Puedes hacer varias llamadas preguntando el precio del cemento. Kat puede averiguar cuánto cuestan los tubos y la bomba para la cascada. Uno de vosotros puede ir al ayuntamiento a pedir la licencia de obra. Brad y Jed me ayudarán a delimitar el estanque con estacas. Rusty y Tomas pueden buscar las rocas que necesitaremos para la cascada. Y todos podréis ayudar para cavar y cementar.

Si querían solidaridad familiar, la tendrían.

—¿Y qué me dices de Ellie? ¿Qué le toca hacer a ella? —preguntó Kat con petulancia.

—Ellie y yo revisaremos las cuentas del rancho, planificaremos y diseñaremos las mejoras que quiere hacer y haremos una programación para cada proyecto, con listas de materiales y estimaciones de costes.

Nick contempló los rostros perplejos y casi sonrió. Era hora de que supieran que si lo presionaban, él devolvería con creces esa presión.

—Y Brad, en cuanto hayamos organizado las cuentas de Ellie, debería dejarte que llevaras una parte mientras estás aquí. Eso te daría cierta experiencia para trabajar en un rancho en el futuro.

—Y cualquier experiencia es buena —citó Ariel.

Ellie asintió, fascinada por aquella face—:a de Nick. Por primera vez desde su llégala, su pose de tipo duro se había suaviza—io. Parecía sereno y seguro de sí mismo. Lo imaginó en su antiguo trabajo, planificando, organizando, programando. Seguramente había sido uno de los mejores en su campo.

Y lo había perdido todo por amor a una mujer.

Contempló los rostros alrededor de la mesa. Todos hablaban por turnos con Nick, haciendo preguntas sobre las distintas tareas que había enumerado, y la excitación se reflejaba en sus miradas.

Aquello podía ser un regalo caído del cielo. Confiaba en que ayudara a Nick tanto como al resto de sus huéspedes.

Nick contestaba las preguntas incesantes con calma y tono moderado, abordándolas como si todas fueran importantes y significativas. Nada en su actitud hacía que los chicos se sintieran ignorantes o estúpidos. Podía ser un gran profesor, pensó Ellie de repente. ¿Alguna vez se le habría ocurrido? Claro que con su historial, eso era imposible. ¿Pero tal vez en una organización como Manos Amigas?

El jueves durante el almuerzo, Nick anunció que todo estaba listo para empezar a cavar el estanque. Quería que Ellie diera su aprobación al perímetro en cuanto Jed y él lo hubiesen delimitado.

Nick colocó las estacas donde Ellie le había dicho que quería el estanque, y las sostuvo mientras Jed las hundía en la tierra con el martillo. Brad observaba, pero no intervino. Después de consultar a Ellie sobre la localización de la cascada y el desagüe, señaló dónde irían la bomba y los cables de la electricidad. La tierra estaba reseca por el sol de finales de primavera. Cuando estuvo listo para empezar, Nick envió a Ellie por un pico y varias palas.

—Hoy no —dijo ella.

—¿Por qué no?

—Es un acontecimiento señalado, como cuando echamos los cimientos para el nuevo granero. Hay que celebrarlo —sus huéspedes habían tenido pocos motivos de celebración en sus cortas vidas. Ellie quería ampliar sus experiencias, convertir pequeñas cosas en grandes acontecimientos para que vieran la vida de otra forma—. Mañana, antes de que Kat y Ariel se vayan a trabajar y los vaqueros comiencen sus tareas, inauguraremos la excavación.

—Es un miserable estanque, Ellie, no un puente ni un centro comercial —dijo Nick con exasperación.

—Aun así, es un proyecto nuevo para todos nosotros y quiero una ceremonia.

Nick se quedó mirándola durante un largo momento.

—Bien, tú eres la jefa. Si hemos terminado por hoy, me retiro a mi habitación —y se alejó sin volver la vista atrás.

Ellie contempló cómo se alejaba con gran decepción. Pasaban tan poco tiempo juntos. Nick había creído que ella estaría supervisando su trabajo en la oficina, pero Ellie le había dicho que

pusiera las cuentas en orden y luego la enseñara cómo mantenerlas así. A ella no le interesaba el trabajo de oficina. A Nick lo había sorprendido que confiara en él para llevar sus cuentas, pero la fe y la confianza eran los pilares de Manos Amigas. Además, Ellie sabía que Nick era un hombre honrado que había caído en manos de la mujer equivocada.

—Hace calor, de todas formas será mejor que cavemos por la mañana —dijo Jed, viendo cómo Nick se alejaba.

—Por mí, estupendo —lo respaldó Brad, y echó a andar hacia el granero.

—Creo que tenéis razón. ¿Alguno de vosotros quiere compartir una limonada en el porche? —preguntó Ellie. Si no podía estar con Nick, ¿por qué no con uno o los dos jóvenes a los que tanto apreciaba?

—Yo quiero montar un rato —dijo Brad con un gesto amistoso.

—A mí no me importaría sentarme y no hacer nada —dijo Jed, y sonrió nerviosamente—. Eh, Ellie, no te lo dije el otro día, pero estás muy bonita con el pelo corto.

—Caramba, Jed, gracias. Me has alegrado el día —sonrió ampliamente al joven, conmovida por aquel bonito cumplido—. En cuanto traiga la limonada, nos sentaremos y hablaremos —dijo alegremente.

Ellie fue a buscar la limonada a la cocina. Sabía que Alberta siempre guardaba una jarra en la nevera.

Contempló la puerta cerrada de la habitación de Nick y se preguntó qué estaría haciendo. Pasaba mucho tiempo en su habitación. Cuando todo el mundo se reunía a ver la tele o a jugar a las cartas por las noches, él se disculpaba y se encerraba en su cuarto.

¿Siempre había sido un hombre tan solitario, o se debía a su pasado más reciente?

Ojalá se sintiera lo bastante cómoda con él para preguntarle por qué pasaba tanto tiempo solo. Tal vez algún día reuniría el valor.

La racha de calor se prolongó hasta el día siguiente. Ellie se levantó y se puso unos vaqueros cortos y un top ceñido. Se había estado poniendo las camisetas cortas que Kat le había escogido durante varios días y le gustaban. Era el momento de estrenar los pantalones cortos. A fin de cuentas, cavar al sol no era una tontería.

Sería mejor ponerse algo fresco, ¿no?

Dejó las gafas en la mesita de noche y bajó las escaleras. A lo lejos todo aparecía un poco borroso, pero podía ver de cerca y no tendría que ajustarse las gafas una y otra vez mientras cavaba.

Empezaron a trabajar en el estanque después de desayunar. Ellie sacó la cámara e hizo fotos de todos sus huéspedes, de los ayudantes del rancho y de Gus y Alberta. La mujer insistió en tomar una foto de grupo con Ellie en el centro.

Ellie le paso ceremoniosamente el pico a Nick, y Jed y Brad empuñaron las palas.

—Declaro la obra del estanque oficialmente empezada.

—¿No quieres dar el primer golpe? —preguntó Nick en tono sarcástico.

Ellie sonrió, confiando en que la excitación que reinaba se debiera a la festividad de aquella mañana.

—No, gracias, el honor es todo tuyo.

Nick asintió, elevó el pico por encima de su cabeza y lo hincó en el suelo. Todo el mundo vitoreó. El proyecto había sido oficialmente inaugurado.

En cuestión de minutos, solo quedaron Ellie, Nick y Jed.

—Según parece, hoy el equipo somos nosotros —declaró Ellie.

—Todo el mundo participa —dijo Nick, empuñando otra vez el pico—. Los demás tienen turnos asignados por las tardes o durante el fin de semana.

Ellie lo observó, disfrutando del ritmo relajante del trabajo de Nick. Elevaba el pico por encima de su cabeza, lo hincaba en el suelo duro, levantando nubes de polvo, hasta que se formaba una capa de tierra lo bastante grande para que la pala lo recogiera. Sus músculos se movían bajo la piel,tensándose por el esfuerzo de romper la tierra. Ellie contempló, fascinada, los movimientos fluidos de su cuerpo.

Jed se acercó y recogió la tierra con la pala antes de echarla en una carretilla. Cuando se llenó, se alejó con ella hacia los corrales. Nick había planeado extender allí la tierra.

A eso de las diez, Ellie entró en la casa en busca de refrescos. En cuanto se fue, Nick se inclinó sobre el pico, tomando un respiro. Había estado intentando ignorar la presencia de Ellie toda la mañana, pero durante los últimos minutos había perdido la

habilidad, consciente todo el tiempo de su mirada. Se estiró y trató de relajar los músculos. Ya podía notar el cansancio, y sabía que al día siguiente estaría dolorido. Pero le gustaba hacer ejercicio, lo ayudaba a disipar su odio y a olvidar. Claro que la presencia de Ellie le hacía olvidar de una manera totalmente distinta. Y eso era peligroso.

El sol brillaba en lo alto del cielo y el top ceñido y los pantalones cortos que llevaba subían aún más la temperatura de su cuerpo. Se quitó la camisa y se secó la frente.

Después de arrojarla a un lado, tomó el pico y volvió a empezar. Tal vez podría trabajar hasta agotarse y dormir toda la noche sin fantasear con aquella mujer.

Ellie lo interrumpió momentos después con un gran vaso de limonada tría.

—¿Qué tal vas? —preguntó, deslizando la mirada por sus hombros y su tórax. Nick se sintió como si midiera tres metros. Parecía que quisiera devorarlo con los ojos.

Unas sensaciones turbulentas se apoderaron de él mientras aceptaba el vaso. ¿Cómo sería sentir sus manos por su cuerpo? ¿Dejar que sus dedos acariciaran su piel, atormentándolo?

Bebió el refresco deprisa, rehuyendo su mirada ávida. Maldición, lo estaba volviendo loco.

—La tierra está más dura de lo que pensaba —dijo Nick, secándose el sudor de la cara. Después de apurar la limonada, la miró—. ¿Quieres probar?

Ellie arrugó la nariz.

—Ahora que veo lo dura que está, creo que no.

—Chica lista —le pasó el vaso. Sus dedos se tocaron levemente y Ellie sintió un hormigueo allí donde entraron en contacto. Nick no pareció darse cuenta.

Ellie dio un paso atrás, observándolo mientras trabajaba. El movimiento de sus músculos cuando subía y bajaba los brazos era estimulante y lo devoró con la mirada. Ansiaba deslizar los dedos por sus hombros, por su pecho, sentir sus músculos bajo los dedos, deslizar las manos por todo su cuerpo delgado y musculoso.

Pero Nick no había mostrado interés en ella, solo una breve caricia en la mejilla después de que se fueran sus amigos. Por el amor de Dios, se regañó, había estado sin una mujer durante tres

largos años. De tener el más mínimo interés, habría dado ya el primer paso.

—No quiero cavar con este calor, pero me gustaría ayudar de alguna forma. ¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó Ellie.

—Con esos pantalones indecentes, tu única contribución es la distracción —comentó.

—Hoy hace calor. Quiero estar fresca —replicó Ellie, sorprendida al principio, luego encantada al ver su expresión. ¿Así que su atuendo lo turbaba?

—Yo también quiero estar fresco, peroviéndote con esos pantalones, me resulta imposible.

Ellie rio con suavidad.

—Entonces, no mires —dijo provocativamente, y tomó otra pala para ayudar a Jed cuando regresara con la carretilla.

Nick la ignoró, levantando el pico para hincarlo con fuerza en la tierra una y otra vez. Tal vez pudiera agotarse y olvidar el cuerpo esbelto de Ellie... su cuerpo esbelto y sexy. Volvió a hincar el pico y tragó saliva mientras cambiaba ligeramente de postura para no verla por el rabillo del ojo. Claro que no necesitaba tenerla delante para verla. Su mente había grabado todos sus ángulos y se deleitaba en recordar cada detalle.

Dentro de los confines de sus objetivos personales, intentaría que aquel programa funcionara. Pero Ellie estaba jugando con fuego. Si no tenía cuidado, la arrojaría sobre el suelo y le enseñaría lo que la ropa ajustada y provocativa despertaba en un hombre. Era inteligente, encantadora y endiabladamente sexy... pero, a no ser que fuera la mujer más inocente que había conocido, lo estaba incitando a un juego de seducción muy, muy peligroso.

Después de cenar, Ellie se disculpó temprano para darse un buen baño caliente. Estaba agotada y ansiaba meterse en la cama. A través de la ventana oyó cómo los demás seguían trabajando en el estanque. Era un buen proyecto, mantendría unido al grupo y los enseñaría a trabajar en equipo por un logro común.

Se metió en la cama, demasiado cansada incluso para leer. Pero no para pensar. De nuevo se preguntó qué haría Nick enclaustrado en su habitación. Pasaba allí largas horas, pero nunca escuchaba la radio. ¿Leería? ¿Pensaría?

Se despertó horas después con el cuello dolorido y una sed

espantosa. Miró la hora y vio que era la una y media. Parecía más tarde. Suspirando, apartó a un lado la sábana, se puso la bata y bajó con los pies descalzos hasta la cocina. En la casa reinaba el silencio, todos dormían. La luna bañaba la habitación con su luz, iluminándola lo bastante para que Ellie buscara un vaso y bebiera un poco de agua.

Bebió con avidez, saciando su sed. Luego dejó el vaso con cuidado en la pila, intentando no hacer ruido para no despertar a Nick.

Oyó un ruido fuera. Antes de que pudiera investigar, la puerta de atrás se abrió de par en par.

—Caramba, me has dado un susto de muerte —declaró, llevándose la mano al corazón—. Pensaba que estabas durmiendo. ¿Es que Gus no ha echado la llave?

—Supongo que pensó que tú lo harías. Te acostaste temprano.

—Cavar resulta agotador. ¿Qué haces levantado?

—Fui a dar un paseo —Nick cerró la puerta y paseó la mirada por la figura esbelta de Ellie. El color melocotón de su bata realzaba el tono suave de su piel, y su escrutinio tino de rubor sus mejillas, intensificando el azul de sus ojos. La bata escondía casi todas sus curvas, pero él las recordaba gracias a su provocativo atuendo de aquella mañana. Sus piernas aparecían moldeadas bajo la bata. Parecía suave y cálida y somnolienta. Y lo bastante sexy como para tentar a toda la población masculina de California.

Nick volvió a mirarla a la cara.

—Bajé a beber agua —señaló el vaso de la pila, ansiosa por romper el silencio, temerosa de que oyera los latidos frenéticos de su corazón y supiera los estragos que causaba en ella con solo mirarla.

Era tan alto que tuvo que echar la cabeza hacia atrás cuando se acercó. Sus ojos tenían un suave color plateado y sus labios esbozaron la media sonrisa que exhibía cuando estaba relajado. ¿Por qué no decía nada?

Nick dio otro paso más y levantó la mano con suavidad. Deslizó lentamente un dedo por su mejilla, mandíbula y cuello hacía el escote de su bata. Su dedo dejó un rastro de fuego por su piel, robándole el aliento, forzándola a respirar entrecortadamente.

Ellie se inclinó hacia Nick, atraída por él como desde el día en

que lo había visto por primera vez. Se olvidó de la razón por la que estaba allí, de su desconfianza hacia las mujeres. Solo era consciente del deseo de una mujer por un hombre en particular. Su cuerpo ansiaba sus caricias y el roce de su piel, su boca anhelaba su sabor y la pasión que despertaría necesidades dormidas.

Nick fue a su encuentro, lentamente, bajando la cabeza hasta que sus labios cálidos tocaron los de Ellie y los atraparon. Antes de que ella pudiera apenas respirar, la rodeó con el brazo para apretarla contra él. Sus labios se movieron, ejerciendo una presión urgente hasta abrir su boca y saborear su dulzura y su resistencia, hundiéndose en la humedad aterciopelada que ella le ofrecía.

Su cuerpo estaba tenso y ardiente al contacto con la caricia delicada de su bata. Nick la apretó contra él, hundiendo sus caderas en las suyas, y sus senos entraron en contacto con los músculos férreos de su pecho. Ellie sintió cómo la piel le ardía allí donde la tocaba con fiera intensidad.

Se olvidó de dónde estaba, de lo que había estado haciendo. Solo podía sentir: los labios de Nick sobre los suyos, sus manos en la espalda, la sensación sólida de su cuerpo.

Hundió los dedos en sus gruesos cabellos y acarició la fuerte columna de su cuello, sus hombros robustos y anchos, mientras Nick la estrechaba con fuerza. Ávidamente se deleitó con aquella sensación. El calor de su cuerpo parecía traspasar la bata y el camisón, fundiéndose con el calor que crecía en su interior.

Ellie tensó los brazos, y sus dedos buscaron ávidamente más descubrimientos: el tacto áspero de su barba incipiente, el pelo grueso que llevaba demasiado largo, el pulso fuerte en la base del cuello, los contornos y la forma de sus hombros, de sus bíceps.

El mundo daba vueltas y se precipitaba a su alrededor, como si un caleidoscopio de colores hubiera estallado en su mente. El aroma de Nick impregnaba el aire, y ella lo inspiraba con avidez. Si el tiempo se detenía en aquel mismo instante, lo único que lamentaría sería no continuar aquel beso.

Después de un instante maravilloso y eterno, Nick se puso rígido y se apartó lentamente, bajándole los brazos del cuello y dando un paso atrás.

Ellie no quería que el beso acabara, pero Nick se retiró. Abrió los ojos y lo miró. Tenía una expresión remota. Se estremeció

ligeramente al sentir el aire fresco de la noche en torno a su acalorado cuerpo.

—Lo siento, Ellie, no debería haber hecho esto. Será porque hace años que no he tenido a una mujer. No volverá a pasar.

El momento de alegre deleite, de felicidad gloriosa y sueños fugaces se desvaneció.

Por temor a que la voz le temblara y la delatara, Ellie se limitó a mover la cabeza. Con un tremendo esfuerzo, elevó las comisuras de los labios a modo de sonrisa y se volvió para irse, cegada por las lágrimas que llenaron repentinamente sus ojos.

—Buenas noches —consiguió murmurar.

Con la cabeza bien alta, consiguió llegar a las escaleras, pero una vez fuera de su vista, perdió el control. Las rodillas le fallaron y se derrumbó sobre los peldaños, derramando lágrimas sobre sus mejillas. El dolor en el pecho era tan fiero como el deleite que había experimentado momentos antes. Se mordió el labio inferior, negándose a hacer ruido hasta no haberse refugiado en su habitación.

Subió las escaleras a rastras, anhelando el olvido. Una vez en su cuarto, cerró la puerta con cuidado antes de arrojarse sobre la cama y enterrar el rostro en la almohada para ahogar sus sollozos.

Solo la había besado porque hacía años que no había tenido a una mujer. No porque ella fuera especial, o porque le gustara su corte de pelo o su ropa nueva. Por un momento mágico y maravilloso, Ellie había imaginado que deseaba besarla. Que no había podido contenerse.

Pero luego había roto su sueño. Era una mujer, estaba disponible, y hacía años que no estaba con ninguna.

Sintió el rubor ardiente de la vergüenza por todo su cuerpo. ¿Como iba a mirarlo a la cara a la mañana siguiente? ¿Y si les contaba algo a los demás? ¿Y si todos se enteraban de que se había arrojado a sus brazos y lo había seducido para besarla? Y que él había accedido no porque la deseara a ella, sino porque llevaba tanto tiempo sin una mujer que cualquiera hubiera servido.

Agotadas las lagrimas, se deslizó debajo de las sábanas e intentó dormir. No era lo peor que le había pasado en la vida, aunque por unos segundos, lo había sentido así. Lentamente se dejó arrastrar por el sueño, reviviendo en su mente aquel glorioso beso, la delicia

y el placer que había supuesto, aunque solo hubiera sido por un instante. Nick Tanner era sin duda el hombre mássexy y deseable que había conocido, y durante un momento maravilloso, la había hecho sentirse especial.

Nick estaba tumbado a oscuras en la cama llamándose de todo, apretando los dientes hasta que la mandíbula le dolía, intentando olvidar el cuerpo dulce de mujer que acababa de tener en sus brazos. Dios, ardía de deseo insatisfecho. Ellie era bonita de una forma fresca y maravillosa que no había apreciado cuando vivía en la ciudad. No tenía artificio, ni juegos tontos para ofrecer lo que en realidad no había.

Con el pelo revuelto en torno a su rostro, las mejillas sonrojadas y dulces, y los ojos somnolientos, estaba tan bonita como un amanecer. Ansiaba ver aquella suave masa de pelo sobre su almohada, y sus ojos llenos de deseo por él.

Maldición, pensar en ella no lo estaba ayudando. Debía darse una ducha fría o dar otro paseo.

Cerró los puños. No tenía nada que ofrecerle. Ni siquiera era un hombre libre todavía.

Y había aprendido bien la lección: nunca debía confiar en una mujer. Claro que eso no apagaba el deseo.

Y deseaba a Ellie. Quería despojarla de su suave camisón de encaje y verla desnuda en su cama, esperando sus caricias. Quería más besos que le abrasaran el alma. Quería que ella estuviera tan ansiosa por él como él por ella, que lo tomara...

Tenía que parar o se volvería loco. Lo último que necesitaba era complicarse la vida. Había fijado su rumbo y se mantendría en él. Solo.

Capítulo 8

A LA MAÑANA siguiente, Ellie hizo lo posible para actuar con normalidad a pesar de que el beso de Nick seguía grabado en su mente. Lo saludó con la serenidad y amabilidad acostumbradas, recurriendo a la fortaleza que había desarrollado tratando a un viejo excéntrico que veía faltas en todo. Aunque no pudo mirarlo directamente a los ojos, al menos nadie hizo ningún comentario fuera de lo normal.

Dando gracias por la presencia de los demás en la mesa durante el desayuno, rápidamente preguntó qué planes tenían para el día, ignorando a Nick lo más posible.

Jed y Brad se ofrecieron para turnarse en el estanque. Kat miró a Nick.

—Podría ayudar esta noche, después de la cena, si me dices qué hay que hacer, Nick.

Nick la miró y asintió, pero no dijo nada. Como no era hablador, nadie hizo ningún comentario sobre su silencio. Kat sonrió y pareció alegrarse.

Terminado el desayuno, Ellie sintió que podía seguir adelante con su vida. Nada había cambiado en realidad. Solo había sido un beso. Los hombres y las mujeres se besaban muchas veces sin trascendencia alguna. Terminado el programa, Nick se marcharía y no volvería a verlo nunca más.

Y Ellie seguiría acogiendo a otros huéspedes para intentar influir positivamente en sus vidas. Tomó su taza de café y salió a sentarse al porche. Por un largo momento pensó en Bobby. Lo había querido con fervor. Al aparecer en casa de su padre como una niña tímida y asustada que acababa de dejar atrás todo lo que había conocido, él había sido la luz de su vida, dándole la bienvenida a su nuevo hogar y tratando de suavizar su añoranza.

A menudo le decía que la comprendía. Su madre había sido la primera esposa de su padre, de la que él se divorció cuando Bobby era un bebé para casarse con la madre de Ellie. Bobby no había conocido a su padrehasta que su madre lo había abandonado un día bruscamente. Sin otro sitio a donde ir, lo habían enviado a casa de su padre.

Tenían eso en común.

Pero Bobby tenía cinco años más y ya se estaba rebelando contra el destino uniéndose a una pandilla, buscando una sensación de pertenencia y logro con jóvenes gamberros en lugar de en entornos más aceptables. Por desgracia, en su intento por demostrar su valía en la pandilla, lo habían detenido intentando robar una tienda y había pasado dos años en la cárcel.

Lo había amado a pesar de sus defectos, y todavía sentía la angustia de su muerte. De haber tenido un lugar a donde ir al salude la cárcel, de haber podido vivir en el rancho en lugar de unirse de nuevo a la misma pandilla que le había causado problemas la primera vez, tal vez siguiera vivo todavía. En cambio, un tiroteo entre coches de dos bandas rivales había puesto fin a su vida a los diecinueve años.

Ayudar a Brad y a Jed también la ayudaba a aliviar su culpa por no haber podido hacer nada por salvar a su propio hermano después de todo lo que él había hecho por ella. Demasiado joven a los catorce años para buscar una salida, todavía sentía el rencor que había experimentado al saber que su padre podría haber ayudado a Bobby y no lo había hecho.

Apuró su taza de café y se desembarazó de su estado de ánimo pensativo. Tenía trabajo que hacer… y no incluía dejarse abatir por el pasado.

El día pasó con rapidez. Ellie trabajó con sus pinturas, mirando de vez en cuando por la ventana para ver a Brad y a Nick trabajando en el estanque. Poco a poco, el hechizo del beso perdió fuerza. Nick no le había dado ninguna importancia. No había miradas de soslayo, ni insinuaciones, ni comentarios provocativos. Empezó a relajarse. Nada había cambiado.

Aquella noche, Ellie se reunió con los demás junto al estanque. Kat coqueteaba con Nick; Ariel y Jed reñían como tenían por costumbre; Brad era el que trabajaba con más ahínco. A Ellie le gustaba contemplar la dinámica del grupo, ver cómo aprendían y poco a poco iban perdiendo sus patrones de conducta negativos.

El estanque había sido una buena idea, pensó mientras sus ojos se posaban involuntariamente en Nick. Sus huéspedes estaban trabajando juntos para llevar a cabo un proyecto. Debería estar contenta.

Entonces, ¿por qué se sentía al margen?

A la mañana siguiente, Ellie se despertó antes de lo normal y pensó en preparar ella el desayuno. No solía apetecerle, pero cuando estaba de buen ánimo, lo hacía. A Alber—ta la encantaba su trabajo, pero no le importaba que los demás le echaran una mano de vez en cuando.

Ellie estaba enfrascada en la preparación de los panecillos, poniendo el cuenco a remojo en la pila después de extender y cortar la masa, cuando vio a Nick que salía del granero. No sabía que estuviera despierto, nadie más se movía en toda la casa. ¿Qué estaba haciendo vestido y levantado? ¿O acaso no se había acostado?

—¡Ellie! —la voz de Nick reflejó sorpresa cuando entró en la cocina—. Pensé que Al—berta se había levantado temprano.

—¿Cuánto hace que estás levantado? —inquirió.

Nick entornó los ojos y se puso a la defensiva. Intrigada, Ellie lo observó. Era como si pudiera ver las barreras elevándose a su alrededor.

—Desde hace un rato —vaciló un momento, luego se encogió de hombros y dejó la cesta de huevos en el mostrador—. No podía dormir, así que fui a recoger los huevos. ¿Quieres venir a ver lo que ha hecho una de tus estúpidas gallinas? —preguntó.

—¿Qué?

—Ven y lo verás —dio un paso atrás y abrió la puerta para ella.

Caminando junto a Nick mientras se secaba las manos, Ellie se preguntó si haría alguna mención de su beso aprovechando que estaban solos, pero permaneció callado hasta que entraron en el cavernoso granero. Nick se paró a pocos metros y señaló hacia arriba. En equilibrio sobre una estrecha viga debajo de los pares del tejado, había un enorme huevo marrón.

—¿Cómo ha podido ponerlo ahí? —preguntó Ellie, contemplando el huevo con sorpresa—. ¿Por qué no se ha caído?

—No lo sé —dijo Nick, moviendo la cabeza—. No sé cómo ha podido mantener tantotiempo el equilibrio para ponerlo.

—Ojalá lo hubiese visto —exclamó Ellie con una amplia sonrisa, tratando de imaginar una gallina en la estrecha viga. Tendría que decírselo a Margot, sería una buena escena para un libro—. ¿Puedes bajarlo? —a pesar de lo alto que era, la viga quedaba fuera de su

alcance.

Nick asintió y miró a su alrededor. Divisó un cubo cercano y lo colocó boca abajo debajo de la viga. Justo cuando sus dedos tocaban el huevo, el cubo empezó a hundirse por un lado.

—¡Cuidado! —gritó Ellie, asustada. No quería que se cayera.

Perdiendo el equilibrio, y sobresaltado por su grito, Nick rozó el huevo y lo hizo caer justo cuando él saltaba al suelo. El huevo cayó lentamente y aterrizó en su cabeza sobre su ceja izquierda.

Ellie se echó a reír. Nick le lanzó una mirada furibunda.

—¿Estás bien? —preguntó, recobrando el aliento entre los ataques de risa—. Toma, usa este paño para limpiarte —se acercó para secarle parte de la yema del rostro y quitarle grandes trozos de cascara de la cabeza—. Dicen que los champús al huevo son buenos para el pelo —lo consoló, riendo con suavidad, extendiéndole parte del líquido en el pelo.

—Gracias. La próxima vez, póntelo tú —le restregó parte de la clara por la cabeza.

—¡Qué asco! —Ellie retrocedió y le arrojó la toalla. Nick la atrapó con una mano, pero con la otra se quitó un poco más de huevo de la cara.

—Lo compartiré —se ofreció, enseñándole la mano. La yema se colaba entre sus dedos y salió del granero detrás de ella.

—No, no quiero —Ellie dio media vuelta y corrió hacia la cocina con Nick pisándole los talones—. No, no me pongas esa cosa asquerosa encima —chilló mientras corría. Al llegar a la puerta de alambre, intentó abrirla, pero Nick la cerró con un brazo y la inmovilizó entre él y la puerta.

Ellie se volvió para encararse a él.

—¡No te atrevas!

—Claro que me atrevo —deliberadamente, Nick le cubrió el rostro con el huevo que seguía goteando entre sus dedos, riéndose mientras ella se retorcía.

—Tienes razón, es divertido —dijo en tonoinocente, y su mano izquierda seguía sujetando con firmeza la puerta de la cocina.

—Espera y verás —lo amenazó mientras se ponía fuera de su alcance—. No sé cómo, pero me vengaré. Dios mío, esto es asqueroso.

—Hablas como una niña. Es tu gallina y tu huevo. Lo justo era

compartirlo.

—Si no fueras tan torpe, no se habría caído.

—Ah, qué bonito. Fue tu cubo el que se rompió.

—Solo porque pesas demasiado.

—Ah, así que ahora resulta que estoy gordo —se acercó otra vez a ella con aspecto amenazador.

—¡No, Nick, ya no más! —Ellie trató de protegerse entre risas.

No podía esquivarlo. La aprisionó entre sus brazos, aplastándola contra la puerta de la cocina mientras la amenazaba de nuevo con el líquido pegajoso.

—No estoy gordo, solo fuerte —le dijo.

—Sí que lo estás —su risa se disipó a la vez que su cuerpo se encendía. Ellie no sabía que su piel fuera tan sensible, incluso debajo de la ropa. Era consciente de cada centímetro de aquel hombre, desde sus brazos cálidos y fuertes a su sólido pecho y sus piernas largas y musculosas. Todas sus terminaciones nerviosas anhelaban su roce, su calor. Estaba atrapada, pero no tenía deseos de soltarse.

Lo miró a los ojos. Le pareció lo más natural del mundo ofrecerle una sonrisa lenta y seductora. No importaba que su corazón se hubiera desbocado, ni que las imágenes que se sucedían en su mente tuvieran calificación X. No cambiaría nada de aquel momento.

—No pienso que estás gordo —le dijo con suavidad—. Creo que eres muy fuerte. Sobre todo cuando cavas el estanque —con atrevimiento, extendió la mano para tocar sus bíceps.

La sonrisa de Nick se disipó y contempló sus hermosos ojos azules. ¿Cuándo se había quitado las gafas? Eran de un azul intenso y brillante, enmarcados por unas pestañas largas y negras. Quería perderse en aquellos ojos, en la inocencia que atraía. Sintió oleadas de calor y se puso duro solo de estar a su lado. Recordaba cada segundo del beso de la noche anterior como si su cerebro lohubiese grabado. ¿Alguna vez olvidaría aquella noche?

Ellie permaneció en silencio y el silencio se prolongó.

Lentamente, Nick bajó la cabeza. Si no lo deseaba, se lo diría. Lo empujaría.

Pero Ellie no se movió, y Nick la rodeó con sus brazos y atrapó sus labios con un beso ardiente.

Ellie estaba perdida. Solo podía sentir a Nick, pensar en Nick, respirar a Nick. Olvidando el huevo pegajoso de la cara, se dejó engullir por su calor. El tiempo se paralizó y no supo si era de día o de noche o la eternidad. Con los ojos cerrados para bloquear el mundo, se dejó arrastrar por el momento, hundiendo los dedos en sus cabellos gruesos, entregándose a las sensaciones que la recoman a oleadas.

Años luz después, Nick se apartó lentamente y la miró con expresión perpleja.

Ellie tenía miedo de hablar. No sabía qué decir que no echara a perder el momento. Se humedeció los labios, todavía saboreándolo. Inspiró hondo y podía olerlo, sentir su calor y su intensa fragancia masculina. Tragó saliva e intentó esbozar una trémula sonrisa.

—Eres una mujer hermosa, Ellie. Todo hombre tiene un límite para la tentación —le dijo, acariciando el rastro seco de huevo de su mejilla. Luego dio un paso atrás.

Ellie sintió calor, frío, confusión.

Nadie le había dicho nunca que era hermosa. El cumplido se le subió a la cabeza como el champán, burbujeando y explotando en sensaciones de puro deleite.

Sonó el teléfono de la cocina y Ellie corrió a contestar sintiéndose como si la campana la hubiera salvado. Se oían ruidos en el piso de arriba pero las chicas todavía no habían bajado. Con el corazón agitado, Ellie tomó el auricular.

Era Margot.

—Hola, *chérie.* Perdona que te llame tan temprano, pero quería saber si podrías venir a cenar está noche para que ultimemos los detalles del libro. ¿Te parece bien? Tráete a Nick. Así Philip tendrá a alguien con quien hablar mientras tú y yo trabajamos.

—Espera, se lo preguntaré —se volvió y vio a Nick entrando por la puerta. Le sonrió—. Es Margot. Me ha invitado mañana a cenar, ¿quieres venir? —le preguntó.

Nick se quedó callado por un momento, luego movió la cabeza lentamente.

—No, no quiero. No vamos a empezar a hacer cosas juntos. Un beso no significa nada, Ellie. No veas las estrellas por un par de besos. No soy parte de una pareja ni pienso serlo —la aspereza volvía a impregnar su voz. La tristeza llenaba sus ojos.

Ellie se sorprendió por el estallido de dolor que sintió al oír sus palabras. ¿Acaso pensaba que estaba intentando emparejarlos? ¿Que estaba tan ávida de afecto masculino que había exagerado la trascendencia de unos besos?

Nick no tenía motivos para pensar así; Ellie sabía mejor que nadie que eso era imposible. Disimulando su dolor y vergüenza, volvió a acercarse el auricular y habló con voz alegre, aunque la garganta le dolía con lágrimas no derramadas.

—Margot, me acercaré a eso de las seis. Philip tendrá que contentarse con su propia compañía, porque Nick no puede ir.

—Eh bien. Trae las pinturas y haremos un repaso final para ver cuándo podemos dar este libro *por finí.*

Ellie colgó y sin mirar a Nick, se alejó escaleras arriba.

Nick se apoyó en la encimera para verla marchar. Se sentía como un imbécil que hubiese dado una patada a un cachorro. Podría haber ido. Philip y Margot le habían caído bien.

Pero no habría podido soportar el trayecto de ida y vuelta a solas con Ellie. Sobre todo, el regreso en la oscuridad, con su dulce cuerpo tan próximo al suyo en la camioneta. El suave aroma que emanaba de ella, como la luz del sol y las flores silvestres, lo volvía loco durante el día. Cada vez le costaba más no ponerle las manos encima. No necesitaba otra tentación.

A Margot le encantó el corte de pelo de Ellie.

—Ah, *chéríe,* es perfecto. Muy chic. ¿Te gusta?

Ellie asintió, todavía un poco nerviosa por su nueva imagen.

—¿Y a Nick, le gusta? —preguntó Margot en tono picaro.

—Supongo que sí —contestó Ellie con naturalidad, encogiéndose de hombros.

—Esperaba algo más, *vraiment.*

—Lo sé. En serio, Margot, no hay nada entre nosotros. No es más que uno de mis huéspedes de Manos Amigas. En cuanto cumpla su pena, se marchará.

—No tiene por qué.

—Ojalá pensara como tú, pero no puedo —se acomodó en su silla y, mientras saboreaba el vino que Margot le había servido, le explicó lo que había averiguado sobre Nick y Sheila y los motivos de su encarcelamiento.

—Así que una mujer se aprovechó de él. *Pauvre homme.* Pero,

chérie, lo importante es lo que sentís Nick y tú.

—Bueno, Nick no siente nada por mí. Solo soy una persona que lo está ayudando a reemprender su camino —y lo que ella sentía por él no estaba abierto a debate. No quería examinar sus emociones con demasiada profundidad. Todas las personas a las que había amado la habían abandonado. Si se permitía enamorarse de Nick, tampoco él sería una excepción.

—Como quieras, *chérie* —Margot guardó silencio.

Después de cenar, se centraron en el libro. Margot había terminado el borrador final y Ellie casi había completado todas las ilustraciones... solo le quedaban dos por retocar. Combinarían ambas partes y se las enviarían a su agente.

Ya era tarde cuando Ellie detuvo el coche en el rancho. Tam se levantó del porche delantero y corrió hacia ella moviendo la cola. La casa estaba a oscuras excepto por la luz del pasillo. Todos estaban ya acostados.

—Hola, viejo amigo, ¿cómo estás? —le hizo carantoñas a su perro, contenta de verlo. Siempre le daba la bienvenida. Era la única criatura a la que no le importaba si era parte de una pareja, desconocía las expectativas de la sociedad y nunca la abandonaría.

Oyó un crujido en el porche. Al acercarse a paso lento, distinguió a Nick en el balancín, meciéndose suavemente.

—Hola —la saludó Nick—. Siéntate un poco.

—Está bien —se sentó con cautela en un extremo del balancín y dejó que Nick lo pusiera de nuevo en movimiento.

El cielo estaba plagado de estrellas que brillaban intensamente sobre el negro ater—ciopelado de la noche. En el silencio, Ellie podía oír el suave cloqueo de las gallinas, los cascos de un caballo en el corral. Era apacible.

—¿Habéis terminado con el libro? —preguntó Nick.

—Casi. Hemos acordado reunimos otra vez y así enviar el libro completo a nuestro agente. La cena estaba deliciosa. Margot es tan buena cocinera como Alberta. Dijeron que confiaban en que pudieras ir en otra ocasión —concluyó en tono casual.

—Fui un idiota al no ir esta noche —dijo Nick inesperadamente.

—¿Entonces, por qué no fuiste? —Ellie sintió que el corazón empezaba a latirle más deprisa. Quería verlo, pero la oscuridad solo le permitía distinguir su silueta sobre el cielo estrellado.

—Por razones tontas —le dijo, pero no se explayó.

—Quieren ser amigos tuyos. Yo también quiero ser tu amiga —dijo con suavidad.

—A veces, Ellie —repuso Nick deslizando los dedos por su mejilla y apoyando la palma de la mano en su cuello—. A veces quiero ser algo más que tu amigo.

Ellie no dijo nada, le habría resultado imposible. Apenas podía respirar. Su roce causaba estragos en sus sentidos. Sintió el hormigueo hasta los dedos de los pies y ansiaba que la besara, pero tenía miedo de moverse.

Nick le puso las manos suavemente en sus brazos y la arrastró hasta que sus muslos entraron en contacto. Le estaba dando tiempo de sobra para que se apartara si así lo deseaba. Ellie alzó la vista y lo miró, deseando saber qué era lo que Nick quería, qué sentía por ella.

Con un gemido ahogado, Nick la levantó en brazos y la sentó en su regazo. Sus labios encontraron los suyos en la oscuridad.

Para mantener el equilibrio, Ellie le rodeó el cuello con el brazo, levantó el rostro con expectación y un suave suspiro brotó de sus labios. Aquello era exactamente lo que quería. Él debía de querer lo mismo, pensó.

No fue un beso suave. La estrechó entre sus brazos de granito con tanta fuerza que pudo sentir un botón de su camisa sobre su seno izquierdo. Su boca estaba ardiente y húmeda mientras la exploraba. Nick entreabrió sus labios temblorosos y recorrió el terciopelo de su boca con la lengua para luego unirla a la suya en un baile sensual tan antiguo como el tiempo. La pasión del beso borró todo pensamiento. Ellie absorbió el cuerpo de Nick, ansiando sus caricias, y se apretó contra él buscando la satisfacción.

Nick deslizó la mano por su espalda, palpando sus suaves contornos. Después la separó un poco para acariciar suavemente uno de sus senos, notando cómo se henchía bajo su roce. Deslizó la mano por debajo de su suave top de algodón y acarició el pezón parcamente cubierto por su sujetador de encaje.

Soltó el broche y rodeó su cálida redondez con la palma callosa de su mano. Su pulgar la atormentó, volviéndola loca de deseo.

Ellie se movió para darle mejor acceso, para saborear las deliciosas sensaciones que estallaban bajo su mano, sensaciones que

la llevaban al borde del abandono sensual.

—Me gusta tocarte. Eres tan suave y sedosa, dulce y ardiente —Nick le levantó la barbilla y dejó un rastro de besos fieros por su cuello.

Ellie se sintió como si estuviera flotando en una nube de felicidad y sensualidad. Nick aprendía sus curvas y contornos con mano ardiente. Sus labios se deslizaron aún mas abajo, y Ellie empezó a sospechar cuál era el destino final. Ella movió los dedos por la piel suave de sus hombros, la piel vellosa de su pecho, memorizándolo.

—Hace tanto tiempo que no he tenido a una mujer —dijo Nick mientras sus labios se movían por la suave redondez de su seno.

Fue como un jarro de agua fría. Ellie forcejeó y les hizo perder el equilibrio. El balancín se movió sin control, amenazando con tirarlos a los dos.

—¿Qué...? —Nick trató desesperadamente de recuperar el equilibrio e inmovilizó el balancín.

—No me deseas a mí —lo empujó con los puños cerrados—. Aceptarías a cualquier mujer que pasara a tu lado. Suéltame —Ellie volvió a empujarlo y cayó al porche cuando él la soltó.

—Ellie...

—Cállate.

Se puso en pie y se bajó la blusa, con el sujetador todavía desabrochado y los senostodavía sensibles a sus caricias. Giró sobre sus talones y corrió al interior de la casa, sintiéndose destrozada. ¿Cómo podía haberse dejado engañar por su propia fantasía? Los hombres solo pensaban en sí mismos. ¿Acaso los años que había vivido con su padre no se lo habían demostrado? Incluso Bobby, al que adoraba, había buscado sus propias emociones. ¿Por qué Nick iba a ser distinto?

Deseaba a una mujer porque hacía tiempo que no tenía a ninguna. Cualquier mujer le habría servido. Mordiéndose el labio, decidida a no llorar, Ellie subió las escaleras como alma que llevara el diablo. Al llegar a su habitación dio un portazo, poniendo fin de aquella forma a sus sueños, sus esperanzas, sus anhelos. Apretó los dientes. ¡No estaba dispuesta a llorar!

Capítulo 9

MIENTRAS se secaba después de la ducha a la mañana siguiente, Ellie se estudió delante del espejo. El pelo se le rizaba nada más secarlo con la toalla y le hacía parecer más joven. Acercándose, se alegró al ver que apenas tenía arrugas en torno a los ojos, y al sonreír, se dio cuenta de que eran arrugas de expresión. Menos mal que eran más de reírse que de llorar, pensó con alivio, acordándose de su padre.

Su figura todavía era esbelta, los senos firmes, el estómago plano, las caderas suavemente redondeadas. Aún podía sentir las manos de Nick en su cuerpo como la había tocado la anoche anterior, acariciando sus senos hasta que creyó morir de deseo. Solo de pensarlo se quedaba sin aliento de anhelo.

—¡Basta! —se ordenó, y se apresuró a ponerse unos pantalones cortos y una camisa holgada de algodón. Se metió las gafas en el bolsillo; así no tendría que ver la mirada de Nick ni su expresión burlona. Seguramente pensaba que se comportaba como un conejo asustado. Era una mujer adulta, debería haber afrontado mejor la situación.

Tal vez debería haber continuado.

La idea la tentó. ¿Habrían terminado en su cama? ¿Tan terrible habría sido? Solo cuando Nick se marchara al término de los tres meses. Entonces se quedaría destrozada, pero de todas formas, iba a sentirse así tanto si hacían el amor como si no. Tal vez debería acumular algunos recuerdos para atesorarlos el resto de su vida.

Mientras bajaba las escaleras, Ellie se preguntó cómo debía saludar a Nick. Con educación, desde luego. ¿Pero con afecto o con frialdad? Tal vez con reserva. Se secó las manos húmedas en los pantalones, inspiró hondo y entró en la cocina.

Ariel regresaba del jardín con una cesta de huevos. Miró a Ellie a los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Claro, ¿y tú?

—Yo no di un portazo ayer en mitad de la noche —repuso Ariel mientras dejaba la cesta de huevos en el mostrador cerca de Alberta. La mujer se volvió y observó a Ellie al oír el comentario de

Ariel.

Ellie notó cómo su mejillas se teñían de rubor. Confiando que no se notara mucho, intentó sonreír.

Nick salió de su dormitorio justo cuando Jed y Brad abrían la puerta de atrás de par en par.

—Hoy va a hacer más frío —dijo Brad, atrapando una tostada y dándole un mordisco, con el consiguiente manotazo en los dedos de Alberta. Sonrió a la mujer y se alejó corriendo a la mesa del comedor. Jed lo siguió, un poco más hábil al robar la tostada.

—Si sigue así, podemos comprar el cemento y echarlo antes de que acabe la semana —dijo Nick, caminando hacia la mesa. Se sentó y miró a Ellie, que se acercaba detrás de Alberta, las dos llevando sendas fuentes abarrotadas de comida—. Necesitaremos la ayuda de todos. ¿Crees que Gus podrá acomodar los planes del rancho para ese día?

—Por supuesto —dijo Ellie sin mirarlo a los ojos.

Nick asintió, y su mirada se posó enaquellos labios, ávida de ellos. Ellie se quedó inmóvil, mirándolo, viendo el deseo desnudo en su rostro, y se humedeció nerviosamente los labios. Nick cerró los ojos fugazmente y se volvió. Kat hizo su aparición.

—Buenos días a todos —balanceando las caderas hasta la mesa, sacó la silla contigua a la de Nick y le brindó una sensual sonrisa. Nick la saludó con una leve inclinación de cabeza y, satisfecha, Kat miró a su alrededor. Su expresión cambió de repente al ver a Ellie.

—¿Qué te pasaba anoche? Oí cómo dabas un portazo a eso de las doce.

—Fue una racha de aire —declaró Ellie con atrevimiento, negándose a mirar a Nick.

—¿Hacía viento anoche? —preguntó Jed.

—Un viento espantoso —murmuró Nick, con ojos brillantes de regocijo—. Escuchad, si el tiempo se mantiene así, el viernes haremos la base de cemento para el estanque.

Ellie caminó hacia el estanque, observando a Nick, a Brad y a Jed mientras se acercaba. Nick llevaba unos vaqueros cortados que se adherían a sus estrechas caderas y estaba desnudo de cintura para arriba. Los dos chicos iban vestidos igual.

Hacía más fresco que otros días pero el sol calentaba bastante. Nick estaba alisando la tierra, dando forma a la base del hoyo. Los

demás aplastaban la tierra lisa para prepararla para el cemento.

—¿Quieres que venga Philip a ayudar? —preguntó Ellie.

Nick levantó la vista y parpadeó por la intensidad de la luz.

—No nos vendrían mal sus consejos. Sabe más de esto que yo —repuso Nick sin parar de trabajar.

—Lo llamaré y veré si puede venir el viernes —dijo Ellie. Nick asintió.

Kat salió de la casa y se acercó a la obra. Los pantalones cortos que llevaba hacían que los de Ellie parecieran insulsos. Su camiseta corta enseñaba una franja lisa de abdomen bronceado.

—Formidable, Nick —gritó Kat.

¿El trabajo o el hombre?, se preguntó Ellie.

Jed levantó la vista.

—Todos estamos echando una mano, Kat. ¿Cuándo es tu turno?

—Trabajé la otra noche, ¿recuerdas? Y hoy también estoy aquí.

—Y el viernes —dijo Nick—. Trabajaremos todos juntos para echar el cemento.

Kat se miró las manos. Tenía las uñas largas y rojas.

—No quiero romperme las uñas —dijo con voz lenta, levantando los dedos para que Nick pudiera verlas.

—Entonces, ponte guantes —repuso Nick, y lanzó una mirada a Ellie—. ¿Querías algo más?

Ellie movió la cabeza, rehuyendo su mirada. Lo que quería y lo que podía afrontar eran dos cosas distintas.

—Solo estoy mirando.

—Chicos, ¿queréis algo de beber? —preguntó Kat sin apartar los ojos de Nick.

—Sí —contestó Jed—. Un gran vaso de agua fría.

—Para mí también —dijo Brad sin dejar de trabajar. Nick asintió.

—Entonces ahora mismo os lo traigo. Eso es ayudar, ¿verdad, Nick?

—Sería una gran ayuda —repuso Nick,sonriendo a Kat.

Ellie se estremeció. No estaba dispuesta fa sentir celos de una adolescente. No le im—j! portaba que Nick le sonriera a Kat y a ella o. No necesitaba sus sonrisas para alegrar su día.

Pero una no estaría mal, susurró una vo—cecita en su interior.

—Entonces, iré a llamar a Philip ahora. Eso es ayudar, ¿no,

Nick? —la imitó, y acto seguido se sintió avergonzada de sí misma. Se estaba comportando igual que Kat.

Nick la miró durante un largo momento, Juego salió de la excavación, soltó la pala y caminó hacia ella. Tomándola del brazo la alejó del estanque, de la casa y de cualquier mirada indiscreta.

—No estuve contigo anoche porque quisiera a una[1] mujer para aliviar una urgencia —dijo en voz baja y áspera—. Sino porque tienes un cuerpo sexy y bonito que me excita más de lo que puedo resistir. Eres una mujer hermosa y tentadora, Ellie, tú lo sabes y yo también. Puedes tomar mis besos como quieras, y responder como quieras, pero ni se te ocurra pensar que me hubiera bastado con cualquier otra. Estoy seguro deque podría encontrar una chica de alterne en Jackson si quisiera buscarla. O aceptar la invitación abierta de Kat si solo deseara aliviar una urgencia. ¿Lo has entendido?

Ellie tragó saliva y asintió. ¡La había llamado hermosa otra vez! Casi no prestó atención al resto de su arenga. ¡Nick Tanner la había llamado hermosa!

Empezó a decir algo más, pero Kat lo llamó y Nick se volvió hacia ella.

—Ahora mismo voy.

Kat vaciló al borde de la excavación que pronto sería un estanque y observó a Ellie y a Nick con recelo.

—Maldita sea, no hay intimidad en esta casa —murmuró.

—Ese es uno de los principios de Manos Amigas: hay que garantizar la intimidad de los huéspedes —murmuró Ellie con un deseo perverso de irritarlo.

—Pues estás fracasando en tu trabajo, porque ahora mismo no me vendría mal un poco más de intimidad —la miró con enojo durante un largo momento antes de soltarle el brazo y volver con los demás.

Ellie permaneció donde estaba, observándolo hasta que su figura se emborronó en la distancia. Nick Tanner pensaba que era hermosa. Aunque no volviera a dirigirle la palabra ni la tocara otra vez, su corazón siempre recordaría aquella mañana y la sinceridad de su voz.

Ellie los dejó trabajando y entró en la casa para llamar a Philip.

El viernes amaneció fresco y nublado, y una suave brisa agitaba

la hierba y las hojas de los árboles. Todo el rancho se reunió temprano para desayunar y comentar los planes para aquel día. Rusty, Tomas, Jed y Brad se apresuraron a concluir las tareas del rancho para poder ayudar a verter el cemento.

Philip y Margot se presentaron antes de las ocho. A las ocho y media, todo el mundo estaba en fila junto al enorme agujero que habían cavado para el estanque. Nick se puso a dar instrucciones, y Philip y Gus estaban al mando de dos equipos con diferentes tareas asignadas.

Margot estaba de pie junto a Ellie, un poco separada de los demás.

—¿Interesante, n'est—ce pas? —preguntó, observando la escena con avidez.

—¿El qué?

—Tu Nick haciendo de general. Organizando a las tropas. Todos tus huéspedes están listos para entrar en combate.

—Brad preferiría estar cabalgando, pero también ha venido. Kat está preocupada por sus uñas, y yo me siento como si sobrara. Con tanta gente revoloteando, ¿cómo va a hacerse el trabajo? —dijo Ellie, ignorando deliberadamente los comentarios de Mar—got.

—Espera y verás, *chérie.* Sospecho que tu Nick se las arreglará.

—No es mi Nick —protestó Ellie.

Nick y Philip empezaron a preparar el cemento, mezclando el contenido de los sacos en dos carretillas. Los demás se congregaron alrededor, observando. Ellie estaba al lado de Nick, observando fascinada cómo removía la mezcla hasta que adquiría una consistencia viscosa.

Nick volvió la cabeza.

—Sostén la manguera y añade agua cuando te diga.

Ellie obedeció y levantó la manguera a la espera de su siguiente orden. Cuando Nick le hizo una señal, abrió el paso y salpicó agua sobre la mezcla.

—Suficiente —lentamente siguió removiendo. Cuando Ellie levantó la vista, lo sorprendió mirándola con expresión inescrutable —. ¿No vas a ponerte nada más encima? —murmuró. Los demás deambulaban de un lado a otro y no parecían oírlos.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Otra vez con esos pantalones indecentes. Philip es un hombre

casado, no deberías .tentarlo así.

Ellie miró a su alrededor, temerosa de que alguien lo oyera. Nadie prestaba atención.

—Calla —susurró.

Nick siguió removiendo, pero el regocijo se hacía evidente en su voz.

—No me mires así. El cemento fraguará en la carretilla si no empezamos a echarlo. Y todavía tenemos que hablar de ese asunto de la intimidad.

Ellie se quedó mirándolo con ojos muy abiertos y desplegó una lenta sonrisa.

—Eso piensas, ¿eh?

—Sí —Nick se inclinó y le dio un fuertebeso en sus labios sonrientes. Luego dio un paso atrás para seguir removiendo el cemento como si nada hubiera pasado.

Ellie se sintió como si el mundo se hubiera puesto del revés. El cielo daba vueltas, el sol parecía brillar más que nunca. Su corazón empezó a latir más lentamente. ¿Se paró? Contempló su pelo negro y el movimiento de sus músculos mientras movía la espesa mezcla, la fuerza en sus hombros, sus brazos, sus manos. Se humedeció los labios.

Nick no dijo nada. Ellie miró a su alrededor y vio cómo Kat le lanzaba una mirada furibunda.

Nadie más los había visto, había sido muy rápido. Demasiado rápido. Intentando quitarle importancia, Ellie le guiñó el ojo a Kat, pero la joven se dio la vuelta, furiosa.

—El cemento ya está listo —anunció Phi—lip.

Todo el mundo se puso manos a la obra, y antes de que se pasara la tarde, habían terminado. El cemento cubría la tierra, manchaba las ropas de los colaboradores y salpicaba la hierba cercana, pero el estanque tenía forma definida y una base sólida.

—Está fenomenal —dijo Ellie, contemplando con orgullo la obra. El sol empezaba a bajar y todo el mundo se sentía exhausto, sucio y más que dispuesto a parar. Pero el estanque ya estaba terminado con la excepción de la cascada—. ¿Cuándo podremos llenarlo de agua?

—Primero tiene que fraguar —dijo Philip, limpiándose las manos con un trapo—. Seguramente unos días, es mejor no darse

prisa. Lo disfrutarás durante años, así que es mejor no correr riesgos.

—Antes tendremos que poner las rocas y hacer la cascada —añadió Nick, aclarando los restos de cemento de la carretilla.

—Me muero de ganas de verlo terminado. ¿Crees que a los patos les gustará?

—Si no, podremos cenar pato asado un día de estos —comentó Philip, riendo, y se dispuso a recoger las palas. Ariel y Margot juntaron los sacos vacíos de cemento. Kat se acercó a Nick y se ofreció a ayudarlo a limpiar los restos de arena y arcilla.

—Me muero de hambre —dijo Jed, tumbándose en el suelo con un gemido. Brad y Tomas se sentaron a su lado, agotados.

—¿Qué hay de cenar?

Alberta empezó a contestar pero Nick la detuvo.

—Espera un momento, no hemos terminado —todo el mundo lo miró—. Tenéis que poner vuestro nombre alrededor del borde. A partir de ahora, todo el mundo sabrá quién ayudó a hacer el estanque de Ellie. Ariel, empieza tú, luego Brad y así todos por orden alfabético —buscó un palo sólido con la mirada y se lo entregó a la joven. Miró a Ellie y se percató de su expresión complacida. No hacía falta gran cosa para que su rostro se iluminara como una niña el día de Navidad.

Ariel se adelantó con orgullo y empezó a trazar su nombre en el cemento todavía blando. Brad se colocó a su lado, observándola atentamente.

—¿La cena? Todavía no me ha dado tiempo a preparar nada —dijo Alberta, sentándose sobre una carretilla puesta del revés—. Estoy tan cansada como Brad. ¿Qué os apeˆ tece que sea rápido de hacer?

Ellie sonrió.

—Tengo la solución perfecta. Os invito a todos a cenar pizza. Si nos repartimos las tareas de la noche, podremos lavarnos rápidamente y salir a cenar.

—¡Genial! —gritó Jed, golpeando el aire con el puño.

La cena fue todo un éxito y la conversación giró en torno a temas de interés general. Nick contó un par de anécdotas de su vida en San Francisco. Para no ser menos, Jed presumió con algunas de sus hazañas, y en cuestión de minutos, todo el mundo estaba

intentando quedar por encima con historias descabelladas.

—Noto músculos que ni siquiera sabía que tenía —comentó Philip tiempo después, contemplando los platos vacíos de todos los comensales—. Creo que deberíamos irnos a casa, querida.

—Estoy más que lista —repuso Margot, recogiendo sus cosas—. *Merci, chérie,* por pensar en nosotros para esta paliza. La próxima vez no nos llames.

Ellie rio. Dio las gracias a sus amigos, abrazando a Margot y despidiéndose afectuosamente de Philip. Después, salieron en grupo del restaurante. Todo el mundo estaba cansado, pero las sonrisas de sus rostrosembargaban de alegría el corazón de Ellie. Podían sentirse orgullosos del trabajo que habían hecho aquel día y sumarlo a la lista de sus logros. Ellie confiaba en que los éxitos superaran en número a los fracasos.

Se acoplaron en los dos camiones del rancho y en el viejo coche de Alberta y de Gus. Ellie conducía un camión y Rusty el otro. Notó que Kat se aseguraba de sentarse al lado de Nick en el camión de Rusty. Ellie suspiró, rezando para que Nick no le estuviera dando esperanzas... y para que Kat no hiciera ninguna locura.

Una vez en el rancho, se dieron las buenas noches y los chicos se alejaron hacia el barracón. Gus y Alberta caminaron de la mano hacia su casa. Ellie se quedó mirándolos un momento y experimentó una punzada de envidia. A Alberta no parecía faltarle nada. ¿Notaría la pérdida de independencia? ¿O existía cierta independencia en una relación interdependiente?

Ellie siguió a las chicas hacia la casa, redujo el paso y miró a su alrededor. Divisó a Nick apoyado sobre la cerca del corral, acariciando el cuello de uno de los caballos. Inspiró profundamente y viró hacia él.

—¿No estás cansado? —le preguntó cuando se acercó. Nick se volvió, se apoyó en la cerca con un hombro y se cruzó de brazos.

—Creo que si me acostara ahora, no podría despertarme hasta la próxima semana.

—¿Entonces por qué sigues levantado?

—Me gusta disfrutar de las cosas.

—¿De las agujetas?

—De la cena que hemos tomado. La primera cerveza que he bebido en mucho tiempo.

—Si el otro día hubieras venido conmigo a casa de Margot y Philip, podrías haber bebido hasta reventar.

—La cerveza de esta noche ha sido suficiente —declaró, e hizo una pausa—. Habíame de tu padre, Ellie.

Sorprendida por su pregunta, intentó discernir su expresión en la oscuridad.

—¿Y eso a qué viene?

—Simple curiosidad.

—Pues temo decepcionarte, porque no hay mucho que contar. Era un viejo excéntrico cuando lo conocí. Tenía veinte años más que mi madre. No sé por qué se casaría con él. Fue su segunda esposa. Había tenido un hijo con la primera, pero mi tía Carolinesolo me habló de él justo antes de venir a California. Bobby vivió con su madre hasta que ella lo abandonó y terminó en casa de nuestro padre, que nunca supo qué hacer con nosotros salvo por lo que podíamos hacer por él. No debería haber tenido hijos.

—¿Fue duro vivir con él? —preguntó con suavidad.

—Tenía que estar en casa para cocinar, y limpiar y recoger sus cosas. Nunca agradeció nada. Ni intentó… —se quedó callada. El dolor se propagó por su pecho, como siempre que recordaba lo ocurrido.

—¿Qué no intentó? —la urgió Nick.

—Nunca intentó ayudar a Bobby. Cuando mi hermano más lo necesitaba, mi padre ya había desarrollado las primeras fases de Alzheimer. Discutía cada vez que tenía ocasión.

—Así que tú lo cuidaste.

—Cuando estaba en el instituto, no fue tan difícil. Pero luego empeoró. Era mi padre, lo único que tenía. Al principio podía ausentarme el tiempo necesario para asistir a mis clase de arte, pero al final necesitó supervisión constante. Yo todavía era joven y no tenía adonde ir.

Nick la observó, meditando en lo que le acababa de contar. Mientras otras jóvenes salían con sus parejas, se divertían y se enamoraban, Ellie estaba en casa cuidando de un viejo malhumorado. Desde que tenía once años hasta apenas hacía cinco. ¿Cómo había soportado todos esos años?

—¿Qué le pasó a Bobby? —preguntó.

Ellie levantó la vista al cielo, a los millones de estrellas que

brillaban sobre el fondo oscuro.

—Bobby tenía cinco años más que yo y salía con una pandilla de gamberros… una banda callejera, en realidad. Fue su forma de rebelarse, creo. Lo detuvieron robando y pasó dos años en un centro de detención de menores. Cuando salió… Cuando salió nuestro padre estaba peor. Hostil, agresivo. Se negó a tratar con Bobby. Un chico de diecinueve años tiene mucho orgullo. Bobby volvió con sus viejos amigos, y en cuestión de tres semanas murió en un tiroteo.

Ellie parpadeó para disipar las lágrimas. A pesar de todo el tiempo que había pasado, todavía sentía la pérdida de la única persona que había alegrado su vida.

—Lo peor de todo —continuó un momento después— es que mi padre tenía este rancho y nosotros nunca lo supimos. Bobby habría sobrevivido si hubiese venido aquí. Gus y Alberta llevan décadas manteniendo en pie este lugar desde la muerte de mis abuelos. ¿Te imaginas a Gus dejando que un gamberro se saliera con la suya? Le habría enseñado cosas útiles y habría tenido la oportunidad de vivir lejos de las calles y…

Las lágrimas amenazaron con derramarse. Nunca hablaba de su hermano, ni de su padre. Dio media vuelta y empezó a andar hacia la casa. Las manos de Nick sobre sus hombros la detuvieron.

—Lo siento, Ellie —lentamente, la hizo volverse y la rodeó con sus brazos.

—Fue tan absurdo que muriera porque pertenecía a una banda callejera. Solo tenía diecinueve años… la misma edad que Jed y que Brad.

Las lágrimas afloraron, silenciosas, desconsoladas.

Apoyando la mejilla sobre su cabeza, Nick siguió abrazándola. Ya sabía lo que impulsaba a Ellie Winslow a participar en Manos Amigas. Y sus motivos eran tan diferentes a los que habría tenido Sheila eomo el día y la noche.

—Mi vida era distinta antes de que la echara a perder —dijo Nick con voz lenta, contemplando la oscuridad nocturna. No podía dejarla marchar así—. Mis padres siguen felizmente casados, y todavía viven en la casa en la que me crié. Es una mansión blanca en Salisbury. Mi padre trabaja en la banca y mi madre es profesora de enseñanza media. Tengo dos hermanas y un hermano mayor. Montones de primos, tías y tíos. Incluso un abuelo que sigue hecho

un toro.

—Tienes suerte, Nick, de tener una familia tan numerosa. Mi tía Caroline nunca me escribió después de mi marcha. ¿Los ves a menudo? —cerró los ojos, imaginando a la familia de Nick reuniéndose en un día festivo o de vacaciones en la playa. Había anhelado tantas veces tener una familia normal y hacer excursiones que habría disfrutado con Bobby. Se secó las lágrimas de las mejillas e inspiró profundamente.

—Últimamente, no, por supuesto. Ni siquiera saben que he estado en la cárcel.

—¿Como? —Ellie se apartó y lo miró a los ojos.

—Nunca se lo he dicho.

—¿Ni siquiera a tus padres?

—Tienen grandes expectativas.

—¿Pero cómo has podido ocultárselo?

—Steve me ayudó. Trasladé mi línea de teléfono a su apartamento y conecté un contestador. Si llamaban, Steve me lo hacía saber y yo los contestaba desde la cárcel. Nos permitían llamar una vez a la semana. Steve recogía las cartas que les escribía y las echaba al correo en San Francisco.

—¿Nunca quisieron ir a visitarte?

—Los disuadí la única vez que lo sugirieron. Inventé una excusa —levantó la vista al cielo—. No podía decírselo.

—Vaya.

Ellie meditó en lo que le acababa de contar. Si ella tuviera una familia, le gustaría sentir que podría recurrir a ellos en cualquier momento, aunque hubiese cometido un error.

—No creo que tu familia te dé la espalda solo porque te has equivocado. Le diste a Sheila una oportunidad, y ni siquiera era tu familia. Debes de haber heredado eso de alguien. Creo que a ellos les gustaría saberlo y que te habrían respaldado.

—Se habrían disgustado y estarían decepcionados. No soportaría tener que decírselo.

—Son parte de tu vida. A ellos les gustaría |conocer todas las facetas de tu vida, no solo las buenas. Lo comprenderían.

—No lo sé —dijo Nick con amargura—. No estoy seguro de comprenderme a mí mis—f'mo. Diablos, ni siquiera sé por qué te lo he contado.

Sin añadir palabra, Nick la soltó y echó a andar hacia la casa.

Dando un portazo, permaneció de pie en la oscuridad durante largo tiempo, tratando de controlar la frustración y el enfado que lo dominaban. Maldita fuera Sheila y sus bonitas mentiras. Y maldito él por haberla creído. Por creer en cualquier mujer.

Y maldita fuera Ellie por acercarse tanto a él, por compartir partes de su vida tan personales que seguramente raras veces hablaba de ellas. No tenía por qué incitarlo para que se abriera a ella y le contara cosas que no revelaba a nadie más. Era una mujer como las demás y tendría que andarse con cuidado con ella.

Tenía trabajo que hacer. Encendió la lámpara de su escritorio y tomó el paquete que había recibido aquella tarde. Con la obra del estanque, ni siquiera lo había abierto. Y aquello era importante, la clave de su futuro, no iniciar una relación con una mujer, por mucho que la deseara. Había pasado solo los últimos tres años y podía seguir solo el resto de su vida. Había aprendido la lección, y la había aprendido bien.

Capítulo 10

EL LUNES por la mañana, Ellie recibió una llamada de Alan Peters, el coordinador de Manos Amigas.Tenía el deber de informarlo sobre

todos sus huéspedes una vez al mes. Después de concertar una cita para el martes, Ellie colgó el teléfono sintiendo una punzada de culpabilidad. Andaba tan absorta en el día a día y en sus sentimientos por Nick que casi había olvidado por qué estaba allí, Al repasar sus progresos con cada uno de sus huéspedes, temió no haber satisfecho sus expectativas. Sobre todo las de Nick. La reunión le daba pánico. ¿Y si Alan sospechaba lo que sentía por él? ¿Y si lo trasladaba a otro emplazamiento de la organización?

Por primera vez, se sintió incómoda al mencionar su cita con Alan durante la cena.

Debía hacerlo, por si acaso alguno de sus huéspedes deseaba hablar con él personalmente. Nick se lo tomó bien, se encerró en sí mismo y se negó a mirarla o a pronunciar palabra. Los demás apenas prestaron atención a la noticia, no era la primera vez que la oían. Y ninguno tenía nada que decirle a Alan.

Alberta había hecho una tarta de chocolate y estaban más interesados en el postre que en la cita de Ellie.

Inmediatamente después de cenar, Nick salió sin decir palabra y se encerró en su habitación.

Horas más tarde, Ellie todavía no había podido conciliar el sueño. Tumbada en la cama, se regañó por no haber anunciado la cita personalmente a cada uno. Así podría habérselo explicado mejor a Nick. Claro que si él fuera un hombre más hablador… ¿Pero qué hombre lo era?

Dar vueltas en la cama no la ayudaba a dormir. No quería presentarse en la oficina al día siguiente ojerosa y preocupada. Echó a un lado la sábana y se puso la bata. Tal vez un poco de leche la ayudaría a dormir.

Ellie bajó descalza a la cocina, sin hacer ruido. La puerta de Nick estaba ligeramente entreabierta, y tenía la luz encendida. ¿Acaso él tampoco podía dormir? Encendió la lámpara del techo de la cocina y se sirvió rápidamente un vaso de leche.

No se oía ningún ruido en la habitación de Nick. Lentamente, se acercó y la abrió un poco más con un dedo. Nick se había quitado los zapatos, pero estaba completamente vestido sobre la cama, durmiendo. Sobre su pecho había una estilográfica y un fajo de papeles.

Llevada por la curiosidad, Ellie entró de puntillas en el cuarto y se acercó a la cama. Había papeles desperdigados por la colcha, y un pequeño fajo sobre la mesita de noche,junto a la lámpara. Hojas escritas a máquiná. Se acercó, mirando a Nick. Su pecho se elevaba y descendía suavemente al ritmo de su respiración. Sus pestañas aparecían largas y negras sobre su mejilla, y dormido parecía más joven, casi vulnerable. Quería retirarle el pelo de la frente, ver cómo dormía y cómo se despertaba y le sonreía como si ella fuera su sueño hecho realidad.

«Prestas demasiada atención a las fantasías de Margot», se regañó Ellie.

Al fijarse en los papeles que había en la cama, se sintió intrigada. ¿Qué serían? Se inclinó para intentar leer la primera hoja y perdió el equilibrio, derramando unas cuantas gotas de leche fría en la mano de Nick.

Nick se despertó al instante. Levantó el brazo y la asió de la muñeca, vertiendo la mitad del vaso de leche sobre la cama.

—¡Cuidado!

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con enojo, contemplando la delgada bata de algodón sobre su camisón. Vio cómo sus pezones se contraían, claramente visibles bajo la tela, y notó la suavidad sedosa de su muñeca allí donde la agarraba.

Ellie tragó saliva e intentó soltarse, pero Nick la retuvo.

—Bajé por un vaso de leche y vi que tenías la luz encendida. La puerta estaba abierta, así que me asomé para ver si seguías despierto. Al ver que dormías, pensé en apagarte la luz.

Niek se incorporó, contempló las hojas escritas sobre su regazo, las páginas desperdigadas por la cama, el pequeño charco de leche, y volvió a mirar a Ellie. Entornó los ojos y le quitó el vaso de leche para dejarlo

en la mesilla. Ellie lo observaba con los ojos muy abiertos.

—Iré a buscar un paño —giró sobre sus talones y salió a la cocina.

—Creía que me habías dicho que no entrarías en mi habitación —dijo con los dientes apretados, consciente del dulce aroma primaveral que Ellie emanaba. A pesar de sentirse preso por el deseo, sabía que debía resistirse. No podía confiar en ninguna mujer, y Ellie acababa de demostrarlo. Tantas promesas de intimidad para nada.

—Solo iba a apagarte la luz, no estaba husmeando —dijo en tono firme un momento después, secando la mancha de leche—. No te pongas paranoico.

Suspirando pesadamente, Nick se recostó en las almohadas y cerró los ojos. La deseaba. Su cuerpo ardía de deseo por ella.

Maldición, tenía que aferrarse a su cordura o estaría perdido. Abrió los ojos de golpe con férrea determinación.

—Así que ahora ya lo sabes. Has satisfecho tu curiosidad.

—¿Qué es lo que sé? ¿Que duermes con la luz encendida?

—Esto —señaló los papeles.

—¿Escribes? —adivinó al estudiar las páginas. Nick asintió, mirándola a los ojos, la irritación patente en su mirada—. Eso lo explica todo, ¿no? —añadió Ellie, casi para sí—. Los largos paseos solo, las horas que pasas encerrado en la habitación. Trabajas todo el tiempo, ¿verdad?

Nick asintió.

—No te he oído escribir a máquina.

—Escribo a mano y encargo a otra persona que me lo mecanografíe. Ellie lo miró fijamente.

—Así que estás escribiendo un libro. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Qué clase de libro es?

—Una novela de misterio. Y no te lo he dicho porque no es asunto tuyo —empezó a recoger las hojas desperdigadas.

—¿Basada en tus experiencias? —preguntó Ellie, apartándose un poco de la cama, repentinamente consciente de su exiguo atuendo.

—La primera lo fue, hasta cierto punto, solo que giraba en torno a un asesinato.

—¿La primera? —su curiosidad creció. Nick le lanzó una mirada sombría.

—Pasé casi seis meses en la cárcel esperando el juicio, dos semanas más durante el juicio y luego casi tres años en prisión. Casi me vuelvo loco al principio. Steve sugirió que buscase una actividad

que me ayudara a no pensar en mi encarcelamiento —Nick se puso en pie y dejó las páginas sobre la mesa—. Si no hay nada más, me gustaría dormir un poco —declaró.

Ellie movió la cabeza, retrocediendo hacia la puerta.

—Nada más. Pero siento curiosidad por el libro. ¿Lo vendiste? —Nick asintió rígidamente—. ¿Y?

—¿Y qué, Ellie? Es tarde.

—Si yo escribiera un libro, lo anunciaría a gritos. ¿No estás contento? ¿Te lo han publicado? ¿Puedo comprar un ejemplar?

Nick vaciló un momento, luego se apoyó en la pared con un hombro y cruzó los brazos sobre el pecho.

—La primera vez tuve suerte. Me lo compró una editorial y lo revisó de arriba abajo. Pronto saldrá a la venta.

—¿Cómo lo titulaste? —Ellie estaba fascinada por su revelación.

—No te fies de nadie. Apropiado, ¿no crees?

—¿Y por qué no lo mencionaste nada másllegar aquí? ¿Por qué fingiste que querías aprender a llevar un rancho o adquirir experiencia en la construcción? Es más, ¿por qué estás aquí? No necesitas el programa. Por lo que sé, tienes una casa, inversiones y futuro como escritor. No tienes motivos para volver a delinquir.

—Para empezar, salí de la prisión tres meses antes gracias al programa, y eso no tiene precio. En segundo lugar, no voy a volver a San Francisco. Le he dado instrucciones a Steve para que venda mi apartamento. Y nada es seguro. Quería terminar este libro para ver si se vende. Si lo consigo, tal vez tenga otra profesión, pero si no, tendré que buscar otra cosa. Mientras tanto, Manos Amigas me ayuda a ganar tiempo —se quedó callado, con expresión reservada, como si lo molestara habérselo dicho. La estaba excluyendo otra vez.

—Si es un secreto, no se lo diré a nadie —dijo Ellie en voz baja.

—Claro, fíate de una mujer. Ja. Eso es imposible.

Ellie apretó los labios. Era una persona digna de confianza. Si no quería creerlo, era su problema.

—Me gustaría saber más cosas sobre tu novela. ¿Puedo leerla?

—Vamos.

—¿Eso es un sí o un no? —preguntó, son—riéndole tímidamente. Por fascinante que fuera la conversación, no podía ignorar el calor que emanaba de su cuerpo. Estaba despeinado y su

mandíbula lucía la barba de un día. Tenía un aspecto peligroso y dramático y tan tentador como un helado de chocolate en un día de verano.

De repente, su mirada sombría cambió. Fijó la vista en sus labios y sus ojos adquirieron el color de la plata. Extendió el brazo, apagó la lámpara y quedaron sumidos en la oscuridad.

—No vuelvas a tu habitación, Ellie. Quédate en la mía y te dejaré leer el libro —murmuró en la oscuridad de terciopelo. Ellie rio nerviosamente.

—¿Me estás chantajeando para que me quede?

—¿Por qué no? ¿No sientes que hay algo entre nosotros?

—Nick, eres un huésped de mi rancho. No puedo...

—Quédate —la interrumpió—. Te dejaréleer el libro de todas formas, pero quédate.

Sin esperar respuesta, Nick bajó la cabeza para atrapar su boca. Sus labios se movieron con persuasión, endureciéndose ligeramente al profundizar el beso. La urgió con la lengua y Ellie entreabrió los labios para recibirlo y hallar el placer y el deleite que tan bien recordaba.

—Eres tan suave, tan increíblemente suave —susurró Nick mientras sus dedos recoman su piel, moldeando la curva de sus caderas, memorizándola.

—Y tú eres como acero envuelto en cálido terciopelo —susurró Ellie junto a su cuello, besándolo tímidamente allí—. Acero caliente —añadió mientras tocaba su piel ardiente.

Las inhibiciones habían quedado atrás, y con ellas, las restricciones de toda una vida. Ellie solo podía dejarse llevar por las olas de placer que la recorrían y entregarse a las caricias de Nick.

Nick deslizó la mano por debajo de su camisón hasta tomar uno de sus senos y acariciarlo, atormentando el pezón tenso con el pulgar. Su boca volvió a buscarla y la besó una y otra vez mientras su mano se paseaba libremente por su piel ardiente.

Ellie movió nerviosamente las manos hasta encontrar sus botones. Los desabrochó de un tirón, abriendo su camisa para poder tocarlo. Con las puntas de los dedos jugó con el vello de su pecho, acarició sus pezones y se deleitó al ver que su reacción era fiel reflejo de la suya.

—Soy humano, Ellie, y me estás volviendo loco —murmuró

junto a su cuello al estremecerse nuevamente bajo sus caricias.

—Tienes demasiada ropa —repuso ella, quitándole la camisa de los hombros.

En apenas un instante, Nick la ayudó bajándose los pantalones. Ellie lamentó que hubiese apagado la luz. Se estaba perdiendo tantas cosas.

—Tú sí que estás vestida —murmuró Nick tomando el borde de su camisón y tirando de él para sacárselo por encima de la cabeza, arrastrando la bata a su paso.

Con un solo movimiento, la rodeó con los brazos, apretando su cuerpo febril a lo largo del suyo. Ellie estuvo a punto de gritar de placer. Nunca había estado tan cerca de otra persona y resultaba estimulante, milagroso. Nick era tan distinto, tan maravillosamente distinto.

Con suavidad la colocó sobre la cama, la fiebre creciendo entre ellos mientras se acariciaban y besaban, los dos aprendiendo lo que le gustaba al otro, grabando en la memoria los contornos y valles de cada cuerpo por su tacto, por su sabor.

Cuando Nick separó sus piernas, Ellie lanzó una exclamación.

—Espera —le dijo, repentinamente consciente de lo que estaban haciendo. Por un instante, el deseo y los anhelos desaparecieron y tuvo miedo. ¿Qué hacía allí, besando y acariciando a aquel hombre?

—¿Por? —Nick se apoyó en los brazos y la miró. La luz del exterior le permitía a Ellie distinguir su silueta, nada más.

—¿Estás seguro de que está bien lo que hacemos? —preguntó, sintiéndose sola al desviar su atención. ¿Por qué habría abierto la boca?

—Por supuesto. ¿Te arrepientes?

Ellie inspiró profundamente. No podía permitirse cometer un error, pero no sentía que aquello lo fuera. La encantaba estar con Nick. Ansiaba sus caricias. Quería más de él que de ninguna otra persona.

—No me arrepiento de nada —dijo con firmeza. Que el futuro se cuidara a sí mismo, por una vez iba a hacer algo pensando exclusivamente en sí misma. Una acción egoísta y egocentrista.

Lentamente, Nick se inclinó sobre ella y la atormentó con besos suaves hasta que Ellie se sumió tanto en el placer que crecía en su

interior que no podía pensar, solo sentir.

Nick la cubrió con su cuerpo, presionó y entró.

Ellie dio una sacudida ante aquel dolor inesperado.

Nick se paró en seco. Cortó el beso y se apoyó en el codo, sosteniendo con fuerza la mandíbula de Ellie.

—¿Qué diablos? Ellie, maldita sea, ¿por qué no me lo dijiste?

Ellie carraspeó. El dolor había sido fugaz, ya había pasado. Y se sentía embargada por la languidez más exquisita y deliciosa. Le gustaba estar tan cerca de Nick. Le gustaba sentirlo en su interior.

—Nunca surgió la ocasión. Hemos ido bastante rápido, ¿no crees? —preguntó, dibujando caricias en su espalda—. ¿Ya hemos terminado?

Negándolo con la cabeza, Nick se movió sobre ella suavemente, entrando y saliendo, acariciándola con las manos y buscando de nuevo sus labios para besarla profundamente. En cuestión de segundos, Ellie se olvidó de la interrupción, absorta como estaba en el placer que se expandía con cada caricia.

Las sensaciones se intensificaron, moviéndose en espiral por todo su cuerpo. Ellie se aferró a sus hombros, devolviendo cada beso mientras sus caderas empezaban a balancearse al ritmo de las suyas, y se deleitó con las sensaciones que la recorrían, con sus caricias, con su cuerpo, con su forma de amar.

De repente, Ellie sintió que algo estallaba en su interior. Las oleadas de placer la bañaron una y otra vez, como si su cuerpo se hubiera fragmentado en miles de pedaci—tos de éxtasis. Había creído que se estaba enamorando de Nick, pero después de aquella maravilla, lo supo con certeza. Lo amaba. Lo amaría siempre.

Lo notó palpitar en su interior y supo con certeza que él también había alcanzado el paraíso. Si la vida no le ofrecía nada más,se daría por satisfecha. Había sido creada para aquel momento y eso le bastaba.

Ellie se despertó justo después del amanecer. Al principio, no sabía dónde estaba. Luego los recuerdos la abrumaron. Estaba acurrucada junto a Nick. Había pasado la noche con él y habían hecho el amor.

Durante largos momentos, la maravilla de aquel acontecimiento sobrepasó cualquier pensamiento. Podía sentir el corazón de Nick latiendo bajo su oído e inspirar su aroma. Era tan especial. Había

merecido la pena esperar toda la vida por Nick.

Lentamente, para no despertarlo, se levantó de la cama y buscó el camisón y la bata. Se los puso y admiró su figura por última vez antes de salir a hurtadillas de la habitación. No se arrepentía, pero tenía que irse. No podía permitir que los demás supieran que había pasado la noche con Nick. Su futuro con Manos Amigas podía estar en peligro.

Pero no lo lamentaba. ¿Cómo podía lamentarse la perfección? Ellie subió sin hacer ruido a su dormitorio, dando gracias por no haberse encontrado con nadie. Se metió en la ducha y permaneció largo tiempo bajo el agua cálida, recorriendo con las manos los rincones de su piel donde Nick la había besado, acariciado, saboreado. No le extrañaba que las parejas se casaran si podían hacer el amor todas las noches.

Se vistió rápidamente y supo que tenía que apartar a un lado aquel recuerdo antes de ver a los demás. ¿Acaso no adivinarían lo ocurrido solo con mirarla?

Ellie esperó a oír que Kat y Ariel bajaban a desayunar antes de salir de su habitación. En la cocina reinaba la conmoción acostumbrada cuando ella entró. Ayudó a servir el desayuno y ocupó su asiento con alivio. Las piernas le temblaban. No se había planteado cómo mirar a Nick a la luz del día. No sabía si quería repetir lo ocurrido o solo saborear el recuerdo. Recordando que su relación no tenía futuro, trató de concentrarse en lo que los demás estaban diciendo. ¿Siempre había tanto alboroto por las mañanas?

—Hoy trabajo —dijo Kat—. Yvonne me preguntó si podría ayudarla porque la otra chica no puede ir hoy.

Ellie captó el orgullo en su voz y se sintió conmovida. Aquella joven nunca volvería a vivir en la calle... estaba fortaleciendo su seguridad en sí misma. Con su instinto natural para la moda y las ventas, tendría algo con lo que construirse una vida.

Gus estaba asignando tareas para la jornada cuando sonó el teléfono. Alberta corrió a contestar y llamó a Nick. El nivel de ruido disminuyó un poco mientras él hablaba por teléfono. Todos se quedaron mirándolo cuando volvió a la mesa. Aunque todo el mundo tenía derecho a hacer y recibir llamadas, los chicos nunca lo habían hecho.

Nick paseó la mirada por los rostros y la fijó en Ellie.

—Era Steve. Tengo que ir a la ciudad esta semana para tratar con él la venta de mi piso. ¿Vendrás conmigo?

—¿A San Francisco? —preguntó Kat, y un ceño reemplazó rápidamente el orgullo antes exhibido. Nick asintió sin apartar los ojos de Ellie—. Si no estuviera trabajando, me gustaría ir a la ciudad —murmuró Kat, lanzando a Ellie una mirada sombría.

—A mí no —dijo Jed—. Esto me gusta más.

—No hay caballos en la ciudad —añadió Erad.

Una docena de excusas revolotearon por la mente de Ellie. Debería negarse, Nick podía ir solo. Así le demostraría que confiaba en él.

¿Pero cómo iba a negarse? Ellie asintió.

—Claro, te acompañaré.

El jueves, Nick condujo la camioneta desde Jackson hasta San Francisco. Habían parado un momento en la jefatura de tráfico para que Nick renovara su permiso de conducir y enseguida estuvo dispuesto a sentarse detrás del volante.

Ellie guardó silencio durante la mayor parte del viaje. Se había debatido durante toda la semana entre acompañarlo o no. No sabía si mantener la distancia... o si decirle lo mucho que le había encantado su libro.

Nick le había dado su manuscrito el martes después de cenar. No hizo ningún comentario, simplemente lo dejó a su lado mientras ella veía la televisión con Ariel y los chicos.

Lo había leído el miércoles, cautivada por la lectura cuando debería haberse reunido con Margot. El libro era absorbente, emocionante. Y cínico. Pero eso le confería una fuerza que sin duda lo propulsaría a la cabeza de las listas de bestsellers.

—Me encantó tu novela —dijo tímidamente. Nick la miró de soslayo.

—Gracias.

—Lo digo en serio, no es mera cortesía. Ayer me retrasé con mis dibujos porque no podía dejar de leerla.

—Y venir conmigo a San Francisco no te ayuda a ponerte al día.

Ellie se encogió de hombros y dijo:

—No importa, los planes siempre son flexibles. ¿Llevas mucho tiempo escribiendo?

—Ya te dije que fue una especie de pasatiempo mientras estaba

en la cárcel.

—Creo que tienes talento. Nick emitió un sonido ahogado, pero no dijo nada.

—Me gustaría leer el primer libro. Apuesto a que tu editor te quitará este de las manos.

—El tiempo lo dirá, ¿no crees? El tono frío puso fin a la conversación. Ellie renunció y se entretuvo mirando por laventana, intentando relajarse. Por el momento, Nick no había dicho nada sobre su tórrido encuentro. Unas cuantas horas con sus amigos garantizarían que no lo haría.

Al menos, conñaba en que no lo mencionara. Aquello la pondría en una situación muy incómoda. Todavía no estaba segura de lo que sentía... y lo último que deseaba era una conversación sobre el tema.

Capítulo 11

CUANDO llegaron al apartamento de Steve, tanto él como Sally saludaron a Ellie como si fuera una vieja amiga. Comentaron juntos las novedades del rancho, y en el transcurso de la conversación, salió a relucir que Ellie conocía el secreto de los libros de Nick. Steve no dijo nada, pero miró a Nick con sorpresa e intenso escrutinio.

—Acompáñame, Ellie —dijo Sally cuando los dos hombres se dispusieron a hablar de negocios—. Quiero enseñarte una cosa.

Sally se puso en pie y echó a andar por el pasillo del pequeño apartamento. Sonrió a Ellie cuando entró en el amplio dormitorio.

—¿Quieres ver el vestido de ensueño que compré para nuestra luna de miel? Hicimos un crucero a México, así que había baile todas las noches. ¡Fue maravilloso! —exclamó Sally mientras sacaba un precioso vestido de encaje del armario.

—Yo nunca he estado en un crucero. ¿Qué hacíais todo el día, mirar el mar?

Sally rio y empezó a contarle a Ellie los detalles de su luna de miel. Pronto la conversación giró en torno a otros temas.

Ellie examinó el vestido mientras hablaban. Sally tenía razón, era de ensueño. Por un momento, Ellie se imaginó vestida con algo similar, en los brazos de Nick, bailando con él. Salvo por el vestido de algodón que había llevado a la iglesia un domingo, Nick nunca la había visto sin pantalones. ¿Le agradaría verla con algo tan femenino?

Se palpaba un tenso silencio cuando las mujeres regresaron al salón. Nadie dijo nada.

—¿Nos hemos perdido algo? —preguntó Sally, contemplando las expresiones de los rostros de los dos hombres.

—No. Salgamos a cenar a un restaurante italiano. Luego tendremos que volver al rancho —Nick se puso en pie bruscamente, eludiendo la mirada de Ellie.

Siguiendo la sugerencia de Nick, fueron a un pequeño restaurante italiano de la calle Columbus. El servicio fue rápido y la comida, excelente. La conversación fluyó con la misma alegría que el vino que regaba la cena. Ellie se mantuvo callada casi todo el

tiempo, escuchando los comentarios deportivos de los hombres o la discusión sobre quién ganaría la liga en la siguiente temporada. Era callada por naturaleza y se divertía fácilmente escuchando a los demás.

—Vuelve otra vez, Nick, y tráete a Ellie —dijo Steve cuando se despidieron en la acera delante del restaurante.

—Ya veremos —Nick se balanceaba ligeramente mientras Ellie y él caminaban hacia la camioneta. Había estado bebiendo profusamente durante la cena.

—Yo conduciré —dijo Ellie con firmeza, acomodándose detrás del volante. Nick accedió sin decir palabra y se sentó a su lado.

Steve se asomó por la ventanilla y miró a Nick.

—Recuerda nuestra conversación, no cometas el mismo error.

—Métete en tus asuntos —repuso Nick, recostándose en su asiento con el ceño fruncido.

Ellie se despidió con la mano. Lanzandouna mirada de curiosidad a Nick, puso el coche en marcha y se preparó para el largo trayecto hasta el rancho.

De vez en cuando, miraba de soslayo a su pasajero. Mantenía el rostro tenso, grave. Su silencio no le importó hasta que se percató de que estaba enfadado, hecho una furia. ¿Por qué?

En dos ocasiones intentó trabar conversación, pero Nick la cortó con respuestas ásperas. Cuando llegaron al rancho, Nick bajó del camión dando un portazo y se alejó por el camino de grava, decidido a dar uno de sus paseos.

Ellie observó cómo se alejaba con sus grandes zancadas. ¿Acaso lamentaba su decisión de vender su apartamento? ¿O la visita a la ciudad había suscitado recuerdos de Sheila? ¿Seguía amándola? ¿La echaba de menos?

Ellie se dirigió hacia la casa, reconociendo sus celos. Nick la había amado tanto que había encubierto su delito. En cambio, nunca había insinuado que amara a Ellie. Ni siquiera la otra noche, pese a lo maravillosa que había sido, había mencionado la palabra amor.

Ellie se preparó una taza de té y se sentó en el balancín. Estaba demasiado espabilada después del viaje para meterse de cabeza en la cama, aunque eran más de las doce. Se negó a considerar que estaba esperando a Nick.

Nick regresó mucho tiempo después. La vio en el balancín y se encaminó hacia ella. Vacilando, subió al porche y se apoyó en la . baranda, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Te apetece beber algo? —preguntó Ellie con suavidad.

—No —gruñó.

Era obvio que seguía malhumorado. Buscando algo que decir, Ellie recordó su cita del martes.

—Cuando vi a Alan Peters en la oficina el martes pasado, no mencioné que escribías novelas. Pero creo que debería —le dijo.

—¿Por qué? —su voz era fría, áspera.

—Necesita un informe de los progresos de cada huésped. Daría un giro muy distinto a la parte de orientación laboral del programa.

—¿Y lo nuestro también es parte del maldito programa? ¿La vieja solterona tan an—siosa por agradar que deja que el ex convicto la sobe cuando quiera? ¿Complace sus deseos, sus caprichos, incluso duerme con _él? ¿Qué sacas de todo esto, Ellie? ¿Un sentimiento puritano de hacer el bien, de ayudar a los que son menos afortunados que tú?

Ellie estaba conmociónada por sus palabras, por la ira que desplegaba sobre ella.

—¿Qué sacas de todo esto? Todavía no lo entiendo. Al principio pensé que era el dinero, pero he visto tus cuentas y el estado no te paga lo bastante para cubrir la comida, y mucho menos para hacerte rica. ¿Qué es entonces? ¿Mano de obra gratis para el rancho? Si no recuerdo mal, querías hacer el papel de madre. ¿Es que te gustaría haber sido madre de verdad? ¿Ves a esos chicos como los hijos que deberías haber tenido? ¿O es algo más? ¿Quieres hacer de mecenas? ¿Y qué soy yo, tu última mascota, como Penelope?

Cada palabra la desgarraba como una flecha, todas ellas un ataque directo a su autoestima, a su sentido del valor. ¿Por qué decía aquellas maldades?

—No —contestó en voz baja, con voz trémula, sintiendo cómo el dolor se propagaba por su alma—, Nick, lo que dices es odioso. ¿Qué pasa?

Permaneció callado, pero Ellie notó cómo la tensión emanaba de él en oleadas.

—Solo quería ayudar —continuó—. Y lo de la otra noche fue

especial —al menos para mí, pensó, observándolo.

Lo amaba. Tragó saliva y parpadeó, intentando comprender. Nunca sería capaz de confesárselo.

—No necesito que nie digas lo que debo o no debo hacer. Ni necesito el programa de Manos Amigas. Solo quería salir de la cárcel lo antes posible. Y desde luego, no necesito que Steve nos empareje a ti y a mí. Ni que me diga lo digna de confianza que eres. Conozco a las mujeres. Aprendí muy bien la lección gracias a Sheila y no voy a tropezar en la misma piedra dos veces.

—Nick… —¿qué le había dicho Steve? ¿Emparejar? Algo no encajaba.

—«No la dejes escapar», me dijo esta noche. Maldita sea, tal vez quiera acostarme contigo, pero te aseguro que no quiero casarme contigo. Ni contigo ni con nadie. ¡Nunca te fíes de una mujer! —exclamó con desprecio.

Ellie se puso en pie lentamente, con el corazón desgarrado, confusa. Con la cabeza alta, se volvió hacia la casa. Las lágrimas amenazaban con aflorar y la garganta le dolía en su intento por contenerlas.

—Buenas noches.

No había nada más que pudiera decir. Aferrándose a su tenue control, caminó rígidamente, como si el movimiento más leve pudiera hacerla estallar en pedazos.

La puerta se cerró suavemente a su paso y Nick murmuró una palabrota. Se apartó de la baranda y la siguió al interior de la casa. Estaba a oscuras. Se quedó inmóvil, escuchando por un momento. No oyó nada. En la casa reinaba el silencio. Aquella noche, Ellie no había dado un portazo. Nada.

Se volvió y caminó hasta su cuarto. ¿Se habría quedado inmediatamente dormida o estaba en su habitación, preguntándose por qué la había calumniado?

¡Era un bastardo! Ellie no había hecho nada para enfadarlo. Debía haberse descargado con Steve, o consigo mismo.

Maldición, estaba borracho. No debía haberle hablado así. Se sentía fatal.

Al día siguiente tendría que disculparse.

Su comportamiento era inexcusable, pero Ellie tendría que perdonarlo. Tenía que saber que era el vino el que había hablado.

Eso y el miedo.

No podía abrirle su corazón. Ellie lo desgarraría igual que Sheila. Maldito fuera Steve por preguntarle si iba a casarse con ella. No tenía nada que ofrecerle, solo desconfianza, odio, amargura y su historial delictivo. Una auténtica maravilla para una mujer tan dulce como Ellie Winslow.

Inspiró profundamente, recordando cómo había sentido su cuerpo contra el suyo mientras hacían el amor, la conmoción al saber que era virgen. Había confiado en él lo bastante para entregarle su virginidad, y él había correspondido con insultos atroces.

Al menos, cuando se disculpara, se sentiría mejor. Aunque todavía no sabía qué iba a decirle.

Ellie pasó el día siguiente sola. Se despertó temprano, tomó algo de fruta y ensilló su caballo. Tomó su caja de pinturas y se encaminó a las colinas, decidida a olvidar eldolor producido por las odiosas palabras de Nick. Tam corría a su lado, compartiendo su deleite en el aire fresco de la mañana.

Pero el paseo a caballo no bastó para espantar las palabras de Nick. Resonaban en su cabeza mientras corría a galope por la pradera. No podía mirar a Nick a la cara. Se sentía hundida, dolida, humillada.

Gran parte de lo que había dicho era cierto. Su manera de expresarlo dolía, pero era verdad. Le habría gustado tener hijos, la habría encantado ser madre. Pero no había planeado sustituir esa ausencia trabajando con Manos Amigas. Creía en lo que estaba haciendo, y lo hacía en memoria de su hermano, que no había recibido ayuda cuando más la había necesitado.

Que hubiese malinterpretado su comportamiento en su habitación podía rectificarse. Al parecer, no había ningún problema por su parte si se acostaba con ella, pero daba por hecho que Ellie esperaba un compromiso de por vida por su entrega. ¡Ja! Eso indicaba lo poco que la conocía. Se negaba a estar al servicio de otro hombre, como había estado con su padre. Tal vez debería hablar con Nick y recordárselo.

O tal vez debería ignorarlo durante el resto del tiempo que estuviera en el rancho.

Encontró una cala protegida junto a un pequeño arroyo y

desmontó. Dejó pastar a su yegua y desplegó su caballete portátil. Pero cuando sacó sus pinturas descubrió que la alegría de aquel día en el campo se había disipado y había perdido los deseos de pintar. Se tumbó al sol y, tratando de olvidar a Nick Tanner, se quedó dormida.

La tarde ya tocaba a su fin cuando Ellie llegó cabalgando al granero. Pensando en su perro, había regresado a paso lento. Tam estaba destrozado, y Ellie se sentía igual. Temía volver, pero era su hogar y nada la apartaría de él. Soportaría los días de estancia que le quedaban a Nick, aunque lo que realmente deseaba era pedir a Alan Peters que lo trasladase. Pero nunca se había arredrado ante un reto difícil.

Solo quedaban ocho semanas para que Nick se fuera. Una persona podía soportar cualquier cosa si sabía que el final estaba a la vista.

Los chicos estaban bromeando y echando paja fresca en los establos. Saludó a todos y desensilló a su yegua. De momento, bien, no había ni rastro de Nick. La clave sería no estar nunca a solas con él.

—¿Quieres que te ayude a llevar tus cosas? —le preguntó Jed.

—Yo me ocuparé de tu caballo, Ellie —dijo Brad, tomando las riendas.

—Gracias —sonriendo a los chicos, Ellie dejó que Jed tomara el caballete y la caja de pinturas. Tomó el lienzo y echó a andar a su lado. Justo cuando llegaban a las puertas dobles del granero, Nick apareció.

Se paró y miró a Ellie.

—Tengo que hablar contigo.

—Tengo que lavarme para la cena —repuso Ellie, sin dejar de caminar con Jed. Sabía que estaba utilizando al chico como escudo, pero lo necesitaba.

Nick miró a Jed y su frustración se hizo evidente. Alargó el brazo y detuvo a Ellie con la mano.

—Lleva dentro sus cosas, Jed. Solo será un minuto.

El chico asintió y siguió andando.

Furiosa, Ellie se desembarazó de su mano.

—Siento lo de anoche —le dijo—. Estaba borracho y furioso y me descargué contigo. Has sido muy amable conmigo desde que

estoy aquí y yo te lo he pagado comportándome como un bastardo. Lo siento.

—Acepto tu disculpa —dijo Ellie con aspereza, y dio media vuelta hacia la casa. No sabía si podría soportarlo, acababa de evocar toda la escena. Cerró el puño y se lo llevó al corazón, tratando de calmar su dolor. Tal vez hubiese aceptado su disculpa, pero pasaría mucho tiempo antes de que olvidara sus palabras.

Ellie esquivó a Nick durante toda la semana, pasando la mayor parte del tiempo en su estudio. A la hora de comer, se aseguraba de que todos los demás estuvieran en el comedor antes de reunirse con ellos. Después de cenar, se sentaba con los chicos a ver la televisión o a jugar a las cartas.

Nick la esquivaba con la misma asiduidad. Ellie sabía que se encerraba en su habitación después de la cena, seguramente para trabajar en su libro. O le pedía a Gus que le asignara tareas que lo mantuvieranalejado del rancho. Pasaba las tardes con Brad en la oficina revisando las cuentas, y cuando era posible, Jed y él trabajaban en la cascada de piedras del estanque.

Kat iba a su encuentro siempre que no trabajaba. Ellie miraba de vez en cuando por la ventana, preocupada por la joven. No cabía duda de que había tenido un flechazo con Nick. Pero aparte de observarlos, Ellie se negaba a interferir. Kat tenía que madurar sola, y Ellie no se sentía capaz de aconsejar a la joven. Su propia situación no era un ejemplo estelar de cómo establecer una relación.

Cuando Ellie mencionó su preocupación por Kat a Alberta, la mujer se limitó a sonreír y siguió trabajando.

—No te preocupes, Ellie, les he llevado refrescos mientras trabajaban en el estanque. Nick sabe lo que hace.

—Eso es lo que temo —murmuró Ellie, preocupada. ¿Y si aceptaba lo que Kat le ofrecía tan abiertamente?

—Nick le habla como si tuviera treinta años —explicó Alberta.

—¿Cómo?

—Creo que a Kat le empieza a parecer un poco viejo. Un poco... ¿estirado, tal vez?

—¿Nick? —por mucho que lo intentara, Ellie no podía imaginar que Nick le resultara estirado a nadie.

—Funcionará. Y sin que tenga que romperle el corazón a nadie

—dijo Alberta con suavidad.

—Tal vez —temerosa del rumbo que podía tomar la conversación, Ellie salió de la cocina y fue a refugiarse en su estudio. Daría cualquier cosa con tal de poder sentarse en el porche y contemplar el paisaje, balancearse y disfrutar de su hogar. Pero mientras Nick Tanner estuviera allí, aquel placer le estaba vedado.

Poco a poco, la vida en el rancho volvió a la normalidad. Ellie empezó a sentirse más cómoda con Nick, aunque se cercioraba de no quedarse nunca a solas con él. No quería exponerse a sueños o expectativas tontos.

Visitó al oculista y empezó a usar lentes de contacto, disfrutando de la libertad de no llevar gafas. Margot y ella esbozaron la siguiente historia, y pintó un nuevo cuadrode su paisaje favorito.

En cuanto colocaron la última piedra de la cascada, Nick puso en marcha un nuevo proyecto: pintar la casa. Pasarían varios días antes de que pudieran llenar de agua el estanque, porque la argamasa que habían usado tenía que secarse primero.

Nick abordó el proyecto de la pintura igual que el del estanque, asignando tareas a los demás, pidiendo presupuestos, alquilando andamies, comprando pintura, organizando turnos entre los chicos. Él mismo afrontó la ardua tarea de raspar la pintura vieja de las zonas donde se había desprendido y agrietado, lijando los bordes y rellenando agujeros.

Ellie trataba de ignorar la presencia de Nick, pero cada día le resultaba más difícil. Cuanto más tiempo trabajaba en la granja, más desarrollaba sus músculos. Claramente visible cuando se quitaba la camisa a pleno sol, Ellie se sorprendía observándolo durante largos momentos antes de darse cuenta de lo que hacía. Recordaba la noche que habían compartido y sentía un hormigueo por todo su cuerpo. Su boca ansiaba otro beso profundo y apasionado.

El sábado, Ellie se quedó sola. O prácticamente sola. Los vaqueros iban a pasar fuera todo el día; Gus y Alberta se habían ido a visitar a unos amigos; Kat y Ariel estaban trabajando; y Jed y Brad habían salido a dar un largo paseo a caballo. Nick estaba en su habitación, pero eso podía soportarlo. Sentada en el balancín, cerró los ojos. Aquel día no le apetecía trabajar. Tal vez subiera a su habitación a echarse la siesta. O terminaría el libro que había

empezado a leer. O no movería un músculo hasta la cena.

Al oír unos pasos, volvió la cabeza. Nick se dirigía al estanque desde la parte de atrás de la casa. Se puso en cuclillas y pasó las manos por las piedras. Al verla, se puso en pie.

—Creo que podemos llenarlo, si quieres —le gritó.

—¿En serio? —Ellie sintió que el corazón le daba un pequeño vuelco—. Entonces, adelante.

Conectaron entre sí todas las mangueras que tenían y llevaron el extremo al estanque. La bomba reciclaría el agua cuando estuviera lleno.

Ellie le hizo una seña y Nick abrió el grifo. En cuestión de segundos, el agua empezó a brotar de la boca de la manguera y a llenar el foso. El nivel subió lentamente, cubriendo todos los recovecos de la base.

Nick caminó hasta el extremo opuesto del estanque y se puso en cuclillas para ver cómo Ellie arrojaba el agua. Las diminutas gotas captaban la luz del sol y formaban varios arco iris. Ellie estaba feliz y le gustaba verla así. No había sonreído mucho últimamente.

El estanque se fue llenando poco a poco mientras él llenaba sus sentidos mirándola.

Aburrida de sostener la manguera, Ellie soltó el extremo dentro del estanque y salpicó a Nick sin querer.

—¡Eh! —Nick se puso en pie al instante y empezó a sacudirse el agua de los vaqueros y la camisa—. Está fría.

—Pobrecito. No es más que agua —se burló.

—Conque no es más que agua, ¿eh? —murmuró. Metió la mano en el estanque y salpicó a Ellie, empapándole los pantalones cortos y sus bronceadas piernas.

—Canalla.

—Eh, no es más que agua.

Con ojos entornados, Ellie se metió en el estanque con intención de salpicarlo otra vez. Enseguida entraron en batalla y se arrojaron agua hasta quedar empapados, riendo con tantas ganas que apenas se tenían en pie en los bordes resbaladizos del estanque.

En un intento desesperado por ganar, . Ellie recuperó la manguera y apuntó a Nick.

—Eh, no es justo —Nick saltó del estanque y la alcanzó por detrás, oprimiendo la manguera para obstaculizar el paso del agua.

Ellie trató inútilmente de que la soltara. La risa de Nick resonaba en la tarde mientras tiraba de la goma para atraerla hacia él. Quitándole el extremo de la mano, dejó de oprimir la manguera para que el agua bañara a Ellie de la cabeza a los pies, y la sujetó con una mano para que no pudiera escapar a su despiadado asalto.

—Para, so monstruo. Está helada. ¡Para!

Riendo, Nick cedió y arrojó la manguera al estanque.

—Yo gano —declaró con una amplia sonrisa de satisfacción en los labios.

—Canalla, estoy empapada —exclamó Ellie, contemplando su ropa mojada. Se adhería a su cuerpo como una segunda piel. El agua gélida había contraído sus pezones, que sobresalían por debajo del algodón húmedo de su camisa, claramente perfilados a la luz de la tarde.

Nick se quedó mirándola y su risa se extinguió al tiempo que el ansia ocupaba su lugar. Su cuerpo se tensó en respuesta. ¡La deseaba! A pesar de sus odiosas palabras, de la Maldad de Ellie de las últimas semanas, la deseaba de una forma primitiva e imparable. ¿Acaso no sabía lo que le estaba haciendo allí de pie ante él? Era la fantasía de todo hombre hecha realidad.

Con un gemido ahogado, la atrajo a sus brazos.

Capítulo 12

DEJÓ de sentir frío en cuanto el cuerpo ardiente de Nick se fundió con el suyo.

Sus labios la devoraban, exigiendo una respuesta.

Ellie apenas podía respirar. Las llamas de la pasión crecían con cada caricia, y el calor se extendía por todos sus miembros. El ansia de Nick hallaba respuesta en su cuerpo, que anhelaba satisfacción, amor.

Perdió la noción del tiempo y del espacio. Los dedos astutos de Nick soltaron los botones de su camisa, la abrieron y expusieron sus senos desnudos y húmedos al calor de su mirada y del sol. Suavemente, con reverencia, acarició primero un contorno y luego el otro, trazando círculos cada vez más pequeños hasta que las yemas de sus dedos alcanzaron las puntas afiladas de sus pezones.

Ellie empezó a temblar, embrujada por su roce, anhelando más, mucho más. Lentamente, Nick bajó la cabeza para atrapar un pezón y acariciarlo con su lengua ardiente y rasposa, succionándolo. Ellie gimió intensamente y sintió una ráfaga de puro placer por todo su cuerpo. Sujetando su cabeza entre los dedos, se entregó al inesperado deleite inducido por su boca. La mano libre de Nick se deslizó por su cintura, por sus glúteos, acariciándola, memorizándola otra vez.

Nick dio un paso atrás, se quitó la camiseta por encima de la cabeza y la arrojó a la hierba. La apretó contra él hasta que sus senos desnudos presionaban su tórax y pudo sentir el centro duro de su deseo.

—Maldita sea, Ellie, te deseo. ¡Me vuelves loco! No sigas enfadada conmigo. Perdóname.

Deslizó la mano bajo la exigua tela de sus pantalones cortos, acariciando la piel suave de su moldeado trasero, acariciando su calor.

Ellie contuvo el aliento, temblando de deseo.

—Nick, para. Estamos a plena luz del día.

Cualquiera puede venir y vernos desde la carretera —dijo mientras movía sus senos sobre su tórax. Cerró los brazos en torno a su cuello y buscó sus labios. Sabía que tenía que parar, pero no

conseguía separarse de él.

Con un único movimiento, Nick la levantó en brazos y caminó hacia la casa. Deteniéndose solo un momento para decirle a Tam que se quedara fuera, entró directamente a su dormitorio. Dejó a Ellie sobre la cama y empujó con impaciencia los papeles en los que había estado trabajando, desperdigándolos por el suelo. Después de quitarse los pantalones, la ayudó a desprenderse de la camisa mojada.

Ellie lo devoró con la mirada. Era espléndido. Moreno donde estaba bronceado, increíblemente pálido bajo los vaqueros. La evidencia de su deseo aparecía ante sus ojos, y contuvo el aliento ante la belleza de su forma masculina.

¿Qué estaba haciendo allí, desnuda en su habitación? ¿No le había hecho ya bastante daño después de la última vez?

Se incorporó con intención de irse, pero Nick se inclinó sobre ella y la besó. Suave—mente, con vacilación. Fue el beso más dulce que Ellie había recibido nunca y derritió toda su resistencia.

Lentamente, Nick deslizó la mano por su costado, por sus piernas, inflamando cada centímetro de piel que tocaba. Ellie empezó a temblar otra vez cuando se acercó a su entrepierna. Su corazón latía y latía, haciendo correr la sangre por todas sus venas. En aquella ocasión sabía qué esperar y su cuerpo estaba en llamas. Nick la observó mientras sus dedos hallaban la suavidad que buscaban, la acariciaban ligeramente y seguían su trayecto hacia arriba, por encima de su abdomen hasta los senos henchidos que esperaban su exploración.

Ellie estuvo a punto de gritar cuando su mano cubrió su pecho. Ardía de deseo y anhelo insatisfecho.

—¡Nick! —Ellie lo asió con dedos frenéticos, deseándolo como no había deseado nunca nada en el mundo. Olvidadas estaban sus terribles palabras, y solo existía el recuerdo de su primera vez, del deleite y el placer que habían compartido.

Nick sonrió lentamente y posó sus labios donde sus dedos la habían acariciado,rodeando el pezón rosado con su boca ardiente y atormentándola con la lengua.

Ellie se agitó bajo su cuerpo, rodeándolo con los brazos y acercándolo a ella para que pudiera calmar el anhelo que se intensificaba en su vientre.

—Tranquila, cariño. No tenemos por qué darnos prisa.

—Sí que tenemos —jadeó, moviendo la mano hasta rodear su virilidad y acariciarlo, amarlo.

Nick jadeó con su caricia.

—Tal vez tengas razón —la besó con fuerza y sus manos se movieron con urgencia, incitándola a continuar.

Ellie fue a su encuentro, dispuesta a recibirlo, a sentir la maravilla de su miembro llenándola otra vez, expandiéndola, excitándola. Nick se movió, transportándola al borde del deleite y más allá. El mundo estalló y Ellie alcanzó la cima del éxtasis antes de volver lentamente a la tierra y recuperar la cordura. El mundo seguía allí, pero ella había cambiado para siempre.

Nick le besó el cuello, la mejilla y, cuando ella se volvió para mirarlo, la besó profundamente en la boca.

—Ellie, perdóname. Tienes que hacerlo —le dijo—. No pienso nada de lo que te dije.

Ellie abrió lentamente los ojos y la incer—tidumbre afloró en su rostro.

—Ya te habías disculpado.

—El perdón es diferente. Tienes que concedérmelo.

Ellie inspiró profundamente y asintió. ¿Cómo podía defender el perdón si no daba ejemplo de ello?

Cerrando los ojos, Nick apoyó la cabeza junto a la suya, inspirando su aroma exclusivo. Algo se había movido en su interior. No sabía qué había pasado, pero se sentía más ligero... casi purgado.

Ya casi estaba atardeciendo cuando Ellie se despertó. El sol estaba por encima del horizonte, y apenas soplaba una leve brisa. Se estiró, volviéndose lentamente para contemplar la habitación. Estaba sola. ¿Adonde habría ido Nick?

Se levantó, recogió su camisa y sus pantalones y asomó la cabeza por la puerta. En la casa reinaba el silencio. No sabía dónde estaba Nick, pero al menos los demás no habían vuelto.

Corrió escaleras arriba hasta su habitación y se dio una ducha rápida. Se puso unos vaqueros y un jersey de punto, se secó el pelo y, después de aplicarse un poco de maquillaje, salió en busca de Nick.

No estaba por ninguna parte, y Tam también había

desaparecido. ¿Abrían ido a dar otro de sus largos paseos?

Se acercó andando hasta el estanque. Estaba lleno, la bomba funcionaba y el agua de la cascada salpicaba y burbujeaba emitiendo un agradable sonido. Sonriendo de puro deleite, caminó hasta el porche y se sentó en el balancín. Podía oír el suave murmullo de la cascada, justo como había imaginado. Mientras contemplaba la obra, dos patos se acercaron contoneándose, contemplando el estanque con recelo. Entonces, con la alegría del reconocimiento, corrieron al agua y empezaron a nadar, metiendo las cabezas bajo la superficie para luego sacudirlas al aire.

Ellie sonrió al ver sus travesuras, encantada de que el estanque estuviera terminado. Por un momento, la angustia en su corazón la impidió respirar. Siempre que lomirara, se acordaría de Nick, de su trabajo en el estanque, de su pelea en el agua, de aquella tarde en su cama.

Cambió de postura en el balancín y lo puso en movimiento. ¿Qué sería de ellos? En cuestión de semanas, Nick tendría que seguir adelante con su vida. Manos Amigas preparaba a sus huéspedes para dar ese paso, era esencial que los delincuentes regresaran al mundo exterior, pese a lo mucho que quisieran quedarse con sus anfitriones.

Nick también debía irse, a pesar de lo difícil que fuera decir adiós.

Las lágrimas brillaban en sus ojos cuando oyó el ruido de sus pisadas y las de Tam en la grava. Al verla, Nick se dirigió hacia el porche. Secándose rápidamente las lágrimas, confiando en que no se hubiera dado cuenta, Ellie desplegó una brillante sonrisa. No lamentaba lo que habían hecho y no quería que él lo pensara. La vida era demasiado corta para perder el tiempo con vanas lamentaciones. Era lo que era.

—¿Otro paseo? ¿Es que nunca te cansas de hacer ejercicio? —le preguntó cuando estuvo más cerca—. Puedo pedirle a Gus que te busque todavía más tareas.

Nick rio. Parecía más joven que nunca, y casi feliz.

—Tengo algunos músculos atrofiados por la falta de uso. Tendremos que remediarlo —se sentó a su lado en el balancín y entrelazó los dedos con los suyos, colocando las dos manos sobre su muslo. Sus vaqueros se ceñían a sus piernas y la camisa a cuadros

realzaba sus hombros anchos. Ellie pensó que estaba formidable, pero no podía decírselo, y desvió la mirada, confundida.

—El estanque es una maravilla. Gracias.

—Tuve que levantarme, habíamos dejado el grifo abierto. Cuando salí, casi se había inundado la pradera. No creo que tengas que añadir agua durante bastante tiempo. Seguías durmiendo, así que fui a dar un paseo. ¿Estás bien?

—Sí —apretó sus dedos y apoyó la cabeza en su hombro. Durante largo tiempo permanecieron callados, balanceándose suavemente. Ellie sonrió pese a las lágrimas que inundaban sus ojos. Recordaría aquel momento agridulce toda su vida.

—Se está a gusto aquí —dijo Nick.

—A mí me encanta. Es tranquilo, apacibley seguro. Y la cascada suena justo como lo imaginé cuando tuviste la idea. Para mí, esto es lo máximo que se puede pedir en la vida. La verdad es que no me gustan las ciudades.

—¿Ni siquiera para ir de visita de vez en cuando? —preguntó.

—Tal vez. Pero el rancho es mi hogar.

—Salisbury es una ciudad pequeña, pero yo quería salir. Quería ir a la gran ciudad, destacar —guardó silencio durante un largo momento—. Supongo que eso fue lo que hice.

—Olvídalo, Nick —repuso Ellie con suavidad—. Perdónate. Cometiste un error, todos los cometemos. Pero si aprendemos de ellos y no los repetimos, podemos superarlos y seguir adelante.

—Eso es lo que estoy haciendo... Por eso no pienso fiarme otra vez de una mujer atractiva —dijo con voz lenta. Sin embargo, empezaba a confiar en Ellie.

Ellie se quedó inmóvil. La conversación había cambiado totalmente de rumbo. Tragó saliva y dijo:

—No creo que tengas ocasión de volver a confiar en Sheila.

—Ni en ninguna mujer —declaró—. Si una es capaz de traicionar el amor de un hombre, ¿por qué no van a hacerlo las demás?

Ellie rio con suavidad.

—Vamos, Nick, eso es absurdo. Tú mismo cometiste un error ante la ley, pero eso no quiere decir que todos los hombres lo hagan, o que nadie pueda volver a fiarse de ti. Si te sirve de algo, yo confío en ti.

—¿Aunque yo no me fíe de ti? —preguntó.

—No hace falta que sea recíproco. Yo confío en ti, te fíes tú de mí o no. Pero puedes fiarte de mí. Tal vez te des cuenta antes de irte.

—¿Adonde voy a ir?

—Tu estancia termina dentro de unas semanas. No me digas que no cuentas los días.

—Tal vez me quede.

Ellie parpadeó. Aquello era una sorpresa.

—No puedes, tienes que seguir adelante con tu vida. Este es tu hogar temporalmente, porque tienes que enfrentarte al mundo tú solo —sabía que hablaba en tono protector, pero creía en el programa.

—Ya te dije una vez que ya tengo madre, no hace falta que ocupes su lugar —su vozse tornó áspera, y apretó su mano con furia.

—Nick, todo esto es artificial. Llevas sin una mujer más de tres años. Yo estoy disponible, me siento atraída por ti, era inevitable.

—Lo que dices es despreciable. No ha sido solo sexo, Ellie. Yo... me he encariñado de ti.

Si alguna vez había pensado que un milagro arreglaría las cosas, sus palabras disiparon toda esperanza. ¡Se había encariñado de ella! No se moría de amor, ni ardía en deseos por tenerla, no. Ellie se había encariñado de sus patos, por el amor de Dios.

—Por favor, no quiero seguir hablando de esto, es absurdo. Cuando terminen los tres meses, te marcharás, y unos días después, otro huésped vendrá a ocupar tu lugar. Así funciona el programa.

Nick la miró con exasperación.

—Al cuerno si te entiendo. Yo creía que después de esta tarde la idea de prolongar mi estancia no sería tan espantosa.

—Lo que hemos compartido ha sido especial —cómo de especial, Nick nunca lo sabría—. Pero hacer el amor no constituye un compromiso de por vida con otra persona.

No podía creer lo que estaba diciendo, porque así era como se sentía. De una forma u otra, se había comprometido de por vida con Nick Tanner. No habría otro hombre en su vida.

—Entonces, ¿eso te basta? ¿Unas cuantas semanas más juntos y luego adiós?

Ellie asintió y volvió la cabeza para que no viera las lágrimas en sus ojos. Confió en que no le pidiera que hablara porque la garganta le dolía y apenas podía respirar.

—Unas cuantas semanas —repitió Nick. Podría hacerle cambiar de idea. Aprovecharía el tiempo, se haría indispensable. Ayudaría a los demás, aprendería más cosas sobre el rancho y se haría insustituible. No quería irse pasados los tres meses. Su bonita carcelera soltaría sus ataduras, pero lo mantendría esposado a su lado con su dulzura.

Se volvió y la levantó en brazos del balancín.

—El tiempo vuela, así que debemos aprovecharlo al máximo —la besó y la condujo a su habitación.

Capítulo 13

PERO nada de lo que Nick hizo durante las tres semanas siguientes la hizo cambiar de idea.

La casa estaba pintada, el estanque había sido un éxito y Brad y Jed aprendían cada vez más la parte empresarial del rancho. Ariel había decidido ir a la universidad en el otoño, pensando en licenciarse en psicología. Quería hacer lo mismo que Ellie, ayudar a personas necesitadas. Kat ya hablaba de encontrar un apartamento en Jack—son, de seguir trabajando en la boutique. Tal vez un día montaría su propia tienda.

Ellie hacía de madre para todos ellos. Los respaldaba, pero no cambiaba de idea respecto a Nick, y sabía que eso lo estaba volviendo loco.

Era su último día en el rancho.

Hicieron el amor de forma especialmente dulce aquella última noche. Pero cuando Nick se quedó dormido, Ellie se levantó y fue a refugiarse en su habitación. Durante las últimas tres semanas había tirado al viento toda cautela para pasar casi todas las noches en sus brazos. A partir de entonces, dormiría sola, sería mejor que empezara a acostumbrarse. Se sentía como si los barrotes de una prisión la estuvieran rodeando, separándola de la vida, el amor, la felicidad. Tardó mucho tiempo en quedarse dormida.

A la mañana siguiente, Ellie fue al granero para dar de comer a los animales, preguntándose cómo sobreviviría todas las mañanas del resto de su vida. Día a día, pensó, como había hecho tras la muerte de Bobby.

Nick apareció en el interior a oscuras como una figura en sombras que se cernía sobre ella.

—¡Nick! Me has asustado —Ellie contuvo el aliento al verlo.

—Quiero hablar contigo. ¿Por qué te fuiste anoche? Estuve a punto de subir arriba a buscarte. Lo nuestro no ha terminado.

—Claro que ha terminado, hoy eres un hombre libre, libre de ir a donde quieras yhacer lo que quieras siempre que sea legal. Tengo los papeles en la oficina, te los daré después del desayuno. Ya he hablado con Gus y te llevará a Stockton para que puedas tomar un autobús hasta San Francisco, o a donde quieras ir.

—¿Y si lo que quiero no es irme, sino quedarme aquí?

Ellie inspiró profundamente, confiando en que su dolor no se reflejara en su expresión ni en su tono de voz.

—Bueno, eso no es una opción.

Se volvió para dar de comer a Penelope. La cerda chilló y dio vueltas por el corral. Ellie recordó vividamente el primer día con Nick, lo mucho que se había sorprendido al ver a Penelope. La asaltaron otros recuerdos. Cómo daba de comer a las gallinas y a los patos, y la seriedad con la que lo había hecho las primeras veces. Sus largos paseos con Tam. El hallazgo del huevo sobre la viga, su pelea en el estanque. Dios, iba a echarlo tanto de menos.

Unas manos férreas la asieron de los brazos y la obligaron a mirarlo.

—No pienso irme. Nos casaremos, si eso es lo que quieres.

Ellie parpadeó con sorpresa, sintiendo los fuertes latidos de su corazón. «Si eso es lo que quieres». Levantó la barbilla y lo miró a los ojos. Nunca sabría lo que quería.

—Nick, tu estancia aquí ha sido como un paréntesis. Soy la primera mujer de tu vida desde que estuviste con Sheila, todavía no sabes lo que quieres. No has salido con otra mujer, no has tenido oportunidad de conocer a alguien de quien enamorarte y con quien construir una nueva vida.

—No hay comparación entre tú y Sheila.

—Por el amor de Dios, la amaste lo bastante como para cometer un delito por ella. ¿Intentas decirme que la has olvidado por completo y que quieres casarte conmigo? —¿porque se había encariñado de ella? Ellie casi se atragantó por la rabia que la dominó. Quería la clase de amor que Sheila tan alegremente había despreciado. Quería ser deseada y amada y cuidada, y no se conformaría con nada menos.

—Sheila me utilizó, todo lo que sentía por ella se ha desvanecido. Salvo la amargura por que me hubiera utilizado, tal vez —dijo Nick.

—Necesitas empezar tú solo —repitió conobstinación. Dio un paso atrás y Nick la soltó a regañadientes—. Busca un lugar nuevo en el que vivir. Conoce a otras personas. Si las novelas van a ser tu fuente de ingresos, necesitas montarte un despacho y trabajar en él con regularidad.

—Me gusta el rancho, he aprendido mucho, Ellie. Conozco la parte de contabilidad y puedo aprender el resto. Y ahora ya casi soy capaz de hacer lo mismo que Tomas y Rusty. Salvo herrar a los caballos.

—Hay mucho más en la vida que el trabajo con el ganado. Si realmente te gusta, bus: ca un puesto en otro rancho. El Oeste está plagado de ellos.

—Me gusta este.

—El señor Peters dice...

—¿Qué? ¿Es que tengo que pelearme también con él?

—Dice que los huéspedes se acomodan. Superaste la transición de la prisión aquí, pero tienes que afrontar el reto de volver a una vida normal.

—Diablos, Ellie, esto ya supone un reto bastante grande para mí. Tal vez nunca aprenda todo lo que Rusty o Tomas han aprendido desde que nacieron, pero voy a intentarlo. Déjame que me quede.

—¡No! ¿Es que no has oído ni una palabra de lo que te he dicho? No puedes quedarte aquí. Ve a buscar tu sitio en el mundo. Sé un escritor, o prueba con otra cosa. Busca un rancho que te contrate. Ve a tu casa a visitar a tus padres. Haz algo con tu vida. Te mereces lo mejor, Nick, no te conformes con menos —Ellie luchó con todas sus fuerzas para que las lágrimas no afloraran en sus ojos. Resultaba tan difícil. ¿Por qué seguía discutiendo con ella? ¿Por qué no se iba y la dejaba morir en paz?

—¿Y si no me voy?

Ellie no conseguía hacérselo entender. Sería necesario recurrir al argumento definitivo.

—No quiero casarme contigo. No te quiero en mi rancho. Tu estancia aquí ha terminado. Vete, Nick, vete de una vez.

Murmurando una maldición, Nick dio media vuelta y salió del granero.

Ellie lo vio alejarse con una angustia en el pecho comparable a la que había sentido tras la muerte de Bobby. Si al menos Nick la amara. No tenía que amarla tanto como Sheila, pero quería un poco de amor. Parpadeando con frenesí, intentó contener las lágrimas, pero brotaban de forma incontrolada. Se pasó las manos por las mejillas húmedas, dio media vuelta y se adentró en el granero.

No consentiría que supiera cómo se sentía. Nick había cambiado

desde su llegada al rancho y había llegado el momento de que siguiera adelante con su vida. El programa había dado resultado una vez más, solo que en aquella ocasión, Ellie no se alegraba.

Dos días después, Ellie estaba sentada en el balancín del porche, apática, letárgica. Empujaba lentamente el balancín con un pie y sostenía un vaso de té frío olvidado en su mano izquierda. Contemplaba el estanque de los patos, y en su mente veía a Nick cuando había trabajado en él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por el recuerdo de días más felices, perdidos para siempre.

El ruido de unos pasos sobre la grava la alertó de que tenía visita. Al volverse, vio cómo Kat rodeaba la casa y subía los peldaños del porche.

—¿Quieres compañía? —preguntó.

—Claro —haciendo un esfuerzo, Ellie intentó sonreír. A juzgar por la expresión de Kat, no le había salido bien.

Kat la contemplaba con expresión sombría, percibiendo su apatía, sus ojos llenos de lágrimas detrás de las gafas. Movió la cabeza, compadeciéndose de su tristeza, vacilando, insegura.

—Supongo que echas de menos a Nick, ¿eh?

Ellie asintió y fijó la mirada en las colinas distantes. Kat se sentó a su lado.

—¿Volverá alguna vez? —le preguntó. Ellie lo negó con la cabeza.

—Le dije que no lo hiciera.

Pensó en las últimas horas antes de la marcha de Nick. Habían sido terribles. Nick le había echado en cara su obstinación, su decisión de negarle la oportunidad que quería. Ellie se había mantenido férrea en su postura, aunque cada vez le había resultado más difícil. Finalmente, frustrado e iracundo, Nick se había ido hecho una furia.

—Esto no termina así —le había gritado cuando Gus se alejaba con él en el camiónpara llevarlo a la ciudad.

—Por favor, no vuelvas —había dicho Ellie estoicamente, aunque su corazón le pedía a gritos que no se fuera. Al contrario que a los demás huéspedes, no podía invitarlo a regresar cuando quisiera. No podía someterse a aquella agonía por segunda vez. Con Nick, tenía que ser un corte limpio.

—Creo que le caes muy bien —dijo Kat pasado un minuto.

—A mí él también —dijo Ellie—. Todos mis huéspedes me caen bien.

—Yo quería caerle bien, que me quisiera, en realidad. Pero no resultó. Supongo que fue una idea estúpida, ¿eh?

—No, claro que no. Pero no habría funcionado, cariño. Es mucho mayor que tú y una mujer le hizo mucho daño. No puede fiarse de ninguna. Y eso no es bueno para una relación duradera.

—Al menos no has dicho que yo era demasiado pequeña.

—¿Nick te lo dijo?

—No. Durante unos días creí que estábamos intimando. Nunca me besó ni nada de eso, pero me hablaba.

Ellie se preguntó qué pensaba Kat de Nick en aquellos momentos.

—¿Y?

—Y sigue siendo un tipo simpático. E imponente. Pero es mayor, demasiado mayor para mí. No nos gusta la misma música, ni quiere hacer locuras como yo —dijo Kat, mirando a Ellie—. No me interpretes mal, pero Jed me cae mucho mejor.

—Jed y tú tenéis intereses comunes. Y conocerás a otros que también los tengan. Y algún día encontrarás a un hombre especial que querrá compartir su vida contigo.

—Uno de los ayudantes del sheriff me invitó ayer a tomar café —dijo Kat—. Solo tiene veinticinco años. ¿No es demasiado viejo, no crees?

—¿Tú qué crees?

—Al principio pensé que quería vigilarme. Como conoce mi historial y todo eso. Pero ha ido a la tienda varias veces —dijo Kat, sonriendo—. Siempre se pone colorado, como si le diera vergüenza estar allí. Habla con Yvonne y luego siempre se acerca a charlar conmigo.

—Entonces, ¿fuiste a tomar café?

—No. Tal vez otro día.

—Ve cuando sientas que quieres hacerlo—estúpido consejo. Sentía que quería seguir con Nick y lo había echado. Tal vez Kat fuese más sensata.

—¿Tú qué crees?

—Creo que ese ayudante no te invitaría a salir si no quisiera

conocerte mejor. Sal y diviértete.

Kat se quedó callada por un momento.

—¿Hay algo más? —preguntó Ellie finalmente.

—Desde que Nick se ha ido, he estado pensando. A mí también me falta poco para irme.

—¿Te hace ilusión? —preguntó Ellie. Kat se encogió de hombros.

—Tal vez.

—Tal vez sientes un poco de recelo también. Eso es normal —dijo Ellie en tono práctico.

—¿Es normal?

—Claro. Pide ayuda si la necesitas. No porque te vayas, vamos a olvidarnos de ti. Nos caes bien, Kat. Alberta y yo podemos ayudarte a encontrar un apartamento, si sigues pensando en quedarte en Jackson. Pediremos donaciones de muebles a la iglesia. Los chicos pueden ayudarte a hacer la mudanza. Y nos tendrás cerca.

—A Nick lo obligaste a marcharse y le dijiste que nunca volviera.

Ellie inspiró profundamente, sintiendo un agudo dolor.

—Lo sé, pero era una situación distinta. Podrás venir al rancho cuando quieras. Espero que nos visites a menudo. Te aprecio mucho, Kat.

La joven la miró de reojo.

—Sí, bueno, también apreciabas mucho a Nick. No estamos ciegos, ¿sabes? Estás locamente enamorada de él, si tu cara de boba cuando él estaba era alguna indicación. Y lo echaste y no lo invitaste a volver. Perdona que piense que a mí tampoco me darás la bienvenida.

Dolida, Ellie se volvió para mirar a Kat.

—Eso no es cierto. Quiero que pienses en el rancho como en tu segunda casa. Ven cuando quieras, siempre serás bien recibida.

—¿Y Nick?

La joven no se daba por vencida. Ellie trató de hallar una explicación, pero no pudo. Ya no sabía lo que estaba bien y lo que no. Renunció y se limitó a mover la cabeza.

—Es una situación diferente.

—Está bien —dijo Kat, aparentemente aplacada.

—Lo harás bien —declaró Ellie, y le dio un leve apretón en el

brazo. Quería lo mejor para Kat. Su pasado no había sido bueno, y confiaba en que se construyera un futuro mejor.

—Voy a hacer que te sientas orgullosa de mí —afirmó Kat de repente—. Nunca olvidaré lo que has hecho, Ellie. Nunca te decepcionaré.

—Lo sé, Kat. Gracias.

«Apúntate otro, Bobby. Kat lo conseguirá, lo sé. Ojalá estuvieras aquí para verla».

«Todavía te echo de menos».

Al día siguiente por la tarde, Ellie intentó pintar. Una suave brisa se colaba por las ventanas abiertas del estudio y el aroma a azúcar y canela flotaba en el aire. Alberta estaba cocinando otra remesa de tartas de manzana. El ambiente, sereno y apacible, incitaba a la creatividad, pero Ellie nunca se había sentido tan poco inspirada.

Al oír pasos en la escalera, levantó la vista y vio a Margot entrando con ímpetu en la habitación.

—He oído que se ha ido.

—¿Nick? Sí, se fue hace un par de días. Terminó sus tres meses de estancia.

—Eres tonta, *mon amie* —dijo Margot con impaciencia—. Te estabas enamorando de él. ¿Por qué no lo has mantenido a tu lado un poco más para ver qué surgía?

—No iba a surgir nada. Se había encariñado de mí. Si yo hubiera insistido, tal vez se habría casado conmigo, pero no me habría amado. Y eso es algo que me gustaría tener en un matrimonio, ¿no crees? —el dolor era profundo; suspiró y contuvo las lágrimas. ¿Dejaría de llorar algún día?

—Dale un respiro, *chérie.* Lo ha pasado muy mal. Al principio, ni siquiera concebía volver a confiar en una mujer. Ahora dices que quería quedarse a vivir contigo. ¿Tan terrible es?

—Margot, hace tres años amaba a Sheila. La amaba tanto que encubrió su delito y fue a la cárcel. Así que ha pasado tres años sin una mujer. Entonces me conoce a mí, que no le exijo nada y me siento atraída por él, e imagina que quiere pasar su vida conmigo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó Margot, tan práctica como siempre.

—En primer lugar, no es lo que yo quiero —«mentira», susurró

una vocecita en su interior—. En segundo lugar, no está pensando con claridad. Hace más de tres años que no trata con ninguna otra mujer. Son sus hormonas las que hablan.

—Tiene treinta y dos años. A esa edad, seguramente ya sabe lo que quiere.

—No funcionaría —¿estaba intentando convencer a Margot, o convencerse a sí misma?

Margot exhaló un suspiro de exasperación y frunció el ceño. Inspiró hondo y lo volvió a intentar.

—Tal vez tiene miedo de reconocer que está enamorado.

Ellie lo negó con la cabeza. No era solo eso. Si la hubiera amado, habría insistido mucho más en quedarse.

Margot dio vueltas por el estudio.

—No puedo creer que lo dejaras marchar.

—No lo dejé, lo obligué a irse, necesita volver al mundo real. Dejar atrás el pasado y seguir adelante.

—Y luego, si sale con docenas de mujeres y consigue un trabajo y una nueva vida y todavía te quiere, ¿lo aceptarías?

—Has estado escribiendo demasiados cuentos de fantasía. Eso no va a ocurrir —pero cómo deseaba que ocurriera. Justo como Margot lo había contado.

—Bah, no puedo creerlo. Primero lo echas y ahora dices que no funcionaría, y a no ser que no entienda lo que ven mis ojos, te mueres por estar con ese hombre. ¿En qué quedamos, *chérie?*

Su amiga tenía razón, pero había tomado la decisión de echar a Nick y había sido correcta. Llegaría el día en que su corazón no sufriría tanto y su mente dejaría de preguntarse qué estaría haciendo Nick en cada instante, estuviera donde estuviera, y si se encontraba bien. La vida seguía, el sol continuaba saliendo por las mañanas. Debía mostrarse alegre con las demás personas de su vida.

—Tienes razón, amo a Nick, pero él no lo sabe. Y a la larga, es mejor que se haya ido. Decía que aquí estaba cómodo, que se habíaencariñado de mí. ¿Cómo te sentirías si Philip estuviera «encariñado» contigo? Lo superaré y, un día de estos, estaré bien.

En el fondo, lo cuestionaba, pero seguramente sería cierto. Algún día, cuando tuviese arrugas y canas, se olvidaría de Nick Tanner.

Margot suspiró con suavidad.

—He venido a decirte que tengo noticias de nuestro editor. Le gusta el último libro. Quiere un par de cambios en el texto y una ilustración más. Y le gusta la propuesta para el siguiente. Me ha preguntado cuándo podríamos tenerlo.

—Estupendo —Ellie forzó entusiasmo en su voz—. ¿Qué es lo que quiere cambiar exactamente?

Charlaron de su trabajo, hicieron planes para el siguiente proyecto, fijaron fechas y concretaron la lista de las ilustraciones. Cuando Margot se fue, Ellie se sentía mejor. El plazo fijado para el siguiente cuento era corto, y Ellie se preguntó si Margot habría exagerado la necesidad de darse prisa para que ella no tuviera tiempo para cavilar. Fuese como fuese, las fechas de entrega estaban ahí.

La vida volvió a la rutina. Ellie dedicaba parte de su tiempo a todos los huéspedes, y solicitó otro para que cubriera el puesto de Nick. Aunque durante todas las comidas recordaba la presencia de Nick en la mesa, no se lo mencionaba a nadie. Aunque cuando recogía huevos recordaba el día en que se le había roto uno en la cabeza, intentaba sonreír entre lágrimas. Si mientras se sentaba en el porche y escuchaba la cascada recordaba cada segundo pasado con Nick Tanner, guardaba sus recuerdos para sí.

Llegó el día de su cumpleaños y Margot y Philip le enviaron flores y una tarjeta. Sus huéspedes, incitados por Alberta, la sorprendieron con una tarta enorme y regalos de todos. Ellie disfrutó de la velada, pero no pudo evitar pensar en todos los cumpleaños que le quedaban. Cumpleaños que pasaría sin Nick.

Y aunque durante el día pasaba horas absorta en su trabajo, durante las noches largas y solitarias, Ellie no podía ignorar los recuerdos y pensaba en Nick constantemente. Se preguntaba si alguna vez pensaría en ella. Lo echaba terriblemente de menos, con un anhelo profundo e intenso que, por el momento, no daba muestras de aplacarse. Sin duda, con el tiempo, dejaría de sentir aquel vacío.

CAPITULO 14

TRES semanas después de que Nick se fuera, Ellie encontró una llamativa postal en su correo, con una imagen colorista de una antigua escena de playa. Al darle la vuelta, contempló la letra enérgica de Nick:

Volví a casa. Fue bien. He empezado a salir con otras mujeres, como tú sugeriste. Nick.

Ellie se quedó mirándola largo tiempo. ¿Qué había sido de sus protestas de querer quedarse y construir un futuro con ella? Ya estaba saliendo con otras mujeres. Cerró los ojos para amortiguar el dolor que la imagen le producía. Nick sonriendo a otra mujer, sosteniendo su mano. Incluso bailando con ella.

Nunca habían salido juntos. Nunca habían ido a bailar ni a cenar solos, ni siquiera habían dado un paseo juntos. En cambio, estaba cenando e invitando a salir a otras mujeres. Mujeres que seguramente no lo amarían tanto como ella.

—Maldito sea —le dijo a Tam, que estaba trotando a su lado por el camino de grava—. No tenía por qué decírmelo. Se ha ido para siempre, ¿por qué se molesta en escribir?

Rompió la tarjeta en dos y se la guardó en el bolsillo de los pantalones. No tenía sentido conservarla, y tampoco podía compartirla con los demás. ¿Cómo iba a explicar su misterioso mensaje?

Le había demostrado que ella tenía razón, que su relación no habría podido durar. Había hecho bien al rechazarlo, al echarlo del rancho. Entonces, ¿por qué no se sentía mejor?

Al día siguiente, Ellie cenó con Margot y Philip. Durante la cena, mencionó la postal.

—¿Qué dijo? ¿Dónde está? —preguntó Margot. Philip dejó de trinchar el asado y esperó la respuesta de Ellie.

Después de citar el contenido de la tarjeta, Ellie murmuró enojada:

—No sé por qué la ha enviado.

—Estoy segura de que quería que supieras que estaba bien —repuso Philip plácidamente, guiñándole el ojo a su esposa.

—Ya suponía que estaba bien —repuso Ellie con aspereza.

—Y sé que te alegras de que haya empezado a ver a otras mujeres. Así ya sabes que no está triste y cabizbajo suspirando por ti —el análisis práctico de Margot solo sirvió para enfurecer a Ellie.

—Sí, claro, estoy loca de alegría. Margot rio con suavidad.

—Eso demuestra que no sentía nada verdadero por mí, ¿no? —murmuró Ellie, jugando con su copa de agua.

—O que ha sabido reconocer la derrota. Aquella noche en la

cama, Ellie se cuestionó su postura.

—Hice lo correcto —repitió como una letanía.

Una semana después, recibió una segunda postal, una vista de la playa de Rehobeth, en Maryland. Era una playa típica de la costa este, con una orilla amplia, limpia y de arena fina, y olas suaves. Al verla, Ellie sintió una nostalgia repentina de Georgia y de las playas del sur que había conocido de pequeña.

Casi con lágrimas en los ojos, dio la vuelta a la tarjeta.

Publicarán la novela, decía la letra enérgica de Nick. *Estoy pasándolo en grande. Las playas son estupendas. Saluda a todos de mi parte. Nick.*.

El corazón de Ellie se inflamó con la noticia de que su segundo libro había sido aceptado. Sabía que debía significar mucho para él y le deseaba lo mejor. Muchas profesiones le estaban vetadas por culpa de su pasado.

Volvió a leer el mensaje. ¿Seguiría saliendo con otras mujeres? Contempló al gran pastor alemán que estaba sentado pacientemente a sus pies.

—Es de Nick. Dice que salude a todo el mundo, así que eso te incluye a ti, viejo amigo —le acarició la cabeza y una sonrisa iluminó su rostro. Su corazón se sentía menos triste. Al menos, no la había olvidado del todo.

Enseñó la postal durante la cena. Los demás se alegraron mucho de tener noticias de Nick y de saber que su libro iba a publicarse. Quisieron que Ellie les contara todo lo que supiera al respecto.

Ariel todavía quería más.

—¿Tienes su dirección, Ellie? Podríamos escribirle entre todos y que él nos contestara. A mí nunca me han escrito.

Ellie vaciló, pero había sido Nick el que había tenido la iniciativa de escribir.

—No pone remite en la postal, pero veré qué puedo averiguar.

—Querrá saber qué tal está el ganado —dijo Brad—. Y si sigo poniendo al día las cuentas del rancho.

—Alberta podría hacer unas galletas y enviárselas. ¿Os acordáis de lo rápido que desaparecían cuando Nick estaba aquí? —comentó Kat.

—Sí, al menos ahora tocamos a más —repuso Jed.

De repente, Ellie se alegró de que Nick hubiese escrito. Cómo

deseaba poder contarle las novedades del rancho: el nuevo libro en el que trabajaban ella y Margot, cómo los patos usaban el estanque, la hazaña de Henrietta de poner un huevo cada día durante una semana, lo bien que llevaba Brad las cuentas. Y el hecho de que Kat pronto saldría con un chico.

Cuando la postal pasó por todas las manos, Rusty se la devolvió. Ellie sonrió con tristeza y sus dedos acariciaron la letra de Nick. Era una postal suya. La había escogido y les había escrito.

La semana siguiente, todo el rancho se movilizó para ayudar a Kat a instalarse en su nuevo apartamento. Su estancia había concluido y era libre. Yvonne estaba encantada de que se quedara en Jackson. Juntas, Kat y Ellie encontraron un apartamento barato en una urbanización agradable, alquilado a bajó precio por mediación de un miembro de Manos Amigas.

Una semana después, Kat había vuelto dos veces al rancho para cenar, y había salido a tomar café con Jimmy Monroe, el ayudante del sheriff que seguía invitándola a salir. Le confió a Ellie que Jimmy quería llevarla al cine el viernes por la noche y que ella había aceptado.

El lunes por la mañana, Margot la llamó por teléfono.

—*Je suis finí.* Te llevaré el manuscrito y podremos emparejar las palabras con los dibujos y ver qué más necesitamos.

—Bien, ven cuando quieras. Ya tengo el boceto de todas las imágenes de las que hablamos, y he pintado algunas de ellas. Ah, y sigo trabajando en las nubes en la escena del columpio. Si quieres puedes quedarte a almorzar. Alberta no va a estar, Gus y ella pasarán fuera un par de días, pero puedo hacer unos sandwiches estupendos.

—Estaré allí a eso de las once.

Margot se presentó puntualmente. Apenas había tenido tiempo de saludarla, cuando una furgoneta de color rosa de una floristería se acercó a la casa. Las dos mujeres la contemplaron con sorpresa.

—¿Esperas flores? —preguntó Margot.

—No. Seguramente esté perdido. Iré a ver.

Ellie alcanzó al hombre cuando éste bajaba de su furgoneta.

—¿La señorita Ellie Winslow? —preguntó, consultando su carpeta de pinza.

—Sí —contestó Ellie con sorpresa.

—Tengo un envío para usted. Por favor, firme aquí —le dijo, señalando una línea en la hoja.

Ellie firmó con intriga. ¿Quién le enviaría flores? No estaba enferma ni era su cumpleaños.

El hombre se acercó a la parte de atrásde la furgoneta y regresó con un enorme jarrón lleno de violetas. El color púrpura de las flores desbordaba el borde del jarrón de arcilla y contrastaba con los estambres amarillos.

—Gracias —murmuró Ellie mientras aceptaba el regalo. Con ella en brazos, se la enseñó a Margot.

—¿Son para ti? ¿De quién? —preguntó Margot, siguiéndola hasta la cocina.

Ellie dejó el jarrón en el centro de la mesa con una sonrisa de puro placer en el rostro y sacó la tarjeta que estaba discretamente prendida a un lado.

—¿No son preciosas? —preguntó mientras abría el sobre.

—*Oui, bien sur*. ¿Pero de quién son? —preguntó Margot con impaciencia.

Ellie sacó con suavidad un pequeño trozo rasgado de papel. Sólo había una palabra escrita en mayúsculas: «Ellie».

—¿Ellie? De modo que tienes un admirador secreto que no quiere revelar su identidad —sugirió Margot.

—Qué extraño. No sé quién podrá ser. ¿Pero no son preciosas? Me encantan las violetas. Podría llamar a la floristería y averiguar quién las ha enviado.

Buscó el número y llamó enseguida. Explicando su perplejidad por el envío, sufrió una decepción al saber que la mujer que le hablaba no había recibido el encargo. Había sido su compañera, y no estaba trabajando ese día. La dependienta prometió averiguarlo cuando la joven regresara.

Ellie se volvió a Margot nada más colgar.

—No lo sabía. Alguien más recogió el encargo y no estará en la tienda hasta mañana.

—No importa. Es emocionante, ¿no crees? Un admirador secreto.

—No lo sé —dijo Ellie en voz baja, acariciando los pétalos—. Resulta un tanto extraño. Ojalá supiera a quién darle las gracias.

Margot agitó la mano en el aire.

—Disfruta del regalo. Vamos, pongámonos manos a la obra con el libro.

Durante los dos. días siguientes, Ellie se sorprendió preguntándose quién podría haberle enviado las flores. ¿Nick, tal vez? No tenía sentido. Estaba en Maryland saliendo con otras mujeres. La mujer de la floristería la había llamado, pero no había podido facilitarle ningún dato. Al parecer, la personaque había enviado las violetas había pagado en metálico.

Dos días después, cuando Ellie fue a recoger el correo, encontró una enorme caja de bombones en el buzón. Estaba llena de chocolate puro bañado con nueces y relleno de caramelo. Le encantaban los dulces y se preguntó quién podría habérselos enviado. La nota rasgada que estaba en la caja sólo decía: «quieres».

No tenía sentido. ¿Quién iba a enviarle una caja de bombones?

Cómo no... Era Margot. ¿Sería su manera de mantenerla distraída? ¿Estaría intentando crear un misterio para mantener su mente ocupada?

Sonrió al pensar en la absurda estratagema de su amiga para animarla. Pero no necesitaba aquel juego para distraerse, estaba bien. Las violetas eran preciosas, y Margot sabía que le encantaban los bombones, pero no tenía por qué gastarse el dinero en esas cosas.

Ellie la telefoneó.

—Margot, he recibido los bombones, gracias, pero no debes gastarte el dinero conmigo. Estoy bien, de verdad.

—¿Se puede saber de qué hablas, *chérie?*

—Los bombones que me enviaste. Te lo agradezco mucho.

—Yo no te he enviado nada —replicó Margot, y parecía sincera.

—Primero las violetas, luego los bombones. Margot, tienes que ser tú —Ellie vaciló un momento—. ¿No?

—No, Ellie, no he sido yo. ¿Así que te han enviado bombones? Mm. Esto empieza a ponerse interesante.

—Una caja enorme de chocolate puro, con nueces.

—¿Y alguna tarjeta?

—Esta vez no hay tarjeta, solo un trozo de papel rasgado con la palabra «quieres». Pensé que serías tú.

—No, debe de habértelo enviado tu admirador secreto.

—En ese caso, ¿por qué no firma? —se preguntó Ellie—. ¿Y qué

significa «quieres»?

—Tal vez sea su manera de ofrecerte los bombones. No sé, resulta intrigante. Se lo contaré a Philip a ver qué piensa. Llámame si recibes algo más. ¡Qué romántico!

Ellie colgó, preguntándose si le resultabatan romántico como a su amiga. Si supiera quién había enviado las flores y los bombones y le gustara, tal vez pensara que era romántico. De momento, solo le parecía frustrante.

Otra postal la estaba esperando en el buzón cuando fue a recoger el correo. En aquella ocasión, era la sede del gobierno estatal en Annapolis. Rápidamente le dio la vuelta.

He vendido el apartamento. Adiós a San Francisco. Sigo saliendo y he tomado una decisión. Nick.

Ellie sintió que se le encogía el corazón. El mundo se oscureció un poco. Seguramente estaba pensando en casarse. Tarde o temprano, tenía que pasar. Confiaba en que fuera feliz, era lo que le deseaba. Solo que no se había dado cuenta de lo sola y desolada que se sentía. No podía creer que no lo volvería a ver.

Y no podía creer que hubiese encontrado a alguien tan rápidamente.

Ellie levantó la vista al cielo azul, confiando en hallar la respuesta a la angustia que sentía en el pecho. Se alegraba por él... se alegraría por él, pensó con fiereza. Era tan preciado para ella que quería que fuese feliz, que tuviera una vida intensa y grata, sobre todo después de la tristeza y la amargura que habían empañado sus últimos años. Contuvo las lágrimas.

¡Se alegraría por él!

Cediendo a un impulso, Ellie fue al teléfono y tecleó el número de información de Salisbury. Había seis familias Tanner. La cuarta a la que llamó era la de Nick.

—Lo siento, Nick no está en casa ahora mismo. Ha ido a ver a su chica —dijo una señora mayor cuando Ellie preguntó por él—. ¿Quiere dejar algún mensaje?

—No, no hace falta.

Ellie colgó, creyendo morir. La realidad era peor que la especulación.

El viernes por la tarde, Ellie estaba en el corral, lavando a Penelope. La cerda chillaba y bufaba mientras retozaba bajo la

manguera. El agua fresca resultaba agradable en aquel día caluroso, aunque formaba barro a sus pies. Ellie rio con las travesuras de Pe—nelope, olvidando por un rato el dolor que la acompañaba a todas horas aquellos días.

El crujido en la grava y los ladridos de Tam alertaron a Ellie de la llegada de una conocida furgoneta rosa.

—Esto se está yendo de las manos —dijo con una alegría en el corazón que contradecía sus palabras. Se mojó las piernas para quitarse la mayor parte del barro, saltó la cerca y se acercó a la furgoneta de envíos.

—Hola otra vez —dijo el hombre, sonriendo y tendiéndole la carpeta para que firmara.

Ellie firmó y le sonrió.

—¿Qué me trae esta vez?

—Lo mejor —contestó, sacando una larga caja blanca adornada con un lazo dorado.

Ellie sintió que el corazón le daba un pequeño vuelco. Tenía que contener rosas. Nunca le habían enviado ninguna, pero veía la televisión y reconocía la caja. Con una amplia sonrisa, dio las gracias al hombre y entró en la cocina con el regalo.

Al abrir la caja, contuvo el aliento. Eran preciosas. Una docena de rosas rojas de tallo largo. Su fragancia se propagó por la habitación. No podía dejar de sonreír. No sabía quién estaba haciendo todo aquello, pero era maravilloso.

Ellie dio un paso atrás y contempló las flores. Tenían una fragancia celestial y su intenso color parecía brillar con luz propia. Las rosas eran demasiado sofisticadas para la cocina, pero las dejaría allí de momento, para que los demás tuvieran oportunidad de verlas. Luego, por la noche, se las llevaría a su habitación. Su fragancia la saludaría al despertarse por la mañana.

Ellie rebuscó en la caja, arrugando el papel de seda. ¿Dónde estaba la tarjeta? Si no era Margot, ¿quién le enviaba flores de aquella manera tan extravagante?

Debajo del papel verde encontró otro trozo de papel. Contenía una única palabra y cuando Ellie la leyó, el corazón empezó a latirle con fuerza. Por un momento, se sintió casi mareada. Las locas fantasías llenaron su mente, imágenes y recuerdos y anhelos tontos.

No podía ser. Debía de haber algún error. Aquel trozo de papel

rasgado se había colado en la caja por descuido mientras preparaban el ramo.

A pesar de lo absurdo que era todo aquello, se acercó al cajón de la cocina y sacó las dos notas anteriores. Luego las colocó en el orden en que las había recibido. Los trozos encajaban entre sí.

Ellie quieres casarte.

Nick estaba detrás de la puerta de alambre de la cocina, mirándola. Su corazón palpitaba con fuerza mientras esperaba el momento en que Ellie lo viera. No sabía si lo que había hecho funcionaría, pero si no, intentaría otra cosa. No podía seguir viviendo sin ella.

Ellie estaba endiabladamente sexy con aquellos pantalones cortos y las piernas manchadas de barro. La había visto desde la carretera al acercarse detrás de la furgoneta de envíos. Llevaba una camiseta corta y podía ver sus senos perfilados allí donde el agua había salpicado la tela. No llevaba sujetador y sintió una tensión familiar en el vientre, las oleadas de deseo hacia ella. Era tan bonita.

La había echado tanto de menos.

Se quedaría allí aunque tuviera que levantar una tienda en el prado del vecino.

Nick abrió la puerta en silencio y entró en la cocina con el corazón en un puño. Ellie estaba leyendo los trozos de papel.

—Ellie, ¿quieres casarte conmigo? —dijo en voz baja.

Ellie giró en redondo.

—¿Nick? ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a asegurarme de que recibías mi último envío.

Ellie contempló los papeles, las rosas, al hombre.

—¿Tú has enviado todo esto?

—Tradicional, ¿no crees?

—¿Tradicional?

—Para cortejar a una mujer. Flores, bombones —confiaba en no estar metiendo la pata. ¿Por qué no decía nada? ¿O se alegraba un poco de verlo?

De repente, sin avisar, Ellie atravesó la estancia y se arrojó a sus brazos. Nick la estrechó con fuerza. Aquél era su sitio. Con él.

Ansiosamente, buscó sus labios. Sabía a ambrosía, paraíso y cielo y Navidad todo metido en un fantástico paquete. Nunca

tendría bastante.

Sus labios la devoraban, y Ellie se entregó. Devolvió caricia por caricia, presión por presión. Cuando Nick hundió la lengua en la cavidad cálida de su boca, se abrió para él, uniendo su lengua con la suya, saboreándolo. Quería sentirlo con todo el cuerpo, y deslizó las manos por sus hombros, por la columna de su cuello, introduciendo los dedos en sus cabellos suaves y gruesos. ¿Lo habría echado de menos tanto como él a ella?

Ellie no podía creerlo. ¡Nick estaba allí! No podía explicárselo. Acababa de recibir una postal en la que decía que se había ido de San Francisco para siempre. Había llamado a su casa y su madre le había dicho que había ido a ver a su chica. ¿Qué estaba haciendo en California?

A medida que el beso se intensificaba, Ellie comprendió que no necesitaba entender. Solo quería que aquel momento se prolongara para siempre, que el beso nunca terminara.

—Te he echado de menos —dijo Nick, y se movió para besarla en el cuello, en la garganta, en las mejillas, y otra vez en los labios. Sus brazos eran como barrotes de hierro y apenas podía respirar. Aun así, no conseguía acercarse lo bastante a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ellie, besándolo en la mandíbula—. Recibí tus postales —añadió, inspirando su fragancia masculina—. Nick, ¡yo también te he echado mucho de menos!

Después, recobró un poco de cordura y exclamó:

—Nick, ¿qué haces aquí?

—Tenía que venir. Ahora quiero que me digas, después de esta exuberante bienvenida, que no me amas. Que realmente quieres que me vaya y que no vuelva a verte nunca más —entornó los ojos y la miró fijamente, desafiándola a mentir.

—Yo… —Ellie intentó apartarse, pero Nick no consintió que se moviera ni un centímetro. Podía sentir la fuerza de sus músculos, su tórax aplastando sus senos y el calor de su erección contra su vientre.

—No puedo casarme contigo —dijo Ellie con desolación, y su felicidad se disipó al volver a la realidad de la situación.

—Eso no es lo que yo habría dicho después de esos besos. ¿Siempre besas así a todos tus amigos?

—Por supuesto que no. Suéltame, no puedo respirar —le dijo.

Cuando Nick accedió, Ellie frunció el ceño ante la repentina separación. Ya se sentía como si le hubiesen arrancado una parte de su ser. Pero alguno de los dos tenía que conservar el sentido común.

—Dime qué haces aquí —insistió Ellie, aferrándose al respaldo de una silla a modo de soporte.

—¿Dónde está todo el mundo? —repuso Nick en lugar de contestar.

—¿Cómo?

—Los demás, ¿dónde están?

—Alberta está descansando, no tardará en venir a preparar la cena. Los hombres están fuera, trabajando. Ariel está en la ciudad, y Kat ya se ha ido. Tiene un apartamento en Jackson.

—Así que ahora mismo estamos solos. Ellie lo miró con cautela y dijo:

—Sí —¿por qué sus palabras le aceleraban el corazón?

—¿El estanque funciona bien?

—Perfectamente.

Nick paseó la mirada por su cuerpo, deteniéndose y contemplando cómo sus pezones se contraían bajo las zonas húmedas de su camiseta. Luego bajó la vista a la curva de sus caderas y a las piernas largas y bronceadas visibles bajo sus pantalones cortos. La miró a los ojos, y el ansia y el deseo eran casi palpables.

Ellie se sintió como si hubiese acariciado todo su cuerpo. Le costaba respirar, y el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. Por un momento, se olvidó por completo de las normas y de su responsabilidad.

—Salgamos al porche —sugirió Nick.

Ellie se aferró a aquella oportunidad de recobrar la cordura y lo siguió a través de la casa hasta la entrada. Una vez allí, Nick sostuvo la puerta de alambre para dejarla pasar.

Ellie salió al porche, se acomodó en el balancín y esperó a que Nick se sentara a su lado.

—He venido a hablar. ¿Estás dispuesta a escuchar lo que tengo que decir? —preguntó con suavidad, y entrelazó sus dedos con los suyos sobre su muslo. Ellie se limitó a asentir, todavía presa de emociones descontroladas—. Quiero que te cases conmigo —declaró Nick.

Ellie se volvió para mirarlo a los ojos.

—Ya hemos hablado de esto.

—No, escúchame. Llevo fuera casi seis semanas. Durante todo este tiempo, no creo que haya pasado un solo momento en el que no pensara en ti. En nosotros. Reconozco que no supe manejar la situación, así que esta vez quiero hacerlo bien.

—Pero...

—Calla y escúchame —carraspeó y fijó la mirada en el estanque —. Sheila y yo salimos juntos, fuimos a restaurantes, al teatro, a fiestas. Nunca te he llevado a sitios así. ¿Cómo ibas a saber que te estaba cortejando si no te he invitado nunca a salir?

—Nick, no esperaba que me cortejaras. «Mentirosa», gritó su corazón.

—Debería haber hecho más, así que ahora he venido a remediarlo. Las flores y los bombones son solo el principio. Saldremos a cenar, a bailar, a pasar una semana en San Francisco... los dos solos. Podemos ir a Reno a ver un espectáculo.

—Nick, no necesito esa clase de atenciones —interpuso en voz baja.

—Ellie, quiero darte el mundo. Quiero que recuerdes nuestro noviazgo como una de las épocas más felices de tu vida. Porque quiero que nuestro matrimonio sea feliz.

Ellie movió la cabeza, pero Nick siguió hablando.

—Me he pasado todo el mes haciendo todo lo que me pediste, solo para demostrarte que debíamos casarnos.

—Pero...

—Calla —dijo, besándola con suavidad—. Fui a mi casa de Maryland.

—¿Se lo contaste a tus padres?

—Sí, y fue muy difícil. Se quedaron atónitos. Pero lo que más me sorprendió fue lo mucho que les dolió que no se lo hubiera dicho en su momento. Hablamos largo y tendido. Ahora los conozco mejor y ellos a mí también. Tenías razón, la familia siempre te quiere hagas lo que hagas. Tampoco les había hablado de las novelas, y se sintieron muy orgullosos.

Ellie sonrió con cierta satisfacción, pero no dijo nada. «Oh, Bobby, otro que se ha beneficiado de estar aquí».

—También he atado cabos económicamente. He vendido mi

apartamento. He firmado el contrato de este segundo libro, y ya tengo pensada la trama para uno nuevo. Tengo dinero en el banco, puedo ir donde quiera, hacer lo que quiera —hizo una pausa. Ellie permaneció inmóvil, esperando—. Cuando supe que iban a publicar mi novela, solo pensaba en contártelo a ti. Toda mi familia se alegró, pero para mí no significaba gran cosa si no podía compartir contigo esa alegría. Ellie sonrió con tristeza.

—Me alegré mucho cuando recibí tu postal. Y me enfadé porque no pusieras el remite. Quería contarte tantas cosas —dijo Ellie, dejándose llevar por la esperanza. Siempre tenía tantas cosas que hablar con Nick.

—A eso voy. Estamos hechos el uno para el otro.

—Pero...

—Un problema que planteabas —continuó como si no hubiera hablado—, era que había estado fuera de la circulación durante un tiempo. Ya lo he arreglado. He salido con diez mujeres diferentes. Con una, incluso dos veces. Eran bonitas, amables, interesantes, divertidas. Y un par de ellas, realmente atractivas. Pero no encontré a ninguna que pudiera sustituirte. Lo intenté, Ellie, de verdad, aunque solo fuera para complacerte. Pero no había nada entre ellas y yo. Te deseo a ti.

Ellie no dijo nada, consciente de cómo sus emociones oscilaban de los celos a la alegría mientras lo escuchaba. Nick le plantó un beso en la comisura de los labios, levantando un dedo para detenerla cuando ella hizo intento de hablar.

—Sé que quieres ser una mujer independiente, y lo acepto. El matrimonio no lo impide. Eres quien eres, y nada de lo que yo haga puede cambiarlo. Si me aceptas, te garantizo que lo haremos todo a medias. Me gusta estar en el rancho. Puedo ayudar aunque no sepa tanto como Gus y Rusty. Y llevar la contabilidad, de paso.

Ellie gimió con suavidad.

—Odio las cuentas.

—Lo sé. Pero no odias el resto, ¿verdad, Ellie? No digas que no, esta vez no.

—Nick, hay mucho más en juego, que la contabilidad.

¿Cuánto tiempo más podría resistir? Quería decir que sí, quería que se quedara para siempre a su lado.

—Lo sé, mi historial —dijo en tono lúgubre.

—No, eso no me molesta.

—Ellie, no sigas diciendo que no. Te amo tanto —la rodeó con los brazos y enterró el rostro en sus suaves rizos—. Te he echado tanto de menos, te he deseado tanto. Anularé todas las objeciones que me pongas, te cortejaré todo lo que quieras, pero no sigas diciendo que no.

Conteniendo el aliento, Ellie rebobinó sus palabras en su mente.

—¿Me amas? —preguntó casi sin aliento. Su corazón le palpitó con fuerza antes de echar a volar. Quería creer. Recordó los consejos de Margot, sus propios deseos. Recordó lo sola y vacía que se había sentido aquellas últimas semanas sin Nick.

—Sí, te amo. Te amo más de lo que pensaba que podría amar a nadie. Quiero casarme contigo, dormir contigo, amarte. Despertar a tu lado todas las mañanas y planear nuestros días juntos, nuestro futuro juntos. Quiero que seas la madre de mis hijos, mi compañera cuando nos hagamos viejos. Aprenderé más cosas sobre el rancho y tal vez escriba un libro o dos a lo largo de los años, pero sin ti no. ¿Qué dices, Ellie?

Ellie empezó a sonreír. El corazón no le cabía en el pecho, desbordado como estaba de felicidad.

—La vida es un riesgo, cariño. No sabemos cuánto tiempo nos queda, así que no desperdiciemos un solo minuto que podamos estar juntos. Quiero pasar todos mis días contigo, mi amor, empezando por hoy.

Ellie aceptó el reto.

—Sí, por favor, Nick. Sería un honor casarme contigo.

El grito de exultación de Nick la sorprendió, pero antes de que pudiera decir palabra, se puso en pie, la levantó en brazos y empezó a dar vueltas y más vueltas por el porche. Tam ladró por detrás, confundido ante tanto alboroto.

Se oyó cómo se cerraba la puerta de atrás y unos pasos rápidos atravesaron la casa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alberta, abriendo la puerta de la entrada con preocupación. Al ver la escena que tenía lugar ante sus ojos, sonrió.

—Ellie va a casarse conmigo —dijo Nick, dejándola en el suelo.

—Bueno, ya era hora —repuso Alberta, asintiendo.

Epílogo

A

TARDECÍA y la fiesta estaba en pleno apogeo. Ellie cumplía treinta y un años y Nick había organizado una fiesta sorpresa en su honor. Alberta y Jenny, una de las nuevas huéspedes, llevaban preparando canapés y tartas durante dos días seguidos, y Margot y Kat habían decorado la planta baja para que todas las habitaciones tuvieran un aspecto festivo.

Gus había acercado a varios huéspedes de la ciudad, y había llevado a los padres de Nick y a varios vecinos y amigos a la casa mientras Nick estaba de compras con Ellie en Jackson.

Ellie se había quedado atónita al entrar. Su rostro reflejó sorpresa, alegría y rubor. Buscó la mirada amorosa de su marido y sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad. En los meses que llevaban casados, Nick había hecho lo indecible para demostrarle una y otra vez lo mucho que la amaba.

—Nunca habían hecho una fiesta en mi honor —susurró antes de darle un rápido beso.

—Recuerdo habértelo oído decir —repuso Nick, sonriendo—. Feliz cumpleaños, mi amor.

Saludó a sus huéspedes, amigos y vecinos, a Matt, a Steve y a Sally, de San Francisco. Pete y Consuela, antiguos huéspedes de Manos Amigas también estaban allí. Y Jed, Ariel y Brad habían vuelto para desearle todo lo mejor en aquel día especial.

Encantada con la fiesta, se movió de grupo en grupo, hablando con amigos y poniéndose al día con sus «chicos». La comida era excelente, y el afecto de los invitados hacía que la celebración resultara especial.

Ellie se sorprendió al ver a sus suegros y los saludó con un cariñoso abrazo. Había congeniado enseguida con los padres de Nick cuando los conoció durante su luna de miel y ellos la habían acogido con los brazos abiertos en la familia. Desde entonces, Peggy Tanner y Ellie se carteaban todas las semanas.

—*Chérie,* es una noche feliz, n'est—ce pas? —preguntó Margot junto a la mesa del ponche.

—¡Ya lo creo que lo es! La vida es maravillosa —Ellie buscó a su marido con la mirada a través de la estancia.

—Te lo dije, ¿recuerdas? —repuso Margot con picardía.

Ellie rio y se volvió hacia su amiga.

—Claro que lo recuerdo, y puedes echármelo en cara todas las veces que quieras. Pero tenías razón, y soy tan feliz que no me importa que no te canses de recordármelo.

—¿Ellie? —la voz de Nick llegó a sus oídos entre los ruidos de la fiesta. Miró a su alrededor y lo vio en las escaleras. Rápidamente fue a su encuentro—. Ven a ver al pequeño Bobby, ¿quieres? Está quejándose.

Ellie sonrió y subió corriendo las escaleras. Su hijo era tan preciado.

—¿Por qué no has...? —empezó a decir mientras entraba en el cuarto de los niños—. Ah, claro —murmuró al contemplar la escena.

—Solo tengo dos manos, y Annie estaba llorando —dijo Nick, consolando suavemente a su hija mientras Ellie levantaba en brazos a su gemelo.

Acarició su suave mejilla y se acercó a su marido. Su corazón se llenó de amor y felicidad al contemplar a su familia.

—¿Cómo pudiste saberlo? —preguntó mientras observaba cómo cambiaba hábilmente el pañal a su hija.

—¿Qué quieres decir?

—Este matrimonio es maravilloso, nunca había sido tan feliz en mi vida. Dijiste que funcionaría, ¿cómo lo sabías?

Nick se inclinó y la besó fugazmente en los labios.

—El destino. Yo también soy feliz... seguramente, más de lo que me merezco —murmuró mientras le volvía a poner las braguitas a su hija.

Margot apareció en el umbral con la madre de Nick justo detrás.

—Nosotras nos ocuparemos de ellos, id a disfrutar de la fiesta —dijo Margot, tomando a Annie en brazos mientras la abuela de los niños levantaba a Bobby—. Bajaremos en cuanto los hayamos acostado.

Nick sacó a Ellie al pasillo y los dos sedetuvieron antes de bajar las escaleras.

—Gracias por todo, mi amor —dijo Ellie, sonriendo a su marido.

—Mi amada Ellie, es a ti a quien tengo que dar las gracias. Has llenado mi vida de felicidad —la rodeó con sus brazos y la besó intensamente—. Tal vez la fiesta no haya sido tan buena idea, después de todo —susurró junto a su cuello.

—Ya lo creo que lo ha sido, ¿por qué dices eso? Estoy encantada.

—Si no hubiera tanta gente en casa, podríamos recluirnos en la habitación y hacer el amor apasionadamente toda la noche.

Ellie rio, y su rostro se iluminó.

—Podemos hacerlo en cuanto se vayan. Te amo, Nick Tanner.

—Y yo te amo a ti, Ellie Tanner, y siempre te amaré.